

ÉLMER MENDOZA

LA CUARTA PREGUNTA



UNA AVENTURA MÁS
DEL CAPI GARAY



LA CUARTA PREGUNTA

Élmer Mendoza


ALFAGUARA

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Leonor

La literatura funda geografías.

MÓNICA LAVÍN

A normalidade é uma ilusão imbecil e estéril.

FERNANDO PESSOA

AMANECER EN LA LUNA

Una cachetada me sacude y despierto.

Qué onda, güey, qué rollo.

Nos encontramos en mi jeep, tengo a Dante en el asiento del copiloto y es el que me zarandea. Tiene una cara como si lo único que quisiera fuera matarme.

Dónde estamos, pinche Capi, qué loquera es esta, güey, te pasas de lanza.

Veo a Pitágoras y a Murakami frente al jeep, tirando piedras al paisaje. Nos encontramos en un descampado arenoso donde crecen plantas de poca agua. Deben de ser las siete de la mañana. Mi compa me observa inquisitivo. Entonces recuerdo: ayer agarramos la peda, eran nuestros primeros días de vacaciones de diciembre después de unos exámenes bien perrones. Dante estudia Historia; Pitágoras, Actuación; Murakami, Robótica, y yo, Agronomía. Empezamos temprano, anduvimos recorriendo expendios de cerveza, carretas de mariscos, taquerías y, al final, antros, compartiendo aventuras y lamentándonos de que no hay morra que nos pele; aunque el único jodido soy yo, los tres me seguían la onda: Iveth me dio gas la semana pasada y creo que hasta lloré al contarle; qué meco, neta que no quiero parecerme a mi mamá que llora por todo. A media noche les hablé del mapa y de Cíbola y Quivira, Pitágoras bromeó con algo de Batman y Robin, y Murakami nos enredó hablando de Steve Jobs y del güey que inventó el Facebook, no recuerdo su nombre. Bien maniacos los batos. Dante nomás me miró. También les compartí que dos días atrás el padre Celerino, que casi vi cómo le dieron cran dos malandrines, uno gordo y otro de barba de candado, me pasó el mapa justo antes de morir y me hizo prometer que buscaría un tesoro para terminar de construir el templo de la colonia Seis de Enero, que me urgían compañeros para hacer el jale y que necesitábamos ir a Sonoyta. ¿Dónde está eso? En el fin del mundo. Dijeron que sí, que era algo bien macana y tomé carretera. Ese dragón se las verá conmigo, presumió Murakami y preguntó qué buscaba la gente en el Seguro Social. Salud, respondimos, y brindamos por la paz del mundo; ahora no tengo idea de donde podríamos estar. Recuerdo que manejé por horas mientras ellos se botaron machín.

Estamos buscando un tesoro, güey, anoche te entusiasmó la idea, hasta querías traerte a una morrita que te estaba dando puerta.

Nos contaste de un mapa, cierto; pero, ¿nos trajiste así nomás, sin discutirlo lo suficiente? Te pasas de gandalla, pinche Capi.

Los vi tan clavados que pensé que no debíamos perder tiempo, se supone que si estás de acuerdo en algo no es necesario discutir, ¿o sí? Al menos eso dice mi abuelo Nacho.

Estás bien pirata, pinche Capi, ¿cómo se te ocurre? Cuando uno anda en la peda todo se le hace fácil. Te mereces unos madrazos; neta que Murakami ya preguntó si te podía romper la madre.

El compañero japonés también es maestro de artes marciales y le encanta bronquearse con la raza para destrozales algunas costillas, la nariz y lo que resulte: es un destroyer bien plantado. Dante usa un reloj de cuerda, ve la hora y los llama. Me miran como preguntando: ¿qué onda, güey? Les echo el choro:

Lo de buscar el tesoro es en serio. Según me contó doña Herlinda, una de las señoras que ayuda en la iglesia, el padre Celerino exploró durante treinta años sin suerte. Quería terminar la iglesia que está a medias; quiero que vean el mapa, que lo piensen, y si después de eso deciden regresar a casa a esperar la cena de Navidad rascándose los güevos, no hay pedo, los dejo en la primera terminal de autobuses que encontremos.

No me gusta tu tono.

Señala Pitágoras, que acaba de volverse meco.

Ni a mí.

Lo apoya Murakami.

Esa ironía pega en los güevos.

Agrega Dante.

No mamen, güeyes, ¿cómo quieren que les diga, como si fueran niñas fresas menstruando? Para mí, derecha la flecha y ya.

Enseguida se da un silencio como si nos fuera a caer una bomba atómica. Estamos en un llano donde crecen cactus y la vegetación es escasa; es terreno irregular y pedregoso. La atmósfera es fría y pesada; está nublado. Saco el libro de Marcos de Niza donde el padre me entregó el mapa. Lo muestro. Dante observa la vieja tapa dura y sonríe.

Conozco esa crónica. Fray Marcos escribió que en un gran valle vio las siete ciudades de Cíbola y Quivira; Francisco Vázquez de Coronado, que fue a conquistarlas, jamás las encontró.

Quizá equivocó el camino.

Más bien no existieron; según he escuchado no hay un solo indicio, ruinas o lo que sea que demuestre que estuvieron en algún lugar.

¿Quieres decir que fray Marcos las imaginó?

Pregunta Murakami.

No sé gran cosa del caso, pero es lo que se comenta.

Todos los conquistadores que vinieron acá estaban locos.

Afirma Pitágoras.

Bien, vamos viendo qué onda.

Es un libro viejo, de gruesas pastas. Decido abrirlo en el cofre del jeep. Debemos de estar cerca de una carretera porque se escuchan motores de tráiler.

Pónganse truchas, morros, cada que lo abro percibo un ruido cabrón, a ver si ustedes también.

Desde la primera vez que lo desplegué escuché un viento y algunas voces que no entiendo. La

verdad me espanté un poco; cuando pasan cosas anormales nunca sé qué hacer y me turbo un buen. Dante, quizá por su carrera, es ahora el más interesado. Le brillan los ojos al güey. Saco el mapa del libro. Es un cuero rígido, de 20 x 20 doblado en dos, con trazos y nombres raros, al menos para mí.

Lo coloco sobre el cofre, lo extiendo y ahí está el viento soplando machín y los murmullos, incomprensibles. Wa wa wa. Incluso algo que podría ser un aleteo. Con la luz de la mañana los trazos son notorios. Pitágoras se queda muy pensativo. Murakami observa curioso, como si estuviera viendo un juguete nuevo. Dante tiene la boca abierta y es el primero en expresar:

No manches, güey, esto es una joya, ¿dónde lo encontraron?

Ni idea, me lo dio el padre Celerino antes de estirar la pata, pero no sé más.

Una vez más callamos. Pitágoras se aparta. Murakami sigue concentrado en el cuero.

¿Sabes algo de los nombres: concac, odam, nop, que se oyen más o menos claros?

Nada, la verdad es que me atrajo más el ruido que las voces. Nunca he puesto demasiada atención en cómo se llaman las cosas.

Pinche Capi, o sea que no investigaste ni lo más mínimo.

Ni lo pensé, bien sabes que a mí eso no se me da; fue doña Herlinda la que me pasó el rollo de Cíbola y Quivira, que por cierto, mi papá opina lo mismo que Dante, que no existen ni existieron, que así llamaban los conquistadores españoles a El Dorado y se suponía que eran ciudades de oro ubicadas al norte. Más bien creo que los indígenas las llamaban Cíbola y Quivira y los españoles El Dorado, algo así me dijo el Viejón.

En efecto, es la primera opción.

Reveló el historiador, sin dejar de apreciar los trazos sobre el cuero.

Un idiota bendice a sus seguidores porque de ellos serán sus errores; yo me abro, no me interesa, puedes dejarme en la próxima terminal.

No manches, Pitágoras, deberías ser más solidario.

Le hace ver Dante y se lo agradezco. Somos buenos amigos y maneja como ninguno; en cualquier momento lo veremos corriendo la Baja Mil, la desquiciante competencia que recorre la península de Baja California y no duden de que les dará batería a los gringos y canadienses que se lucen en esa justa.

No pienso embarcarme en esa aventura pendeja; ustedes pueden hacer lo que les venga en gana pero yo regreso a Culiacán. Soy actor y voy a vivir otras aventuras.

Mal pedo, deberías pensarlo y venir con nosotros.

La neta no se me antoja.

Está bien, no tenemos por qué obligarte; vamos a buscar una terminal, y tú, Dante, ¿qué piensas, güey?

La verdad, estoy intrigado, si donde encontremos la terminal hay una biblioteca, quiero hacer una consulta. Es un mapa de 1724, según dice, señala el norte y lo hicieron para algo, es lo que necesito saber.

Lo hicieron para señalar el tesoro, güey, ¿no te basta?

Debe de haber algo más, estoy seguro, un mapa que se manifiesta de esta manera no es cualquier mapa, el viento y las voces podrían ser la clave; además no hay un punto que señale el

lugar del tesoro.

Opino lo mismo.

Lo apoya Murakami, que se llama Hugo, y añade:

Consultemos el Google, güey.

Buena idea.

Sacamos nuestros celulares.

No hay señal.

Dice Pitágoras de espaldas, alzando una mano con su iPhone de última generación.

No manches.

Lo comprobamos y sí, afortunadamente nadie se preocupa demasiado; menos Pitágoras, que anda bien negativo.

Me hubiera gustado hablar con mis papás.

Se lamenta Dante sin dejar de ver el cuero duro sobre el jeep.

Los míos se fueron a Tokio, así que yo no tengo problemas, me apunto; pero antes, quisiera hacer algo, ¿puedo cerrar el mapa?

¿Por qué no? Adelante.

El japonés dobla el cuero, lo abre de nuevo y todo es silencio. Nos vemos unos a otros, incluido Pitágoras. Según mi abuelo, con el que no me llevo tan mal como antes, tengo cerebro de teflón, y claro, soy menos inteligente que mis compas; eso lo entendí en la secundaria.

Qué buena onda, ya no suena, confieso que la primera vez que lo oí me puso los pelos de punta.

Murakami cierra el mapa y me pide:

Capi, ábrelo de nuevo, güey.

Lo hago y el sonido del aire se oye más fuerte y las voces más claras. Wa wa, concac. Qué curado, ahora todos nos ponemos circunspectos, ¿qué onda? Un tanto atemorizados; cuando menos yo, estoy que no me explico este rollo. Bien maniaco. Estamos en este trance cuando vemos una estampida de conejos, son como cien. ¿Qué rollo? Los miramos sorprendidos. Voy a hacer un comentario mamón cuando escuchamos una detonación. Abrimos los ojos buscando el origen del disparo. A doscientos metros vemos una Hummer negra con las luces encendidas que avanza hacia nosotros a toda máquina. Órale. Nos disparan de nuevo, creo que es un cuerno de chivo porque salen como mil balas.

¡Dante, jálate güey, tú manejas! Todos arriba.

Pinche Capi, por tu culpa nos van a despellejar esos cabrones.

Y mis padres tan lejos. Me dejaron por idiota y ahora tendrán que regresar antes de tiempo para mi entierro o si me dejan herido.

Mi amigo sube como de rayo, trata de encender el jeep. Aseguro el libro con el mapa adentro y nos trepamos. Siento un hoyo en la panza.

Dante, sácanos de aquí, por favor, güey, ya no me importa llegar a ninguna terminal, en cuanto pueda me largo como sea.

La Hummer debe de estar a cien metros. Algunos tiros pegan en el chasis, que afortunadamente es grueso.

Vamos, pinche Dante, dale a esa madre.

¡Cierren la boca, pinches mecos! Si no se callan no puedo concentrarme.

Al fin salimos como pedo de gorila. Dante, que es fornido y que ha ganado dos carreras de camionetas 4 x 4, solo ha manejado una vez mi jeep, un Cherokee gris 2014 que me regaló papá antes de su secuestro, pero lo lleva como si lo hubiera tenido siempre. Es lo que les pasa a los que son buenos para algo, lo hacen sin tener experiencia y uno no lo puede creer; y el jeep avanza como si Dante fuera su dueño. Pinches carros, todos son iguales. La balacera rompe un cristal, los vidrios salpican a Pitágoras en los hombros y mueve la cabeza, asustado. Veo a mis amigos y están clavados en la Hummer, como si fuera un espectáculo. No es que sean valientes, son medio locochones, pero creo que nunca habíamos estado en una situación similar.

El Cherokee da tumbos sobre las dunas y poco a poco nos alejamos de nuestros perseguidores. Han dejado de disparar, pero Dante no afloja, avanza hacia el ruido de motores. De pronto, topamos con la única autopista que une nuestros estados nortños. Tomamos a la derecha y nos perdemos en el tráfico.

Qué buena idea la de las autopistas.

¿Y esa Hummer? Espero que haya caído en un profundo agujero, ¿serán los asesinos del padre Cele? Imposible saberlo; lo que sí, siento que mi hoyo crece.

UN MAPA MUY RARO

Padre, Iveth me cortó, lo digo como para que no me oiga, estoy algo borracho, convertido en el morro más triste del mundo y a punto de soltar el llanto. Chale, qué meco. El padre Celerino, cree que no me doy cuenta, me escucha hastiado, con cara de ¿y a mí qué carajos me importan tus pedos? Él pensaba que éramos una pareja dispareja que tarde o temprano iba a tronar, se lo dijo a mi hermana Fritzia, pero no tengo a quién confiarle mi bronca que no me aconseje que me le arrodille, que le lleve serenata o que le compre unas zapatillas de ballet para mandarla mucho a... Con el Viejón no cuento para esto y con mi abuelo Nacho menos. El cura no está de humor pero que se aguante el güey, ¿acaso no es trabajo de los sacerdotes escuchar los conflictos de los feligreses?

¿Cuándo?

La semana pasada me mensajeó: Te quiero mucho, Capi, eres especial, güey, pero ya no quiero rolarla contigo, no me busques no me llames no te me atravieses. Luego no contestó mis WhatsApp, ni el celu, ni nada. Oscurece, estamos en la sacristía, un cuarto bien gacho, con paredes pelonas. Él, sentado en una silla de plástico y yo, en unos sacos de cemento. Lo busqué porque es un cura muy alivianado, bien macana, amigo de Iveth, pero parece que me equivoqué; para empezar, el señor me pregunta cosas que seguro ya sabe.

¿Crees que venga de vacaciones?

Llegó esta mañana y la neta no sé qué hacer. Teníamos un noviazgo de cuatro meses y tres a distancia, porque ella estudia Periodismo en Guadalajara y yo Agronomía en Chapingo. Y aunque hablábamos y nos enviábamos mensajitos todo el día, era una relación prendida con alfileres. Sin besos ni agasajos y mucho menos lo demás.

Por eso te echaste tus cervezas, ¿verdad, zonzos? En vez de estar sobrio y alerta; nomás falta que te pongas a escuchar boleros como un idiota.

Estuve oyendo a Luis Miguel toda la pinche tarde y aún revolotean las rolas en mi cabeza; sin embargo, sé que el amor de mi vida no se conmovió ni aunque me maten; como todas las viejas buenas es una desgraciada; además, mi hermana Fritzia me contó que tiene un galán tres años mayor que ella, un jalisco que vendrá a conocer a sus padres en Navidad. Más jodido no puedo estar.

En el amor hay que saber esperar, Capi Garay, si quieres que tu chica vuelva, no la busques, no

le marques, no respondas sus llamadas ni sus mensajes y sal con cuanta muchacha se te ponga enfrente; pásala bien, diviértete como si no te hubiera afectado, y si aún tiene interés en ti, quizá te eche un lazo.

¿Oyeron? Este cura está bien meco el güey, no tiene idea de lo que es perder un amor, que te dejen abanicando la brisa, echando espuma por la boca. Este lugar es una mazmorra: una ventana clausurada, un escritorio lleno de papeles, una sotana colgada de un perchero chafa y dos libreros hasta el tope. ¿Lee tanto este cura? Qué se me hace que nomás los tiene de adorno. Ese pantalón gris y la camisa blanca que viste se los regaló Iveth en su cumpleaños. Recuerdo que casi le paso la chamarra de cuero que traigo. No lo hice porque es la que me da personalidad. Hay días como el de hoy, tan en sentido contrario que ni el cura me hace caso. Neta que no me suicido porque me da güeva.

Bueno, debo atender a unas personas que están por llegar; busca una amiga, déjate ver con ella y espera. Sor Juana, una poeta mexicana de la época colonial, escribió:

*Al que ingrato me deja, busco amante;
al que amante me sigue, dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata;
maltrato a quien mi amor busca constante.*

Dios sabe por qué ha hecho así a los enamorados.

De la sacristía pasamos al templo que se halla semioscuro, con el aroma de esa flor blanca que le dicen huelle de noche.

¿Cuándo va a terminar esto, padre?

Las paredes de ladrillo se encuentran a la mitad y el techo es de láminas de aluminio. El altar está más o menos guarnecido por un tejabán de asbesto que sin embargo, con las lluvias, no protege lo suficiente al santo patrono. En este momento se nota arreglado con flores naturales y de papel; es 6 de diciembre: en una semana será día de la Virgen de Guadalupe que se celebra en todo el país y pobre del templo que no le entre al borlote.

Ni idea, mis feligreses son muy pobres y el señor obispo no se decide a echarme una mano; igual estoy bastante viejo, quizá no lo vea terminado.

Me acerco al altar para ver si me hago santo. Hay dos floreros llenos. Contaba Iveth que este cura había sufrido machín y que el obispo no lo tragaba, que prefería a los clérigos comisionados en barrios de gente rica. La neta es que no a todos les gustan los pobres. ¿Y esa Hummer negra? Se estaciona en la puerta del templo para que más me guste. ¿Qué onda? El padre se pone nervioso.

Capi, escóndete tras el altar y no salgas hasta que estos señores entren en la sacristía, son los que esperaba.

¿En qué anda metido este señor? Y yo que lo aprecio por honrado; bien dicen que caras vemos, corazones no sabemos. Con razón a mi abuelo le cae mal. Extraño a mi morra, ya ni sé por qué le digo así, extraño pensar bonito de ella, recordarla de otra manera, su sonrisa, de cómo la arrinconé en el jeep y le di sus besitos; los besos son lo más difícil de olvidar. No nos dimos muchos pero sí los suficientes para que me estén quemando por dentro. Son como las selfies que siempre quedan de todas las relaciones. En Chapingo estudia un compa que tenía demasiadas, y como no quería verlas cuando su morra lo mandó al diablo, le pasó con un tractor encima a su

celular, que quedó bien planchado. Pobre aparato, qué culpa tenía.

Se bajan dos compas de unos veinticinco años, uno con barba de candado, otro con la cabeza rapada y gordo, órale. Dan las buenas noches al padre que los recibe desganado y pasan a la sacristía. Los dos tienen cara de bribones. Cierran la puerta, se escuchan murmullos agitados, algo que cae con estrépito, ¿qué onda? No sé qué hacer: ¿entro a ver o sigo arrañado? Esa bronca no es mía, espero un minuto y abandono la madriguera con cierto temor; está bien: me tiemblan bien gacho las piernitas. Black black. Órale, me paraliza, esos no son cuetes. Gulp. Son disparos y vienen de la sacristía. Siento que nace mi hoyo en la panza. Mejor vuelvo a mi escondite. ¿Qué pasa? Estos güeyes no se ven nada buenos, ¿por qué tan felones?, ¿qué les hizo el cura? Eso falta, que sea díler y se haya retrasado en sus pagos. A lo mejor con eso compró los sacos de cemento en los que me senté. ¿Tendría una pistola el padre?, ¿quiénes son estos compas? Salen. Me obligó a matarlo, bien sabes que no tolero que hablen mal de mi padre. Ya le tocaba al güey. Órale, el de la barba guarda su pistola bajo su chamarra de piel y se alejan caminando tranquilos. Qué gandallas. Suben a su Hummer y se largan. Entro a la sacristía donde el padre está tirado boca arriba con el pecho sangrando. Qué onda, a este cura sí se le apareció Juan Diego. A su lado está derribado uno de los librereros.

Padre, no se mueva, voy a llamar a mi tío Andrés, es médico, y voy a pedir una ambulancia, ¿cómo se siente?

Dios me está llamando, Capi, no molestes a nadie.

Marco a mi tío y nada, en su perra vida contesta el celular; a ver si Fritzia responde.

¿Qué quieres, enfadoso?

Morra, el padre Celerino está herido de bala, y de mi tío ni sus luces, llama a la Cruz Roja, que manden una ambulancia, estamos en San José, en la sacristía. ¡Muévete, chamaca!

Es inútil, Capi, pero me gusta tu gesto; creo que de esta no me libro.

Deje que lo digan los matasanos.

Un hombre de mi edad sabe cuándo le ha llegado su hora, tengo setenta y siete años y no son pocos; Capi, promete que harás algo por mí.

Casi no le oigo, ya viene la ambulancia, y no esté pensando que se lo va a llevar la calaca.

Por mí y por esta capilla. Es un favor muy grande. No tiene que ver con los que me hirieron, y no preguntes quiénes son.

Los vi salir.

Pero sí te voy a decir por qué.

¿Quiere agua? En el jeep traigo cerveza.

Los que me hirieron, y que Dios no perdone, son gente mala; ventajosos, traficantes y también buscadores de tesoros. Desde hace diez años han tratado de sonsacarme para que les ayude a localizar uno muy especial; no tengo idea de cómo se enteraron de que yo algo sabía de esa riqueza. Incluso el padre de uno de ellos se me pegó el año pasado en un viaje de exploración.

Creo que se va a morir, está desvariando machín, la camisa blanca es ahora roja; pobre cura, ahora se cree el pirata Morgan, o Marlboro, creo que también era pirata.

Me he negado, les he dicho que no existe, y que si existiera tampoco tengo idea de dónde encontrarlo. Tal vez a Herlinda se le salió algún comentario. Es la única que sabe.

Casi no le entiendo, mejor no hable.

Es la primera vez que veo morir a alguien, ¿también se vuelven locos los güeyes? Me estoy poniendo ansioso, ¿por qué no salí a reclamarles a los matones?, ¿acaso no era necesario señalarles su atrocidad?, ¿a qué hora llegará la maldita ambulancia? Estamos en la Seis de Enero, una de las colonias más bravas de la ciudad, llena de leyendas violentas. Aquí el más tullido es alambrista y el más pelón arrastra el pelo.

Pero existe, Capi, he recorrido la zona donde podría estar; claro, sin suerte; está tan bien escondido que nunca lo hallé.

Seguramente el custodio es un dragón de dos cabezas que echa más lumbre que una chimenea petrolera; nunca supe que el padre estuviera tan chiflado o que le gustara el cine. Iveth lo respeta y le tiene cariño, quizá no se ha dado cuenta de que es bien meco. No creo que haya sido adicto y que les debiera a los desgraciados que lo hirieron, pero me resisto a pensar que todo esto sea por un tesoro.

Quiero que vayas por él; tú eres el único en quien confío; esa riqueza servirá para terminar este templo que me ha llevado casi cincuenta años de mi vida y ya ves cómo está, le falta todo.

La gente es pobre.

Pobre, y poco quiere saber de las cosas de Dios.

Está muy pálido, respira con dificultad; que no se le ocurra morir antes de que llegue la ambulancia.

¿Rescatarás ese tesoro, Capi?

Hace mucho que no buceo.

No tendrás qué hacerlo, ¿ves ese libro, el de pastas oscuras al lado de las biblias? Debe de estar en el suelo, tiene un mapa adentro, te hará tres preguntas que resolverás fácil.

Tranquilo, padre, guarde energías; por si no lo sabe, los exámenes son mi muerte, los odio.

La clave está en la cuarta pregunta, tendrás que resolverla para saber dónde está el tesoro y cómo rescatarlo. Debes ir a Sonoyta, al hotel... Dios mío, no veo nada, ay, oh, Señor, te encomiendo mi alma.

Susurra, y lo sacude un estertor que se va apagando poco a poco. ¿Qué onda, tan rápido trabaja la muerte? La habitación se vuelve pesada, quizá más oscura de lo que estaba. Permanezco inmóvil, el padre queda con la cara retorcida, como en estado de terror; no me atrevo a cerrarle los ojos, que quedaron mirando el techo. Luego pongo atención al librero caído y a los libros desparramados. ¿A cuál se refería? Pastas oscuras, dijo, hay como cien. Tomo uno, lo hojeo, ¿qué busco? No me voy a poner a leer estas cosas, terminaría en diez años. Pero el padre mencionó un mapa.

Abro otro, hago la misma operación; intento encontrar un párrafo subrayado, un dibujo, una clave y nada. Le dije que no soy bueno para eso. Cuando repartieron la paciencia me dio güeva hacer fila.

Estoy con el cuarto libro cuando escucho la ambulancia. Al fin. Abro el quinto, delgado y con pasta dura, por cierto, y a la mitad descubro un tosco cuero arrugado, el padre cortó páginas para colocarlo allí y que no se notara, lo tomo, está un poco ajado, debe de ser el mapa que mencionó, lo abro y un sonido suave brota de él y unas voces: wa wa wa, ¿qué onda? Lo pongo rápidamente

en su lugar, cierro el libro, me lo guardo en el bolsillo interior de mi chamarra y salgo a recibir a los paramédicos que se acercan: dos compas con uniforme de la Cruz Roja con una camilla. Les indico la puerta de la sacristía. Uno de ellos checa los signos vitales del padre Celerino y le cierra los ojos.

Ha muerto.

Me echa una mirada, el otro notifica:

No podemos llevarlo.

Cómo que no pueden llevarlo, ¿están seguros?

Completamente, nada más transportamos heridos.

Oigan, pero lo acaban de balear.

De verdad no podemos, discúlpanos.

Qué mal pedo, salgo detrás de los socorristas que me desean buenas noches y se largan como si nada, quizá están acostumbrados. Una señora de unos cincuenta años, algo pasada de peso, los encuentra en la puerta de la iglesia.

¿Pasa algo?

Nos llamaron para un herido pero falleció y no lo podemos llevar.

La señora se vuelve a mí, que estoy en el altar sin saber qué rollo.

¿Es el padre?

Sí.

Dios mío.

La señora se adelanta apresuradamente a la sacristía, permanezco en la puerta, escucho su llanto, miro el libro. *Descubrimiento de las siete ciudades de Cibola y Quivira*, de fray Marcos de Niza, lo abro al principio: “Primeramente, luego como llegáredes a la provincia de Culiacán, exhortaréis y animaréis a los españoles que residen en la villa de San Miguel que traten bien los indios que estan en paz y no se sirvan de ellos en cosas excesivas”. Órale, espero no tener que leerlo. Busco el pedazo de cuero doblado en las páginas recortadas, lo observo con cierto temor, cierro el libro y lo regreso al bolsillo de mi chamarra; sea lo que sea no quiero involucrarme. Entro, la señora le ha colocado las manos sobre el pecho y musita una oración en voz baja. ¿Saben qué quiero? Largarme lo más pronto posible, abrirme; sin embargo, espero, no quiero hacer el oso borrándome así como así.

¿Eras su amigo?

Se puede decir.

¿Viste algo?

No estoy seguro.

Por la tarde me dijo que a las ocho vendrían a verlo dos personas con las que no quería hablar, pero falta un cuarto de hora; ¿lo viste vivo?

Sí, le llamé a mi hermana para que mandara la ambulancia, pero ya ve, llegaron tarde.

Pobre, era un santo; se fue sin terminar el templo, era algo que temía desde el año pasado. Era su gran ilusión.

Pues sí, como dicen: soñar no cuesta nada. Lo que yo quiero es tirarme a perder, pero debo hacerlo con propiedad, no quiero que luego digan que soy un desconsiderado.

Tarde o temprano ese tesoro le iba a traer problemas, pero no quería entender, creía que si lo encontraba podría terminar la iglesia y darnos esa gran felicidad.

Bueno, señora, debo irme.

¿Te dijo algo? Porque si pediste una ambulancia, debió de estar consciente.

Habló de ese tesoro, que los señores que esperaba querían saber de él.

Esos desgraciados lo mataron, ¿los viste?

Solamente vi una Hummer negra que se retiraba.

Esos malditos se dedican a robar casas de narcos; dicen que han encontrado maletas llenas de dólares y desde hace tiempo quieren el tesoro del padre, quién sabe por qué. Cometí la imprudencia de comentarlo con la esposa de Melchor Canobio sin imaginar las consecuencias. Dios me perdone.

Bueno, tengo que llegar a casa.

Me encamino a la salida.

¿Eres el Capi Garay?

Me vuelvo.

Sí, señora.

Qué me cuentas de Iveth, es muy buena niña, ¿se piensan casar?

No lo sé, aún estamos muy chicos para decidir eso.

¿Y esta vieja metiche, qué se está creyendo?, ¿quién le dio permiso de meterse donde no la llaman?

Apuesto a que el padre te pidió que buscaras el tesoro.

Cómo ven, en este mundo no hay secretos.

Algo comentó.

Un par de veces le oí decir que eras un plebe muy atrabancado, pero el único que tenía carácter y corazón para eso, ¿qué más te dijo?

Solo eso, que buscara en un libro pero no mencionó qué, ¿usted quién es?

Soy Herlinda, del grupo de señoras que apoyamos al padre en todo, ¿tú hiciste el tiradero?

Cómo cree; cuando entré ya estaba, no más llamé a la ambulancia.

¿Buscaste en los librereros?

Por andar de curioso ya me torció.

Encontré un libro con un cuero adentro.

Es un mapa, un mapa muy raro, varias veces lo vi cuando el padre lo estudiaba, se quedaba horas viéndolo.

¿Qué les digo? Fue un cura bien meco, por eso mi abuelo no lo tragaba.

Abro el libro, tomo el mapa y lo desdoble delante de la señora y siento un escalofrío machín, escucho ruidos, voces lejanas y el silbido de un viento que no está en la sacristía. Mierda, qué maniaco. Lo cierro de golpe. Mi hoyo en la panza crece. La señora me mira asombrada.

Esa es la señal, Capi Garay, eres el indicado, ¿te mencionó algo, un lugar o una fecha?

Sonoyta.

La entrada al Gran Desierto de Altar.

Nombró un hotel pero no alcanzó a decir el nombre.

Hotel dulGer, siempre llegaba allí; lo sé porque se traía los cerillos.

Al salir de la iglesia me parece ver la Hummer estacionada a unos cincuenta metros. Pinches batos gachos. Me siguen un par de cuadras pero en la avenida Obregón me les pierdo, no vaya a ser que les queden balas.

UN HOTEL MUY ESPECIAL

Hay cosas en que no la hago, mi hermana Valeria dice que soy bien meco, que no sirvo ni para ver quién viene, y una de ellas es esta: no tengo madera de héroe, en una carrera de relevos soy el pendejo que deja caer la estafeta; entonces, no sé de dónde sacó el padre Celerino que yo podía hacer este jale; no tengo valor, no tengo idea de nada, no sé interpretar el mapa ni del barrio, el otro día traté de encontrar mi calle en el Google y valí madre. Mi abuelo Nacho, aunque me trata mejor, cada que puede me recuerda que el que nace pa tamal del cielo le caen las hojas.

Sin embargo, voy y convenzo a mis compas de una ilusión y aquí estamos, con un frío de la chingada. Pitágoras se quedó en Navojoa, no lo pudimos convencer de que se jalara con nosotros. Se puso bastante necio y se fue a la terminal de autobuses que está a una cuadra de la calle principal donde nos paramos a curarnos la cruda con tacos de caguamanta. Quizá está en lo cierto. Dicen que el tiempo da la razón. Que espere sentado el güey. Dante llamó a su casa, les dijo más o menos en las que andaba, y su papá lo animó, es bien aliviado el viejo, solo le pidió que regresara para la cena de Navidad. Su mamá le hizo prometer que se iba a cuidar. Por cierto, el futuro historiador no encontró información sobre mapas antiguos en la biblioteca de Navojoa. Solo algo de un tal padre Kino pero dijo que era otro rollo. Yo, antes de ir con estos cabrones ayer, después del sepelio del padre Cele, hablé un buen con el Viejón, me dijo que el cura estaba tumbado del burro, que encontrar un tesoro llevaba años, pero terminó dándome pesos y dólares para el viaje y enterándome de que el jeep estaba recién afinado y con llantas nuevas. Órale. Alternándonos al volante Dante y yo, seguimos hasta Sonoyta, el primer lugar que señala el mapa. Apenas nos detuvimos, además de en Navojoa, en la Taberna de Moi en Ciudad Obregón para un tentempié, y a comer carne asada en Hermosillo. Una verdadera delicia.

Llegamos justo a las siete.

Comenta Dante. Es el único que trae ese espantoso reloj de pulsera. Esas madres ya ni se usan. Murakami y yo, y seguramente toda la raza, vemos la hora en nuestros celulares. Pinche loco. Estamos en una gasolinera, antes de buscar el hotel decidimos llenar el tanque, por lo que se pudiera ofrecer. Una antigua costumbre del Viejón que siempre le echamos en cara pero que esta vez sigo al pie de la letra.

El hotel dulGer se encuentra en una calle de mucho tráfico, cerca de la carretera 15 que cruza el poblado. Es una villa pequeña, habitada por comerciantes y agricultores, pegada a la frontera

con el gabacho. Punto obligado en el paso rumbo a Puerto Peñasco que se halla en el mar de Cortés, lugar que les gusta a los gringos para descansar y loquear. El hotel es cuadrado, de dos pisos, pintado de amarillo claro, con grandes palmeras al frente y un estacionamiento interior para ocho carros donde, en el centro, sobrevive un jardín de añejas cactáceas, lo mismo que una espigada palmera de unos veinte metros de alto. Dejamos el jeep en la calle porque está lleno.

El administrador, un viejo robusto de profundas ojeras y piel rojiza. Me mira con cierta apatía. Le pido dos habitaciones.

¿Cuántas noches?

Digo que una sin pensarlo, total, mañana será otro día. Coloca un par de llaves sobre el mostrador y me pide que pague por adelantado.

¿Recuerda al padre Celerino?

Viejo loco, claro que sí, ¿cómo está?

Le cuento que murió. Se me queda viendo durante unos segundos de tal manera que me provoca un escalofrío cabrón.

¿Él los mandó a este hotel?

Más o menos.

Como de rayo toma las llaves que permanecían sobre el mueble y las cambia por otras. Iguales. Al menos no noto la diferencia.

En estas habitaciones descansarán mejor, no tienen ventanas y eran las favoritas de Celerino.

Con lo agotados que estamos no hago ningún comentario y le doy las gracias. Mis amigos esperan fisgoneando las fotos en las paredes y algunas artesanías de la región. Avanzamos hacia unas escaleras exteriores que nos llevan a la segunda planta.

¿Ven lo que yo?

Dante señala un Mustang rojo con una amplia franja negra que lo cruza del frente a la cajuela, del año, estacionado al lado de la administración. Pinche carro, se ve espectacular: llantas anchas Michelin y bastante levantado, cristales más o menos polarizados y un chasis tan brillante que refleja la leve luz del lugar. Murakami le echa un ojo como si nada, se ve que los carros no son lo suyo. A mí me gusta mi carro y el jeep; los demás ni me van ni me vienen.

Cuando sea grande tendré uno de esos.

Agrega el historiador. Dejamos nuestras cosas en unos cuartos horribles cuyas puertas cierran herméticamente, sin ventanas y pintados de azul oscuro. Chale. Lo único impecable son los baños. Bajamos al restaurante del hotel donde cenamos carne de venado asada, acompañados por trailers y turistas que recorren el desierto o visitan Puerto Peñasco. Bebemos licuados de frutas. Nos atiende una señora de setenta años, de rasgos finos, simpática. Se nota que fue bonita. Dice que se llama Camila Frankie. Terminamos y a dormir: estamos hechos polvo.

Buenas noches, que descansen.

Nos desea doña Camila.

Todas las habitaciones tienen las puertas hacia el patio central; apenas entro a la mía, suena mi celular. Es de mi casa.

¿Dónde andas, tarado?

Fritzia tiene bonita voz, pero es insoportable; si no tienes una hermana así, agradece a Dios

desde lo más profundo de tu alma.

¿Qué quieres, enfadosa?

Mi mamá pregunta por ti.

No me la pases, mi papá le va a explicar.

Alguien quiere hablar contigo, güey.

Te estoy diciendo que no me la pases, ¿estás sorda o qué, chamaca buena para nada?

Es Iveth, ¿le digo que estás muerto?

La sangre se me acelera machín, se me boca la seca. ¿Segura?

Tengo cara de idiota o qué, está bien que sea tu hermana pero no es para tanto.

Lo que les digo, es una morra bien pesada; Valeria es un tábano pero Fritzia es más dañina que la mosquita blanca.

Pásamela.

Si me propone matrimonio le digo que sí. Disculpe, padre Cele.

Bueno.

Capi, antes que nada, no te hablo por nada personal, güey, ¿entiendes? Te llamo porque doña Herlinda me pasó el rollo de que el padre Celerino, que en paz descanse, te hizo una encomienda muy especial.

Ah, no es para tanto, me toca traer los fondos para terminar la iglesia.

Doña Herlinda me comentó lo del mapa y el tesoro que el padre nunca encontró; quiero desearte suerte, güey.

Ya me la diste, me acabo de enterar de que el dragón que resguarda el cofre lleno de joyas es de dos cabezas y no de tres, como insistía el padre.

Solo eso güey, la mejor de las suertes.

Te extraño.

Yo no, pero si te late, cuando traigas el tesoro nos echamos un choro.

¿Por qué me llamas de mi casa?

¿No lo adivinas?

Dile al culero del jalisquillo que se quede en su rancho.

No te metas en mi vida que yo no me meto en la tuya.

Cuelga. Pinche vieja, ¿ya ven? No fue necesario decapitarla para que perdiera la cabeza. Ay, qué linda deseándome suerte, que la parta un pinche rayo a la güey. Neta que estoy temblando. Bajo al restaurante por una cerveza, lo siento, padre; le prometo que nomás serán dos, porque una no es ninguna y dos es una. Desgraciada, se cree mucho porque está bien buena, voy a tener que romperle la madre a ese güey, ¿qué se cree? Pinche meco; sin embargo, dijo muy clarito que si llevo el tesoro podemos hablar. ¿Por qué lo dejan a uno las viejas?

Estoy de regreso, doña Camila, una Indio por favor.

Solo hay Tecate roja.

¿Es buena para la tristeza?

La mejor.

El restaurante está vacío. Ocupo una mesa cerca de la entrada. Me trae una lata roja y me tomo la mitad.

Si tu desconsuelo es profundo nada lo impedirá.

Usted dijo que lo quitaba la cerveza, ¿piensa ahora lo contrario?

En asuntos de tristeza una mujer puede cambiar de opinión cuando se le pegue la gana.

Sí, a veces son bien mecas.

¿Cómo se llama la que te dio calabazas?

Bueno, ¿qué no hay en este mundo una vieja que no sea metiche?

Iveth.

Lo suponía, todas las Iveths son difíciles y muy selectivas.

¿Neta? Pues ya me llevó el chamuco.

No olvides que es mujer, y podría cambiar de opinión; las mujeres somos vulnerables a los guapos y a los héroes, ¿en qué sector estás?

En ninguno; en una carrera de relevos, ¿tiene idea de quién es el meco que deja caer la estafeta?

Sonríe y se pone a limpiar las mesas.

¿Sabes qué es lo más fácil que hay en el mundo?

Me traspasa con una mirada café clara.

Darse por vencido.

Continúa poniendo orden. No respondo, supongo que tiene razón. Termino la cheve, pago.

Muchas gracias, doña Camila, entre usted y la Tecate me han tranquilizado.

Una mujer y una cerveza son la mejor combinación para acabar con cualquier pesadumbre.

Lo tomaré en cuenta.

En mi cuarto abro el mapa y órale, ahí está el sonido, ssssss, ¿pueden oírlo? Es el mismo silbido; están también las voces: wa wa wa wa. Bajan poco a poco hasta desaparecer. Qué maniaco, ¿por qué suena?, ¿qué lenguaje es ese? El cuero hace un leve crack cuando lo abro pero no es eso. Son ganas de joder del mapa. Lo extiendo, hay líneas y nombres con los que no estoy familiarizado: o'odham, comcáac, schuk toak y otros. ¿Qué significan? Quizá Dante tenga razón, debí investigar, pero como les digo, no es lo mío.

¿Ser joven es esto? Estamos volviendo para vacacionar en casa, tenemos pedas todos los días y un montón de fiestas, todo el tiempo para dormir y estamos aquí buscando un tesoro que a lo mejor ni existe. Qué maniaco. ¿Me importa la capilla de San José? Un poquito, fui allí porque Iveth me llevó pero ahora ya ven, pinche morra, me dio patrás machín, y el padre bien gandalla, se aprovechó de que estaba estirando la pata para meterme en este embrollo, y yo de pendejo me traigo a mis compas; ¿y si nos regresamos? Morros, como aventura estuvo curada, pero ya, ahora regresemos a Culiacán a ver morritas.

Dice mi papá que un tesoro tiene una leyenda, ¿cuál es la de este? Y un lugar más o menos fijo, ¿dónde está? Pinche tesoro, solo tenemos un cuero.

Es un mapa muy descolorido, seguramente por el paso de los años. 1724, se lee en la esquina inferior derecha, además de una N muy clara que indica el norte. La marca debieron hacerla con un fierro muy caliente como se herraba antes al ganado. Bien decía yo que el padre Celerino no estaba bien de la cabeza, ¿cómo se le ocurre que podemos rescatar un tesoro siguiendo un mapa que no se entiende?, ¿en qué cabeza cabe?, ¿cuáles son las tres preguntas que plantea y que según

él se contestan fácilmente? Como les dije, Dante buscó en la biblioteca de Navojoa y luego en la de Obregón y cero, nada de información. Todos los tesoros están en cuevas oscuras cubiertos de culebras venenosas o custodiados por dragones y maldiciones. Otros, enterrados en casonas abandonadas con fantasmas cascarrabias; muchos, en el mar; ¿dónde está este? Porque estas palabras no me dicen nada: cmiique iitom, pitaqui, caail azoj canoj, sepa la madre. Pero ella dice que podremos echarnos un choro cuando regrese, ¿vale la pena? Ya voy a empezar con mis dudas, pues sí, el jalisquillo la ha de tener bien manoseada, pero, ¿quiero volver con ella o no? ¿Debo ser honesto con los plebes y decirles que ahora me interesa más el tesoro por ella que por el templo? Lo pensaré.

En el Farm Burger, una hamburguesería bien fresca, seguí el consejo del padre. El dueño es un morro acá, bien macana, siempre trae una gorra porque está pelón, ah, y tiene una novia bien guapa con la que seguro se casa el güey. Me encontré con algunos compas, nos saludamos, son iguales que yo, raza que vive la vida como venga, sin preocupaciones, estudiando carreras que odiamos y confiando en que un día seremos los relevos de nuestros padres en ranchos o empresas. Los vi clavados en sus celulares mensajeando. Salud, macuarros.

Coqueteé con la Miny Calderón, una morrita que va para Miss Universo y a quien la mitad de las presentes quisiera ver muerta y enterrada. Pinches viejas, son bien mecas. ¿por qué a cualquiera que vean más bonita que ellas la quieren matar? Ni idea. Le sonreí, le acaricié el pelo y le besé una mejilla levemente, se relajó. Sé que le gustan los hombres rudos y en este lugar no hay nadie más rudo que yo. Con esto el padre no vendrá a jalarme las patas.

Dicen que la luna de diciembre es la más crack, güey.

No güey, esa es la de octubre.

¿No es la misma?

Sonrió bien sexy. Le tiré la onda al chile.

Salgamos de este nido de ratas, güey.

Me miró fingiendo decencia.

Qué atrevido, ¿quieres que te mate Iveth?

Un rato contigo bien vale el riesgo.

Te pasas de lanza, pinche Capi.

Y tú de buena.

Me recriminó algo que no entendí, se puso de pie y yo con ella ante la mirada de todos pero nos valió. Pagué rápidamente. En la puerta topamos con Dante, que debe su fama a sus dos carreras 4 x 4 y a un accidente del que escapó ileso de puro milagro.

Ey, qué onda, güey, ¿cuándo llegaste?

Hace dos horas y estoy sediento.

¿Tienes el mismo celular?

No, pero sí el mismo número.

Te llamo mañana.

Me sorprendió pensar que tenía un prospecto para el viaje: un conductor de primer nivel. Nunca pensé que Murakami y Pitágoras pudieran participar, hasta la noche siguiente.

Al otro día de la muerte del cura acompañé al Viejón al rancho Toro Cara, propiedad de la

familia, ayudé en las labores de pastoreo y a mediodía pedí permiso para ir a comer a casa, ya que él lo haría con los trabajadores.

Busqué a doña Herlinda, que me aclaró: por lo que dices, el de la barba es hijo de Melchor Canobio, un señor que acompañó al padre el año pasado y murió en el viaje; ahora el chico, a quien apodan el Wailer, y su amigo, quieren el tesoro para ellos, pero no tienen el mapa. El padre Celerino decía que eran joyas, monedas de oro y algunas piedras preciosas. Siempre iba rumbo al norte, a Sonora, Arizona y Baja California; volvía flaco, ojeroso y cansado, siempre tuvo temor de morir sin terminar el templo y pobre, sus temores resultaron fundados. Lo estamos velando en la capilla, pero lo sepultaremos al atardecer, ¿vas a acompañarnos?

Tal vez, ¿le interesaba algún lugar en especial?

Cíbola y Quivira, hablaba de esos lugares con gran ilusión; pero si ves el mapa esos pueblos no aparecen. Un año buscaba uno y el siguiente el otro.

El desierto ha de estar lleno de pueblos fantasma, pensé.

¿Por qué usaba ese mapa si no están los pueblos que rastreaba?

No lo sé, de lo que estoy segura es de que él creía en la existencia del tesoro; no estaba loco para perder su tiempo en un espejismo. Era un hombre inteligente y muy tenaz.

¿Mencionaba alguna zona en particular?

El norte de Sonora y el sur de Arizona. El año pasado estuvo en Sonoyta y regresó bastante entusiasmado, contaba cosas de sus padres y de su niñez en Tacámbaro, Michoacán, pero no comentó del tesoro.

¿Denunciará a los asesinos del padre?

¿Quieres que me maten también?

Me despedí. Doña Herlinda me echó la bendición: que el arcángel Gabriel y Rafael te lleven y te traigan con felicidad, que no tengas ningún contratiempo en tu camino y que Dios te bendiga, amén.

En casa mi mamá me contó: habló tu papá, que lo llamaron de la Ganadera para esta tarde; quieren convencerlo de que críe cerdos, ya le dije que no, que huelen muy mal, que si lo hace tendrá que instalar un baño en el jardín, lloró. Me respondió que estaba loca, que si lo quería lo tendría que aceptarapestoso. Dile a Valeria que te eche una mano, ellos tienen sus pactos. Te hace más caso a ti, Valeria se fue a la Ciudad de México, quiere ver las peregrinaciones a la Basílica de Guadalupe. Está loca tu hija, ¿en qué se fue? En el Volvo. ¡No! Le advertí que no te iba a gustar, pero igual se lo llevó. Mi hermana es una aprovechada, bien sabe que ese carro es mío, que ahorré tres años para comprarlo, aunque mi papá puso buena parte del costo. Dejó correr sus lágrimas. No digas eso, mijo, ella sabe que no eres mal hermano, por eso se atreve. Me puse de pie.

Regreso al rato.

No vayas a donde puedas correr peligro, mijo.

Encontré a Pitágoras sentado en una banca en el jardín de su casa. Leía un libro.

¿Qué haces, güey?

Leo a Vicente Leñero, un dramaturgo bien macana.

En esa carrera tuya, ¿leen mucho?

Todo el tiempo, es una manera de descubrir autores y obras; un día me pueden contratar para

hacer un personaje de este señor y cuando menos ya lo pensé una vez, no me comportaré como un meco, ¿y tú?

Tranquilo, con ganas de pistiar.

Me refiero a tu carrera.

Ah, sufriendo, ya sabes que estudiar no es lo mío; neta que lo hago por el Viejón; entonces qué, ¿jalas?

Si quieres mañana armamos algo, ahora estoy con esta onda y no la quiero suspender.

Mañana es buen día, güey.

Mientras circulaba despacio en el jeep, llamé al futuro chofer.

¿Qué haces?

Investigo el origen de una canción de cuna: *Nadaban, nadaban los patos en la agua...*

Qué jodido estás, pinche Dante, mejor vámonos de pedos, ¿no?

Nel, estoy clavado en esto; mañana si quieres.

Al día siguiente le conté a mi papá, me dijo que era bien meco.

Es una burrada, mijo, son muy pocos los que buscan tesoros y es todo un proceso que siempre parte de una leyenda.

Anoche vi en el Google que puede pasar de otra manera; mencionaron el caso de unos morros que descubrieron un tren cargado de oro en un túnel, en una ciudad polaca, como que era de los nazis.

Pero, ¿lo andaban buscando?

Entendí que no.

Mira, buscar un tesoro puede llevar años, se requiere de equipos especiales, mapas, planos, dinero, ¿cómo piensas lograrlo?

¿Te digo la verdad? No tengo la menor idea. Sé que el padre lo buscaba todos los años en esa zona, y ahí vamos a ir.

¿Vamos?

Voy a invitar a los plebes.

No tiene lógica, Capi; si no lo encontró el padre en casi cincuenta años es que no está ahí o no existe.

Tienes razón, pero quisiera hacer el intento.

Mi padre es un hombre práctico, con él las cosas son o no son y nunca se complica; también es cierto que desde que lo rescaté de aquel secuestro en San Luis Potosí, que casi le cuesta la vida, me tiene más confianza y se mete poco en mis ondas; lo que sí, noto que le preocupa que me involucre en proyectos descabellados. Dice que voy a ser un pésimo ranchero; no lo dudo ni tantito, aunque quizá sería peor si me pone al frente de una carnicería o algo así. Chale.

Déjalo para después de Navidad; te has esforzado en la escuela y mereces relajarte un poco, pero de otra manera. Esta tarde hay carreras de caballos en Navolato, podríamos pasarla bien.

No sé por qué, pero quiero hacer esto ahora, papá, y estar aquí para Navidad.

Es raro que yo esté de terco con una onda así, me gusta tirar la güeva, ver tele y escuchar música norteña; encontrar el tesoro de Cuitláhuac o de Cuauhtémoc, ya no recuerdo, no estaba en mis planes.

Pues si ya lo decidiste que Dios te acompañe; ¿ya le comentaste a tu madre?

Te iba a pedir que le dijeras tú, ya ves cómo es, se suelta chillando a la primera.

Lo haré, pero será la última vez; no olvides que el que la hace, la explica. ¿Qué hay de Iveth?

Sentí que mi corazón se sacudía, pinche vieja, va a ser difícil sacármela de la cabeza, quizá sea mejor meterla y que no se vuelva a salir en su perra vida, la güey. Hay minutos que duran setenta y tres segundos.

En mi habitación del hotel escucho cohetes, deben de ser por el próximo día de la Virgen de Guadalupe que, como dicen, es reina de México y emperatriz de América; poca cosa, ¿no?

¿Estoy haciendo lo correcto? Tal vez me estoy dejando llevar por un loco, como dice mi papá; quizá Cíbola y Quivira son lugares imaginarios, por eso el padre nunca los halló; pero si no busco el tesoro, no tendré una oportunidad con Iveth, ¿se trata de buscar o de encontrar? Le podría decir que lo vimos pero que el dragón se lo tragó completito, ¿con qué cabeza? Con la izquierda. Y ahora, ¿qué sigue? Espero que cuando amanezca sepamos y que después del desayuno tengamos a dónde ir.

Murakami padece insomnio y despierta a Dante muy temprano. Fue el primero en salir al pasillo que protege un barandal de acero frente al patio y regresar desconcertado a la habitación; sacude de nuevo al chofer que continúa jetón; claro, la manejada cansa.

Qué quieres, pinche meco.

Párate y sígueme.

En el barandal Dante observa un momento y queda estupefacto. Luego tocan mi puerta. Abro.

¿Qué pedo, güeyes, olvidaron su mamila?

Capí, tienes que ver esto.

Me invita el japonés. Percibo algo en su cara que me induce respeto.

No lo vas a creer.

Agrega su compañero señalando el exterior.

¿No lo podría ver más tarde?

Pienso: pinches morros enfadosos.

No, dicen los dos.

Estoy amodorrado, estamos en el segundo piso de ese hotel para viajeros, en habitaciones sin ventanas pintadas de manera horrible. El sol pega fuerte, salgo y me recargo en el barandal, deslumbrado, voy a preguntar qué rollo, güeyes, de qué se trata, pero lo que veo me acaba de despertar. ¡No manchen!

UN ORIFICIO EN EL TIEMPO

El patio es un jardín de cactáceas en flor. En medio se alza una palmera de más o menos siete metros, ¿Qué onda, quitaron las plantas viejas y pusieron nuevas durante la noche? Venía tan cansado que no los oí, además en esa habitación tan cerrada. Me vuelvo a Dante.

¿Qué transa?

¿Estás ciego o qué, güey?

Se ve que aprovecharon la noche, ¿no?

Capi, es imposible quitar y poner tantas plantas en tan poco tiempo, observa la palmera, y no lo hicieron durante la noche; por favor mira el Mustang, güey.

Y el hotel.

Agrega Murakami.

Es un Mustang nuevo pero un modelo antiguo, de color rojo y la franja negra es más angosta. Los otros carros desaparecieron.

Esas llantas me gustan, expresa el cibernético en tono misterioso. Además, mi celular no tiene señal.

Lo mismo el mío; intenté llamar a casa, y nada.

¿Acaso es una alucinación? El hotel solo tiene, en el segundo piso, la parte donde dormimos, vemos un anuncio donde dice que se llama Relox. Permanecemos en silencio, intrigados, ¿qué onda? Pinche tesoro, ya empezó con sus mamadas.

Bajemos.

Caminamos hacia la escalera, que está en otro sitio, es pequeña y de madera. Todo es notablemente distinto. Dante examina el carro. Su cara se ve como de piedra, bien desconcertado.

Plebes, este Mustang es de 1969, es un Mach 1, con motor de 335 caballos. Es primera generación.

¿Dónde está el de anoche?

Buena pregunta.

Retrocedimos en el tiempo.

Observa el japonés con una leve sonrisa.

No digas pendejadas, quizá alguien nos está tomando el pelo.

¿Quieres decir que el pequeño jardín que nos recibió con su palmera de veinte metros y el otro

carro, los imaginamos?

Piénsalo, Capi, es imposible sustituir un jardín por otro igual, con plantas más jóvenes, en una noche, destruir un ala del hotel sin hacer ruido y cambiar un auto de modelo; lo único que sigue igual es el frío.

Y nosotros.

¿Pero cómo, qué fue lo que pasó?

¿Y nuestro jeep?

Callamos, esas veces que te quedas en silencio para después sentir miedo, y un vacío en la panza. Mi hoyo frente a este es un miserable e inofensivo orificio. La raza habla de mariposas en el estómago, pero un vacío como este es súper cañón, neta que acaba hasta con las lombrices.

Vamos con doña Camila.

Primero veamos el jeep.

Propone Murakami. Varios jóvenes con pantalones acampanados y chamarras de gamuza cruzan rumbo al restaurante. Me observo, también a mis compas y no hay dudas: estamos iguales, con nuestros jeans, camisas de franela y chamarras. Nuestros tenis Nike de última generación. El japonés usa un suéter gris y Dante una chamarra de cuero café oscuro y la mía es negra. A unos quince metros, divisó nuestro vehículo. Lo veo raro.

Si es verdad que retrocedimos, considerando el Mustang, fueron como cuarenta y siete años. ¿Por qué?

Comenta Dante. No respondemos, nos clavamos en el jeep sin hablar. Él mismo agrega:

Güey, si no me equivoco, es un Comando de 1967.

Gris claro, con una capota color arena, que me parece la cosa más horrible que he visto en mi perra vida, sin los vidrios rotos que tenía el otro. ¿Qué onda, y mi jeep? Tengo la boca abierta, ¿qué pasa? Como broma está de poca madre, pero... Los vehículos estacionados y los que circulan son antiguos, y los transeúntes visten como en las fotos de familia. La llave electrónica trae adentro una de metal: la uso y funciona. Qué maniaco. Quedamos congelados. ¿Alguien quiere regresar a Culiacán?

No me explico cómo pudo pasar, pero por nada del mundo me arrepiento de estar viviendo esta experiencia.

Miento gachamente.

Lo mismo digo.

Nuestros cuartos han de ser un túnel del tiempo.

Insiste Murakami, clavado en la idea.

En algún momento hemos cruzado un portal hacia otra época; si Dante dice que el carro es de 1969, quizá estamos en ese año.

¿A qué hora sería?

Ni idea, estuve despierto gran parte de la noche pero no percibí nada.

¿Padeces insomnio?

Algo así.

Pregúntame a mí, que me despertó varias veces; pero viendo lo sucedido, y si fuera cierto lo que dice Murakami, ¿imaginan la utilidad de estos portales en los estudios historiográficos?

Dante mira su reloj y guarda silencio.

¿Qué onda?

Al parecer no le afectó; este reloj es tan viejo que debe de ser de antes de 1969, si es que estamos en ese año. Es marca A. Lange y lo que sé es que lo fabricaron en Glashute, Alemania, una empresa que hizo relojes para la Luftwaffe, la aviación germana en la Segunda Guerra Mundial.

Qué macana. Bueno, apestosos, propongo un buen baño, que es lo único decente de la habitación. Nos vemos en veinte minutos.

Rápido estuvimos listos.

Bueno, vamos a desayunar, le pediremos a doña Camila que nos sorprenda.

Y que nos explique. A lo mejor esto pasa todos los días.

Hay ocho mesas en el restaurante, la mayoría ocupadas por choferes de pelo largo. Vemos un radio negro sobre la barra que toca rolas en inglés. Nos sentamos en el mismo lugar en el que estuve por la noche. La mesa es de madera, huele. Se acerca una joven de piel apiñonada, de rostro fino y muy formal.

Tenemos burritos de machaca, caldo de víbora, codorniz en salsa de tomate, atol de péchita y bajicopo.

Los tres miramos a la chica con ganas de decirle algo, pero nada más elegimos desayuno; nos dice que el bajicopo es un atol de trigo y mis amigos deciden probarlo. Me arriesgo con el de péchita.

¿Y doña Camila?

Me mira extrañada.

No conozco a ninguna doña Camila, aquí la única Camila soy yo.

No me digas, ¿y la señora que me atendió anoche?

¿Bromeas? Aquí solo atiendo yo, hace tres días que no tengo meseras, las dos ayudan en la iglesia y con la proximidad del día de la Virgen de Guadalupe se olvidan del trabajo. Voy por su desayuno.

Oye, disculpa, ¿en qué año estamos?

¿Son retrasados mentales o qué?

Nos califica y se mete a la cocina con mala cara.

¿Qué onda, güey?

Pregunta Dante.

Anoche hablé con la morra y me volvió a batear. Entonces no aguantaba la sed y vine por una cheve. Me atendió la misma señora que nos sirvió la cena; recuerdo que se llamaba Camila.

¿Sabes qué, güey? La morra se le parece, ha de ser su hija.

Pusimos atención a la radio:

1969 fue un año de contrastes; por un lado, jamás olvidaremos que el hombre pisó por primera vez la luna; hicieron la hazaña los astronautas Neil Armstrong, que fue el comandante; Michael Collins, piloto del módulo de mando, y Edwin "Buzz" Aldrin, piloto del módulo lunar, esa pequeña cápsula que se posó en nuestro satélite; seguro lo recuerdan, sucedió hace apenas unos meses, en el verano. Ahora, algo definitorio de Jimmi Hendrix, el gran maestro de Seattle que se

lució en el pasado festival de Woodstock: *All Along the Watchtower*.

No manches.

Nos vemos las caras y sí: no hemos cambiado. ¿Tendrá algo que ver el mapa con esto? Lo que les dije, pinche mapa, ya nos está alterando la vida. ¿Afecta en algo buscar el tesoro cuarenta y siete años antes? Ni idea, ahora la pregunta es: ¿cómo vamos a salir de aquí? Mis padres y los de Murakami apenas habían nacido y de Iveth ni sus luces, no existía la güey, y ahora lo que se cree. Los papás de Dante son más jóvenes. Veo a mis amigos observando: las servilletas, los rostros de los presentes, la pintura de las paredes, las plantas que se ven por la ventana.

¿Qué hubiera publicado Isaac Asimov a partir de esta experiencia?

¿Quién es ese?

Un físico que escribió sobre robots, incluso se dice que él inventó la palabra.

Una historia de anticipación.

Camila nos trae el desayuno. Se ve riquísimo.

¿Tú cocinaste?

No, fue doña Camila, esa que dices que te atendió anoche.

¿Podrías sentarte un momento?

¿Eres tarugo, no ves los clientes que tengo?

Deberías pedir a tus meseras que vuelvan.

Lo hice, sin embargo para ellas el día de la Virgen de Guadalupe es más importante. Todos los años ocurre lo mismo.

Bueno, soy el Capi Garay, ellos son Dante y Murakami.

Soy Camila Frankie, ¿qué hacen acá, aparte de machacar con preguntas tontas?

Perder el tiempo.

¿En serio?

Y lo perdemos por años.

Añadió el japonés.

Andan en busca del tiempo perdido.

Algo así, de lo perdido lo que aparezca.

¿Ese jeep es de ustedes?

Sí, ¿el Mach es tuyo?

Es de un tipo que conozco.

No me digas, pues no se te nota.

No se me nota qué.

El novio, todas las chicas que se ponen de novias se vuelven feas, y tú te ves muy bien.

Me mira con ojos muy abiertos, son café claro, duros, llenos de misterio.

¿Crees que eres ingenioso?

Si puedes sentarte podríamos discutirlo.

La invita Dante, siempre tan conciliador.

Si me ayudan a servir, podría hacerlo.

El Capi sabe de eso, estudia gastronomía y una semana al mes le toca de mesero. Capi, es tu oportunidad de demostrar lo buen estudiante que eres.

Pinches carrilludos, no me dan tiempo de replicar.

Pruebo el atol de péchita y acompaño a Camila a la cocina. Mis amigos ríen divertidos. Lo mismo la chica que entiende muy bien que es una broma. En mi perra vida he trabajado sirviendo mesas. Sin embargo, le ayudo sin chistar. Cada que paso a su lado los plebes me piden más burritos, atole, agua, pero me hago el sordo. Una hora después recaliento mi codorniz y repito el atol. La morra cumple su palabra. Se sirve un licuado de pitahaya con naranja, avellanas y semillas de girasol y se sienta con nosotros.

Un día voy a tener un restaurante donde venda puras delicias.

Los burritos están de poca madre.

¿Lo ves? Habla como chef.

El caldo de víbora me encantó, incluso me salió medio cascabel.

Pónselo a un gato.

¿Cuál es tu especialidad?

Las trufas. Tengo una tía, mi tía Gorda, que dice que me quedan de muerte natural, que es un manjar de dioses; bueno, cuéntenme todo.

Justo en ese momento, escuchamos el ruido característico del Mach 1 que acelera estrepitosamente para calentar la tremenda máquina que lo mueve. Camila demudada se pone de pie y mira por la ventana. Luego se vuelve con preocupación.

Muchachos, tienen que irse.

¿Qué?

Rápido, salgan por la puerta de la cocina.

Nos ponemos de pie.

¿Qué onda?

Muévanse, no es tiempo de preguntas.

Ordena sin subir la voz, como para que no la escuche Alejandra, la única cliente que disfruta un caldo de víbora y que al parecer es su amiga. Cuando llegó la saludó por su nombre.

Veo su rostro firme y su mirada intensa. Abandonamos el lugar intrigados, ¿qué onda?, ¿qué pasa con la gente? Primero muy picuda y después aterrorizada. Quizá la vida es así: uno navega del atrevimiento al temor en tres patadas y se me hace mucho. Qué maniaco.

En mi habitación abrimos el mapa que nunca dejo fuera de mi chamarra. No se escucha el viento pero sí las voces.

Este mapa tiene vida, güey.

Es un portento.

Pienso que exageran pero no abro la boca.

De nuevo observamos los trazos, los nombres y un punto negro que antes no aparecía, o que si estaba no lo notamos. Encima tiene un nombre: Cíbola. No manches, pinche mapa, ahora resulta que también dice cosas. Claro, en cuarenta y siete años pudieron borrarse algunas de sus partes y con el retroceso surgieron tranquilamente.

Morros, a este punto vamos. El cura dijo que el mapa nos haría cuatro preguntas, tres se respondían fácil y la bronca era la cuarta. Cíbola podría ser la primera.

Más bien sería una respuesta.

Es solo el nombre de un lugar, ¿real, imaginario? No lo sé.

Es un planteamiento para tarados, pienso.

Está al oeste, rumbo al mar de Cortés.

Este mapa es una máquina, güey, ya les dije, y si eso te indicó el cura, todas las preguntas tienen respuesta porque alguien las programó y las metió allí para ser contestadas.

Expresa el japonés pensativo. Nos detenemos en sus palabras. Quiero decirle que no sea meco, ¿cómo puede ser una máquina? Fue hecho en 1724. La gente sembraba con bueyes y arados, cosechaban maíz y trigo; sin embargo, prefiero no opinar. Dante tampoco.

Bueno, si queremos llegar a la cena de Navidad, vamos a descabezar a esos pinches dragones de una buena vez. Murakami, tú que estás más familiarizado con ellos, ¿cuántos dragones crees que custodien el tesoro?

Ninguno, Capi, estamos en el tiempo de la tecnología fantástica, aunque nuestros celulares no funcionen; hace rato desarmé el mío y está intacto, lo que ocurre es que en Estados Unidos acaban de inventar internet y no hay satélites en el espacio que nos comuniquen rápidamente; además, si el dichoso tesoro apenas servirá para terminar un templo, pues no ha de ser muy voluminoso.

Buen punto, salgamos de aquí.

Oigan, ¿y el Mustang?

Nos detuvo Dante. Seguramente apagaron el motor porque no se oye.

No es nuestro pedo, ni siquiera conocemos al dueño.

Okey, otra cosa, no olviden que estamos en otra época, y que debemos tener cuidados que quizá tuvieron nuestros abuelos.

Imagino al abuelo Nacho tirando barra con las morritas.

Buena idea, güey, ahora vayan por sus porquerías y a otra cosa mariposa.

Tomamos nuestras backpacks, dejo las llaves en la administración que está vacía y salimos. Vemos el Mach. Se nota que el chofer está en su lugar.

Pasamos frente al restaurante donde quedan pocos clientes. Un mesero de chamarra negra haciendo su trabajo me provoca una sensación extraña. Por sí o por no, nos desplazamos con precaución.

Bueno, si realmente corremos peligro, larguémonos de aquí; de mejores congales nos han corrido.

Más vale que digan aquí corrió que aquí quedó.

Vemos que llega Alejandra, la amiga de Camila, pero no nos llama la atención. Nos escabullimos hasta el jeep que está en la calle, fuera de la vista del Mustang. Dante al volante, Murakami atrás y yo de copiloto. El futuro campeón de la Baja Mil acelera un poco para que se caliente el motor.

Pinches asientos, están bien duros.

No olvides que es un vehículo militar, güey.

Aunque no dice nada, veo que Murakami sonríe, ¿se volvió loco tan pronto? Qué maniaco. En ese momento escuchamos el motor del Mach. Esa máquina es una maravilla.

Salimos. Avanzamos despacio por una calle arenosa. Rápidamente tomamos la carretera a Puerto Peñasco.

Morros, tenemos compañía.

Expresa el japonés y vemos que a su lado, detrás de Dante, se incorpora Camila, toda despeinada, que mira hacia atrás.

En la esquina da a la derecha.

Pide a nuestro conductor estrella.

¿Quieres que te llevemos a algún lado o qué, morra?

El chofer le sigue la onda. Ella, sin dejar de mirar lo que hemos recorrido, ordena.

Dante, acelera, en la primera calle da otra vez a la derecha y te metes en la cochera de una casa azul, grande, con dos palmeras afuera.

No me gusta su actitud y se lo hago saber.

Camila, qué onda, ¿de dónde sacas todo este rollo, en qué bronca nos quieres meter?

Haz lo que te digo.

Alcanzo a ver que el Mach baja de la carretera con el mínimo ruido, ¿qué pedo?, ¿viene tras nuestros huesos? Tal parece que nacimos para estar bocabajados. Chale.

¿Viste que nos sigue el Mustang? Entra en esa casa azul, rápido.

Dante obedece. Camila Frankie se baja rápidamente y cierra la puerta de doble hoja de la cochera. Escuchamos el tremendo motor del Mustang y lo vemos pasar como pedo de gorila por la calle arenosa. Qué maniaco. Nos miramos desconcertados. Un minuto después Camila abre la puerta:

Rápido, regresemos a la carretera, el pueblo es chico.

Oye, a ver, qué pedo, ¿en qué nos estás metiendo?

Saca el carro, Dante, rápido, en el camino les explico.

¿Quieres decir que vas con nosotros? No recuerdo haberte invitado, ni que alguno de mis compas lo haya hecho.

Quiero decir que el tipo del Mustang sabe que ustedes vienen por un tesoro, que tienen un mapa y se lo quiere quitar.

Pero, ¿cómo lo supo?

No querrás preguntarle, ¿o sí? Vamos, Dante, no te demores, a la carretera.

Vivimos en un maldito mundo de chismosos.

Comento y nadie responde. En poco tiempo estamos de nuevo rumbo a Puerto Peñasco. La ruta está desierta, sin ruidos estruendosos, incluso atrás no se ve nada. Temo comentar pero lo hago.

Camila, gracias, pero no podemos llevarte.

¿Acaso no pasé mi prueba de iniciación?

Para mí que la pasaste.

Masculla el japonés.

Lo mismo opino.

Agrega Dante, atento al camino. Pinches mecos, no puedo negar que una cara bonita siempre lleva la delantera.

Camila, ¿qué onda, por qué quieres ir con nosotros?, ¿vas a dejar tu restaurante?, ¿por qué también sabes del mapa?, ¿por qué si tienes problemas con el del Mustang nos llevas entre las piernas?, ¿quién le dijo que tenemos el mapa?

Por un momento solo se escucha el motor del jeep.

El año pasado conocí al padre Celerino, me contó su proyecto y me enseñó el mapa.

Luego me mira con intensidad. Sus ojos brillan, siento que me traspasan. Me estremezco machín, como si la güey ejerciera una fuerza sobre mí y mis compañeros, que se han puesto tensos. Mi hoyo crece un poco.

Relájense. Mi nombre es Hax, y soy guardiana del tiempo.

No entiendo, ¿qué denotan sus palabras, es amiga o enemiga?, ¿qué significa el tiempo en este pedo?, ¿está en lo cierto Murakami cuando dice que entramos en un portal del tiempo? La observo un momento. Ella se vuelve atrás, mira por la ventanilla trasera porque se escucha el estruendo característico del Mach acelerando a fondo. ¿Viene tras nosotros? Nomás eso nos faltaba. Toco el bulto en mi chamarra y pienso lo peor del padre Celerino.

LA PRIMERA PREGUNTA

Nos quedamos brevemente callados, avanzamos por una carretera muy maltratada. Arena, parcelas donde ya se cosechó, sahuaros, choyas, plantas chaparras y el frío nos rodean. Cielo plomizo, ese que hace que te sientas frágil y pensar que el siguiente ladrillo que caiga en el mundo lo hará precisamente en tu cabeza. Qué maniaco.

Sin que nadie se lo indique el futuro campeón de la Baja Mil acelera a tope, y ya no resisto más.

¿Podrías explicarnos qué hace una guardiana del tiempo?

Tal vez no debería decirlo así; lo que hago es pasar de un portal a otro vigilando que funcionen, que algunas especies grotescas no pasen a edades donde podrían aterrorizar o hacer daño, o impedir que algunas sean vulnerables en etapas más avanzadas. Es un trabajo muy dinámico, jamás permanezco demasiado tiempo en una etapa.

Neta que estamos con la boca abierta. Una maldita heroína. Hasta Dante se distrae un instante y el güey por poco nos saca de la cinta asfáltica. Menos mal que el jeep es un vehículo estable y que el chofer es un crack.

Sí eras doña Camila, ¿verdad?

Sí, pero no se claven en eso; a veces me veo en peores condiciones.

Órale.

¿Cuánto tiempo tienes de guardiana?

Toda la vida.

El tránsito es escaso, la mayoría son camionetas de agricultores o gringos rumbo o regresando de Puerto Peñasco, en el Golfo de California.

¿Por qué decidiste acompañarnos?

Siendo honesta, porque los veo muy verdes para cumplir la misión que les encomendaron. Ese tesoro que ustedes buscan está lleno de misterios y el camino para llegar a él no es precisamente una ruta turística con vista panorámica.

Me vuelvo y la miro a los ojos.

¿Cómo sabes eso?

Tienes un mapa que vocifera, ¿verdad? Pues una de las voces es mía.

Órale, ahora sí nos sacamos la rifa del tigre, o la del elefante rosa volador, como dice mi profe

de Mate; ¿acaso me estuvo espiando?, ¿entonces es cierto que el mundo cabe en un pañuelo? Qué curado.

¿En serio?

Seguro también oíste viento, y en esa habitación del hotel solo las voces.

No manches, estás bien enterada.

Pienso que el mapa es un mecanismo, quizá una computadora elemental.

Comenta Hugo.

Es verdad, pero de elemental no tiene nada, fue diseñado y construido en el futuro sobre una grabación de un mapa antiguo.

Murakami sonrío. Me dan ganas de darle un abrazo al güey, es bien inteligente. Le hago la seña romana de que qué macana.

¿Y qué dices y en qué idioma?

Digo que solo hay un camino y lo hago en idioma seri.

Si solo es un camino el problema podría ser inmenso, justamente porque es único.

Expone Hugo, que de todos mis amigos es el mejor para Mate.

Lo sé.

Responde Camila, como si no fuera importante.

Que yo sepa, ninguno de nosotros habla seri, ¿cómo pretendían que entendiéramos tus palabras o las otras?

La idea es justamente que no entendieran, ni ustedes ni posibles intrusos. Un tesoro atrae a mucha gente.

Bien pensado.

Una cosa, el cura dijo que el mapa nos plantearía tres preguntas fáciles de responder, que la bronca era la cuarta.

Te acabo de dar la respuesta de la que podría ser la primera.

Pienso un poco y es verdad: solo hay un camino; claro, el problema es encontrarlo.

¿Por qué le temes al hombre del Mach? Esta mañana te pusiste pálida cuando apareció.

Eso no te incumbe, confórmate con saber que es por mí y también por ustedes, por eso los saqué por la puerta trasera.

Medita un momento.

Quizá también por él.

¿También es guardián del tiempo?

Lo fue, ahora es un renegado, y si todo lo hacemos rápido no tendrán que conocerlo. Confórmense con saber que es un tipo temible.

Pero luego nos metiste en tu casa, qué temeraria, güey.

No es mi casa, es la de él.

Quedamos estupefactos, ella sonrío ante nuestro estupor.

Es el único lugar en que no podía detectarnos, justamente por los mecanismos de protección que tiene instalados.

En ese momento sabemos que tenemos una aliada muy especial. Como tengo experiencias bien bizarras en eso de entender gente, prefiero llevármela calmada.

Camila, o Hax, como dices que te llamas, el mapa tiene una fecha, ¿por qué no nos llevas directamente allí y nos dejamos de hacerle al desarrapado? Aquí donde nos ves tenemos familia y nos gustaría llegar a la cena de Navidad.

1724.

Expresa Dante.

La morra se observa las manos pero no emite palabra. Luego mira por la ventana.

El camino es único y es largo, y hay que seguirlo.

Insiste y entiendo; quizá por ser guardiana del tiempo prefiere no tratar de él.

¿Sabes cómo llegó el mapa a manos del padre Celerino?

Uno de los nuestros se lo proporcionó hace unos cuarenta años, de su dimensión, que es la tercera; lo veía esperanzado buscando el oro de Cibola y Quivira, advirtió que era noble su intención y decidió ayudarlo. Lo primero que le advirtió fue que encontraría justo la riqueza para concluir el templo, lo necesario en el momento que lo consiguiera; solo que el padre no supo interpretar los indicios, siempre buscaba donde no debía y con quien no debía.

Pues el hijo de alguien a quien no debía invitar lo mató; ¿ayudaste al padre así como lo haces con nosotros?

No, apenas lo conocí el año pasado; era una persona que carecía de capacidad para manejar riesgos y reaccionar debidamente a lo desconocido, le dejaba demasiadas cosas a Dios; no consiguió entender el valor de los portales del tiempo en la búsqueda; sé que ustedes tampoco, pero están en una línea que los llevó directamente a nosotros. Por si lo quieren saber, el que mató al padre de ese muchacho fue el dueño del Mach.

Guardamos silencio, ¿qué hace uno cuando encuentra una vieja que lo sabe todo? Pues eso, quedarse como Dios lo trajo al mundo: sin palabras.

¿Por qué le interesa el tesoro a ese señor?

Hax miró de nuevo hacia atrás, luego expresó en voz baja: hay una piedra esférica en el tesoro, es azul. Él la necesita para incrementar su superioridad.

¿Puede ser eso posible?

La requiere para completar un pequeño tablero que le dará todo el poder. La piedra es un poderoso revitalizador, quien la tenga consigo puede rejuvenecer o envejecer según lo desee.

Callamos.

¿Por qué mató a Canobio?

Dejemos eso tal cual.

Está bien. ¿Qué hay del administrador del hotel?

Después de que los recibió se marchó; cumplió su ciclo en esa puerta del tiempo; él algo sabe del tesoro también.

Dijo que nos daba esas habitaciones porque eran las favoritas del padre Celerino.

Es verdad, como seis veces estuvo en ellas, pero su deseo de buscar el tesoro se debilitaba; se detenía en ver a sus padres, escenas familiares de cuando era niño en Michoacán; el caso de ustedes es diferente; lo quieren encontrar, sobre todo tú, Capi Garay.

¿Conocen a alguien que esté más enterada? Yo no. La miro a los ojos y voy al grano.

Por lo que dices, creo que sabes dónde lo podemos hallar.

No precisamente, sé en qué zona podría estar y mi idea es acercarlos.

¿Quieres ver el mapa?

No será necesario.

Definitivo, es una computadora.

Murakami como que regresa de otro planeta.

Ya lo dijo Einstein: el tiempo varía cuando nos movemos por el universo. Un segundo en la Tierra no es absoluto. Viajamos en el tiempo; ahora la clave está en identificar esa zona de la que habla Hax, que es nuestro referente más confiable.

Todo lo rige el tiempo.

Añade Hax. Callamos. El paisaje continúa igual, cactáceas de todas clases y yo todo sacado de onda, quiero pensar que qué buen paro, que qué buena onda topar con Hax, que qué buen rollo que Hugo sepa interpretar el viaje en que estamos. Seguramente regresaremos a casa antes de Navidad y si no llegan los papás del japonés me lo llevo a cenar a mi casa; pero qué pedo, estoy bloqueado. Puedo ver que Dante está pensativo. Solo Hugo sonrío bien macana.

¿Por qué lo haces, Hax?

Porque me da la gana, ¿crees que tengo otro interés?

No te pongas eriza, güey, entiende que a veces uno no puede decidir tan rápido; además, reconociste que vienes huyendo de tu novio.

No es mi novio.

Ah, ¿lo bateaste?

No es cosa que te importe.

Dicen que la gente de carácter fuerte es más inteligente: debes de ser una genio.

Deja de decir idioteces, Capi; Dante, un kilómetro adelante, después de una curva, verás una piedra morada; solo se ve de lejos; allí entraremos al desierto. Abre bien los ojos.

Los tres le seguimos la onda. Dos minutos después la roca morada resplandece a la derecha, apenas le ponemos atención y desaparece. Órale, qué perrón.

Dante me mira con una sonrisa. Murakami observa serio, él todo lo lleva al mundo de las computadoras. A mí este asunto ya me está dando güeva; tantas sorpresas no es sano, dicen que por eso la gente se enferma de estrés. Veo a Camila/Hax tranquila, no nos ha dicho si seguimos en el mismo portal o si ya estamos en la era cuaternaria. Tomamos un camino arenoso rodeado de choyas y sahuaros. Un coyote lo cruza con trote suave; qué bueno que murieron los dinosaurios, si no, ya tendríamos una manada encima. Prendo el radio pero nada se oye. Lo apago. La arena se vuelve oscura y un kilómetro adelante, completamente gris.

¿Podemos parar un momento?

Pregunta Murakami. Hax lo observa.

No es buena idea.

Es que quiero hacer pipí, salimos tan rápido del hotel que no me dio tiempo.

Hax mueve la cabeza como diciendo: este güey, a qué hora se le ocurre.

Dante, si no te detienes me voy a mear en los pantalones.

Algo pasa que a mí también me llegan las ganas.

Seremos dos, Murakami.

Tres, en un asunto de esos jamás abandono a mis amigos.
Completa Dante, que se detiene junto a unas rocas amarillas.

Repito: no es buena idea.

Insiste Hax, ahora sí con cara de preocupación.

No le hacemos caso. Bajamos y cada quien busca el rincón más apropiado. Voy tras un grueso sahuaro. Lo hago rápido. Al terminar noto que una docena de alacranes sale de la arena mojada. Deben de medir unos cuatro centímetros. Husmean los orines, uno salta un medio metro hacia mí, cae y todos desaparecen bajo la arena. Qué curado.

Dante se sacia detrás de unas choyas. Apenas nos hemos reunido cuando escuchamos el grito de Murakami.

Ayyy.

Corremos tras las rocas amarillas donde nuestro amigo está paralizado.

¿Qué pasa, güey?

Alcanzamos a ver un alacrán huyendo en la arena.

¡Ese alacrán me picó en el pene!

Pero, ¿cómo?

No sé, creo que subió por el chorro.

¿Qué?

Yo les advertí.

Aparece Hax con un pequeño frasco oscuro que abre rápidamente.

Me duele mucho.

Toma un trago, antes de que el veneno te invada y tengan que castrarte.

Murakami la obedece sin chistar. Nosotros no sabemos si reír o permanecer con la boca cerrada; se ve sumamente angustiado.

Lo tengo negro.

En diez segundos se te pasará, y esto es para los tres: la próxima vez que les pida algo me hacen caso, si no, los abandono a su suerte.

Nos ponemos serios. La verdad tiene razón, si ella conoce estos lugares más vale que nos pongamos en sus manos. Le ofrezco mi mano.

Trato hecho, desde ahora eres parte del equipo.

Dante hace lo mismo y ella estrecha las dos.

Está bien, aunque no se las hayan lavado.

Ya se puso normal.

Dice Murakami, que observa su instrumento para después guardarlo. Se acerca a la joven y le da un abrazo.

Gracias, mis hijos te lo agradecerán.

Ahora sí nos reímos y le damos carrilla hasta que ella nos llama al orden.

Será mejor que sigamos. Tienen una misión que cumplir y el tiempo es lo único que no se detiene. Jamás lo olviden.

Pienso que es una suerte tener memoria de teflón pero no lo comento. Solo sonrío como un verdadero meco.

EL OASIS ROJO

Continuamos bajo un cielo nublado. Más o menos tres kilómetros adelante desaparecen las choyas, el camino se vuelve angosto y la arena, clara. En el trayecto hemos visto animales que cruzan, buitres en los sahuaros, pájaros volando, víboras reptando, pero aquí nada. Un profundo silencio nos envuelve. Qué maniaco. Hax observa cautelosa. Siento mi hoyo. Es pequeño pero lo noto. Pronto circulamos entre dos promontorios de piedras rosadas que tienen formas extrañas y son cavernosas.

¿Qué es esto, Hax?

El camino.

Responde ensimismada. Aunque me queda claro que no es una ruta turística, me clavo en el talud de mi lado. Hay una gran roca que parece garganta, incluso percibo vibraciones. ¿Qué onda? Me vuelvo a mirar a la guardiana, que hace lo mismo con las de su lado.

Hax, cualquiera diría que están vivas.

Lo están, Capi, si van a decir algo háganlo en voz baja, aunque lo mejor es permanecer callados. Dante, conduce más despacio, conforme te lo indique irás bajando la velocidad.

Pero si voy a veinte.

Aun así.

La arena también se ve rojiza.

Poco más adelante las rocas parecen esponjas rojas. Gotean un líquido oscuro. Es algo macabro que no sé cómo interpretar. Hugo está pasmado, Dante maneja concentrado pero no deja de escudriñar un espectáculo que jamás hemos visto. Huele machín a podrido. La guardiana, con los ojos muy abiertos.

Hax, esto es mucho más que el camino, ¿qué onda, güey?

Ahora las piedras escurren un fluido rojo y viscoso que parece sangre.

Se ve terrorífico.

Comenta Dante en voz baja.

Es la entrada al Oasis Rojo, un ente espeluznante que se alimenta de sangre y carne fresca. No te detengas, pero avanza despacio. La paciencia es la clave.

¿Tenemos que pasar a fuerzas?

Desgraciadamente, sí.

Por un momento guardamos silencio.

¿Es un monstruo?

Se podría decir, aunque entre los guardianes la conocemos como La Piedra que Come.

Quizá está saciada.

Olvidalo, eso nunca pasa.

Valiendo madre, ¿segura de que no podemos tomar otra ruta?

La veo a los ojos que tienen ese brillo de alguien que está en medio de un problema cañón.

Es la única, y como ya intuyes, parte de la primera pregunta.

Veo cuernos y trozos de pieles oscuras por todas partes, espero que no le gusten los humanos.

Farfulla Murakami.

Malas noticias, Hugo, come de todo pero la carne humana es su favorita.

Le busco la cara y veo que no miente. Apenas lo menciona se aparecen un montón de calaveras y esqueletos humanos incompletos. Chale.

No recuerdo haber visto esto en el mapa.

No lo señala; no hablen tanto, esas rocas detectan perfectamente las vibraciones de la voz.

El aire es bastante pestilente. Hay una brisa roja que impregna el parabrisas que nos empieza a meter miedo. Mi hoyo, atento.

¿Qué hacemos?

¿Segura de que no hay otro camino?

Pregunta Dante, que acciona los limpiaparabrisas que remueven un líquido viscoso y rojizo.

Es el único, ya lo dije, continúa despacio.

Tal vez.

Tampoco podemos regresar, observa las rocas que acabamos de pasar.

Se han cerrado detrás nuestro. Casi nos rodean. Bien maniaco, y mi hoyo toma vuelo el güey.

Mierda. Dante, acelera, campeón, esta piedra que come se está pasando de lanza.

No, debes ir más despacio, entre menos nos sientan mejor. Y guarden silencio.

Avanzamos a vuelta de rueda. Pronto estamos sobre una superficie espesa. Intento ver cómo nos encierra el monstruo pero todos los cristales del Comando están opacos y con algunas babas. Veo amarillo a Dante. Murakami observa y se atraganta; tengo la impresión de que Hax está a punto de entrar en acción, ¿la seguiríamos? Lo más seguro es que no, tal vez Hugo, que es el más osado de los tres, se anime. Por lo visto esta vieja no está sintiendo lo que nosotros; a lo mejor no le teme a nada; bueno, quizá tenga sus pedos con el del Mach que es dueño de esa casa tan grande. La brisa roja se convierte en saliva. Chale, qué maniaco. Veo que Dante tiembla un poco pero no dice ni pío el güey, es más cabrón que bonito.

No te detengas ni aceleres.

Murmura nuestra guía.

Y no abran la boca.

Vemos sombras rojas que cruzan frente a nosotros, algo cae sobre el techo que hace un ruido aterrador.

Continúa, y conserven la boca cerrada.

Repite Hax con voz apenas audible.

Pinche padre Celerino, en la que nos metió y el güey. Jamás pensé ser el jamón de un sándwich tan gacho. ¿Por qué le echo la culpa al cura? El meco soy yo, tan tranquilo que estaría en mi casa viendo la tele, mensajeando con mis compas. Avanzamos a vuelta de rueda. A pesar de los parabrisas todo se ve rojo. Así se ha de ver el cuerpo humano desde adentro: lleno de fluidos. ¿Sabían ustedes que las vacas tienen dos estómagos? Me lo contó una morra que va en Veterinaria. Me acuerdo porque hagan de cuenta que estamos en medio de un bistec. Qué maniaco.

Por los cristales ahora escurre sangre. El Comando ronronea con suavidad, como si comprendiera la bronca en que estamos metidos. De pronto se detiene, parece que está patinando. Dante se queda quieto. Hax se acerca a su oído y susurra:

Deja de acelerar.

Y nos hace señas de que estemos callados y en calma. Quedamos paralizados. La sangre chorrea en los cristales. Se escucha un ruido extraño, un sonido de rabia. El jeep se sacude un buen. Es un ruido como de alguien que succiona, eso falta, que el pinche monstruo quiera tragarnos con todo y carro. Siento bien gacho el hoyo. Veo que mis compas tiemblan un poco. Observo que Hax tiene una mano en la manija para abrir la puerta. Sus ojos están cerrados. Órale. El movimiento del Comando aumenta gachamente. Se sacude machín. Los tres vemos a Hax con ganas de gritar pero ella ahora es otra cosa. Su piel se ve dura, su ropa proyecta un brillo azul y la cubre hasta la cabeza. En ese momento abre la puerta y sale como pedo de gorila. Igual entra un poco de baba sanguinolenta que salpica el asiento y a Hugo Murakami que no oculta su asco. ¡Qué onda!

A través de los cristales manchados alcanzamos a ver un rayo luminoso que impacta un cuerpo aún más rojo que la sangre. El alarido que sigue nos ensordece. Desde niño, en nuestro rancho, he oído muchas veces el chillido de un cerdo cuando lo matan, pero esto es superior, traspasa, además de los oídos, cualquier sentimiento. El jeep cae sobre sus llantas, ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que estábamos flotando. Vemos un segundo rayo azul y un segundo grito hace vibrar los cristales manchados. Órale, en ese momento entra Hax al carro. Escurre sangre. Por si no fuera suficiente, el rugido del Mach 1 nos pone los pelos de punta.

Ahora sí, Dante, ¡métele la chancla a esta cosa!

Grita la guardiana del tiempo y el cabrón, como si le conectaran un cable de alto voltaje, mete segunda y salimos chicoteados, y la neta, como que nos sentimos más relajados. No sabemos en que momento nuestra guía vuelve a ser la misma Hax especialista en sorprendernos, incluso su ropa y su cara están limpias.

En un par de minutos abandonamos el oasis con esa alegría que sientes cuando te dicen que has pasado Mate o que le das el primer beso al amor de tu vida.

Hax, ¿escuchaste que el Mach llegaba?

Sí. Y no le aflojes, Dante, que el tipo está muy cerca.

¿Quién es?

Su nombre es Xochtl, y como les dije, es un renegado muy poderoso.

El camino se vuelve pedregoso y avanzamos dando tumbos, pero el futuro campeón de la Baja Mil no se raja. Pinche meco está bien loco.

Dijiste que el tipo quiere el mapa; no entiendo por qué ni tú ni él saben el sitio exacto donde está el tesoro.

Tarda un poco en responder, quizá está buscando las palabras.

Él ha perdido ciertos poderes y desde que fue expulsado ha concentrado sus habilidades en ser un guerrero invencible; tal vez lo ha conseguido; sin embargo, el tesoro, además de la riqueza para terminar el templo, contiene esa pequeña esfera que les mencioné; como pueden ver, él la requiere con urgencia; es muy ambicioso y seguramente con ese objeto sagrado en su poder intentará cosas, algo en lo que me resisto a pensar.

Disculpa, ¿cómo es que pusieron esa esfera allí?

Creyeron que allí estaría bien resguardada, y como no tiene demasiado valor pecuniario, el día que encontraran el tesoro no despertaría la ambición de nadie.

No contaban con la astucia de ese señor.

Xochtl es muy cruel, de hecho por eso fue expulsado.

¿Por qué no la encuentra él sin hacer tanto pedo?

Porque solo humanos normales, como ustedes o el padre Celerino, pueden hallar esa riqueza.

¿Y por qué quiere quitarnos el mapa si él no puede llegar al tesoro?

Quizá se lo quiere dar a alguien de su confianza.

No manches; supongo que no hay manera de regalarle sus zapatillas de ballet.

¿Eso para qué?

Para que vaya mucho a...

Entiendo.

Me interrumpes y sonrío.

Ese Xochtl es un pinche marrullero.

Es algo peor, y lo mejor será que jamás se topen con él.

Vuelve la vegetación y el camino es parejo, hasta se ve bonito el pinche desierto. La arena es otra vez gris. Una vez más Murakami anuncia que quiere hacer pipí. Pinche meón.

Párate donde puedas.

¿Otra vez?

¿Seguro que no aguantas un poco? Nos están persiguiendo.

No, esa piedra que come me aceleró.

Detente, va a expulsar el veneno; y desde hace quince minutos no escucho ningún motor.

¿Y los alacranes?

Esos están atrás.

Dante, si no te detienes ahora me voy a mear en tu espalda.

Cálmate, pinche meón.

No lo acompañamos, estamos atentos a los ruidos; después de que orina, continuamos menos rápido. El cielo es gris. El líquido rojo desapareció de los cristales mientras avanzábamos; solo algunos manchones permanecen.

Muchachos, en unos minutos me veré muy vieja, no se asusten.

Anuncia Hax.

Dice esto y su rostro empieza a perder lozanía. Órale.

Tres minutos después nos cuesta creer en lo que se ha convertido.

CIUDAD PLATÓN

Hax es ahora una anciana como de ochenta años, muy delgada pero con los ojos más brillantes. Órale. Estamos boquiabiertos. ¿Eso les pasa a las guardianas del tiempo? Qué maniaco. La miramos asombrados, apantallados machín.

¿Te sientes bien?

No se mortifiquen, el esfuerzo me provoca este efecto, que cada vez dura más; lo que más me duele son las rodillas.

Ese maldito monstruo te exigió demasiado.

Todos los seres que se alimentan con sangre son inmortales y enfrentarlos, al menos a mí, me desgasta más de la cuenta.

¿Podemos hacer algo?

En esto no, en lo demás, solo sigan mis instrucciones.

Cierra los ojos. Dejo de observarla y me vuelvo al frente. Dante avanza por una senda pedregosa donde nuestro jeep se sacude un poco. La vegetación no ha variado, solo es más densa y hay unas palmeras de unos cinco metros de alto que se van multiplicando; también cardones, mezquites, plantas carnosas y, si la memoria no me falla, unos tallos de más o menos cuarenta centímetros de alzada que podrían ser candelilla.

Dante concentrado. Murakami atento a su bragueta. Hax muy seria y como que se engarruñó un poco, se ve más pequeña. Limpia las manchas del japonés con un pañuelo que luego se guarda. Distingo un árbol grande y más adelante hay más, le cuelgan unas flores rojizas.

¿Qué árbol es ese, Hax? El de las hojas alargadas.

Es un quíver, una especie de sábila, los indígenas de por aquí, si están sedientos, beben pequeños sorbos de su savia; si se pasan, les daña el estómago. Dante, a medio kilómetro a la derecha hay una senda que casi no se nota, conduce a un oasis, es un buen lugar para comer; en mi mochila hay sándwiches y agua. No toquen nada de allí, solo deténganse, y pase lo que pase no tengan miedo.

Su voz también ha envejecido, pero sus ojos están atentos al camino. Continuamos en silencio. Mi hoyo en la panza empequeñece. La arena se vuelve clara y vemos más plantas que antes de entrar al Oasis Rojo.

¿Como qué cosa, Hax; qué podría pasar?

Cualquier evento inesperado de esos que suelen ocurrirles a los buscadores de tesoros.

Sonríe. Sus dientes son amarillos. No me gusta la respuesta pero guardo silencio.

Dante, entra después del quíver más alto.

Una nopalera se abre un poco y nuestro chofer obedece, avanzamos por un camino en que apenas cabemos, que baja levemente y a unos cincuenta metros encontramos un ojo de agua de unos cuatro de diámetro. Órale. Agua cristalina que parece pura. Resplandece con el sol de la mañana. Nada flota en su superficie, ni siquiera una basurita. Bajamos. Las plantas son diferentes y de colores llamativos. El jeep está hecho un asco, la capota toda rojiza y el chasis también. De la parrilla de enfrente desprendo un costillar de vaca con carne.

Ya me dio sed.

Señala Dante.

Dije que no toquen nada, y menos el agua.

Expresa la guardiana del tiempo con autoridad, luego camina lentamente hasta la orilla y se echa un clavado. Órale, ¿no toquen nada? El caso es que desaparece sin hacer splash. Solo notamos una vibración en el agua pero ni una gota salpica. ¿Qué onda? Maldita vieja, nos deja con la boca abierta, ha de ser campeona olímpica. Después de dos minutos en que no emerge, nos preocupamos.

Qué rollo, se ahogó o qué.

No mames, pinche Capi, no tardará en salir, hay gente que aguanta hasta cuatro minutos bajo el agua.

Acechamos la superficie cristalina. Me rasco la cabeza, ¿qué onda? Pasan cuatro minutos y nada.

Valiendo madre, nomás esto nos faltaba, vamos a tener que bucear para encontrarla.

Hugo externa otra opinión.

Tranquilos, seguramente es otro portal del tiempo y se escabulló; recuerden que es guardiana y, al menos en la ciencia ficción, pueden pasar de una época a otra sin un rasguño. Esa gente debe de ser estudiosa de la relatividad restringida de Einstein.

Tú y mis güevos.

Digo, pero sus palabras no suenan descabelladas; después de lo que al parecer hizo con el monstruo comevacas no sería extraña una maniacada de estas. Los tres continuamos clavados en el agua, esperando que se asome con su gesto de pocos amigos. Pasan otros dos minutos y nada. Hugo sonrío, seguro piensa que su teoría es correcta.

Esa vieja es una amenaza.

¿Qué más puedo decir? Toco el mapa a través de mi chamarra, ¿es también un portal del tiempo, o una computadora como piensa Murakami? Qué maniaco. Dante, que es muy práctico, saca un sándwich para cada uno y un frasco oscuro que tiene un letrero: solo un trago pequeño. Quizá sea jugo de quíver.

Pensó en todo.

Expresa nuestro chofer, y es verdad, aunque también creo que nos vio la cara de mecos. Saco el mapa, lo desdoble y se ve más claro; además del punto que dice Cíbola, que es donde debe de estar el tesoro, aparece un punto rojo cuya intensidad sube y baja, ¿será un GPS esta madre? Qué

curado si lo fuera.

Miren esto.

Los plebes se acercan.

Qué onda.

Este punto rojo es nuevo, el mapa podría ser un GPS.

Ambos observan con seriedad. Murakami sonrío.

Eres un genio, Capi, me atrevería a decir que tienes toda la razón.

Debemos continuar rumbo a Cíbola; en cuanto tome camino lo sabremos.

Expresa el chofer masticando el jamón con un queso maduro que sabe a rayos, pero que por el hambre comemos sin chistar. Dice mi mamá que lo que mejor hacemos a esta edad es vaciar refrigeradores y que nada nos cae mal. Tiene razón.

En ese momento se presenta otro punto, muy tenue pero se ve que será verde, un poco retirado de Cíbola. ¿Qué onda, será Quivira? Al menos respecto a Cíbola el padre Celerino tuvo razón. Viejo meco.

Vean esto.

Cíbola y una marca que podría ser Quivira.

O sea que existen, y están muy bien señaladas. El tesoro se halla en una de ellas. Morros, creo que llegaremos a Culiacán antes de lo previsto.

Está bien, ya extraño la carne asada.

Confiesa el tragón de Dante.

El japonés abre la botella y le advierte:

Solo un trago pequeño.

Sonríe. Bebemos los tres. El historiador pone atención a la superficie del ojo de agua y pregunta:

¿A quién le daremos el tesoro? El padre murió.

Respondo sin pensar.

A Iveth.

Ríen con ganas. Me quedo serio; pues sí, tienen razón, qué respuesta más tonta; entonces suelto la carcajada. Estamos en eso cuando miro surgir de detrás de unos bujoms, esquivando rosas del desierto, a cinco hombres armados con unos extraños fusiles de boca ancha. Órale. Mis amigos ven otros. Usan ropas oscuras y algunas de sus caras son deformes. En pocas palabras, valiendo madre: estamos rodeados. Son minusválidos y están furiosos, ¿por qué? No hemos tocado nada. Entre ellos se abre paso un hombre de estatura regular pero que solo tiene media cabeza, viste de uniforme gris con galones. Me acuerdo de los mayas que tenían el gusto por las cabezas alargadas pero la de él se ve aplastada de un solo lado; ojos, nariz y boca están en esa media cabeza, lleva barba recortada y un bastón de mando. Pregunta con mucha autoridad:

¿Quiénes son ustedes y qué buscan aquí?

Voz gruesa. Contemplamos un cuadro grotesco que provoca escalofrío. Los demás están afectados de piernas, brazos, espaldas; son más bajos que el que pregunta, que sin duda es su líder, sus caras son de pocos amigos. Nos apuntan. Sus fusiles son de unos sesenta centímetros de largo, tienen la boca del cañón más amplia que la de una escopeta recortada. Son grises y negros.

Me muevo hacia mi derecha y dos de ellos disparan rayos morados a mis pies. ¡Hey!, ¿qué rollo? Escuchamos un sonido que no ensordece pero que nos produce vibraciones en el cuerpo. Órale. Desintegran algunas rocas pequeñas. Quedo paralizado, ¿qué onda, ¿qué clase de arma es esa?

Las manos arriba.

Ordena uno de los que hizo fuego, que solo tiene un brazo y que usa prótesis en el otro. Obedecemos desparpajadamente.

Somos Dante, Murakami y yo, el Capi Garay.

Señalo a mis amigos. Estoy asustado. Mi hoyo se extiende de improviso. Ellos son once, con el jefe; hay barbados y lampiños.

No buscamos nada, estamos de vacaciones, nos detuvimos a comer y a ver este ojo de agua tan cristalino. Puede ver los restos de los sándwiches.

El líder se acerca hasta quedar a un metro de nosotros, nos escruta descaradamente. Echa un vistazo respetuoso al ojo y no da un paso más.

Y ustedes, ¿quiénes son?

Se detiene en mi cara.

Tienen derecho a preguntar, todo lo que digan puede ser utilizado a su favor.

Experimento una extraña sensación, ¿qué onda con este bato?, ¿es de otra raza o qué? Esa frase, ¿qué no es al revés? En ese momento caigo en cuenta de que estamos en otra dimensión, maldita dimensión desconocida, ¿todo esto es parte de la cuarta pregunta? Más bien de la cuarta respuesta, como dice Murakami.

¿De dónde vienen?

De Sonoyta, llegamos pasando el Oasis Rojo.

¿El Oasis Rojo, dónde está eso?

Lo miro a los ojos y señalo el jeep.

En el lugar en que pintan los carros y te regalan un bistec.

Muestro la carne que desprendí de la parrilla.

¿Y ustedes quiénes son?, ¿por qué están así?

Soy el capitán Petros, jefe de la Brigada de Protección Fronteriza, que son ellos más otros cientos; ahora los vamos a llevar ante el Concejo Gobernante de Ciudad Platón.

¿Concejo Gobernante?, ¿de qué habla? No hemos hecho nada; es más, ya nos íbamos.

Digo esto y nueve fusiles nos apuntan. El portador del décimo se halla embobado observando el jeep, ahora examina las llantas y acaricia las tuercas. Es un hombre delgado que tiene un brazo pequeño.

Han invadido nuestro territorio en ese extraño vehículo y deben ser interrogados por la máxima autoridad; es la orden que tenemos, si fuera por nosotros aquí mismo los fusilaríamos y fin de la historia. ¡Espósenlos!

Antes de que hagamos cualquier movimiento, nos ponen unas ligas en las muñecas por delante. Noto que nadie toca una planta o se acerca al agua.

¡Vamos, caminen!

Reacciono.

Capitán Petros, no somos invasores, no tenemos idea de su ciudad y no vimos ninguna señal

que nos prohibiera el paso o una línea fronteriza. No tiene por qué llevarnos detenidos.

Eso se lo tendrás que explicar a las autoridades. Yo estoy aquí para cumplir órdenes, así que: ¡muevan los pies!

Nos recetan un par de culatazos a cada uno y nos amedrentan con algunos disparos que nos espolvorean los tenis.

¡Marchen!

Capitán Petros, si no nos cree que jamás tuvimos intención de entrar a su ciudad, al menos permita que llevemos nuestras mochilas.

No me atrevo a mencionar Cíbola, a Hax que nos trajo hasta acá ni el motivo de nuestro viaje.

¿Qué es eso?

Nuestro equipaje, está en nuestra nave.

Hace una seña y uno de los hombres las toma y las lanza al suelo. Órale. Las abre y escudriña dentro. Con un gesto indica que no hay nada de peligro. Las recogemos.

Nos empujan, y en medio del grupo avanzamos por una senda pedregosa, rodeada de la misma vegetación. Los más próximos nos amenazan con sus rifles. Diviso diferentes reptiles, entre ellos un monstruo de Gila de unos treinta centímetros que saca la lengua y unas lagartijas color arena. Dos víboras huyen. Tras unos arbustos un gato montés de gran tamaño, que parece linco, nos observa, sus ojos brillan machín. De pronto da un gran salto y se resguarda entre los bujoms, que son árboles altos de troncos más o menos gruesos: un tipo de ocotillo. Dos soldados le disparan sus rayos morados. Comentan entre ellos divertidos que por poco le aciertan. Mis compas están sacados de onda, una cosa es buscar un tesoro como una aventura para pasar el rato y otra que te lleven preso unos señores que te miran con tal resentimiento, como si nosotros tuviéramos la culpa de su situación.

¿Y ahora qué carajos va a pasar?, ¿creen que aparezca Hax y nos salve?

Pregunta Dante.

No creo, más bien la maldita nos entregó; han de ser sus compas.

Yo estoy contento con la cura que me hizo del piquete de alacrán.

Te sugiero que primero te cerciores de que funcionas y después le agradezcas.

¡Cierren la boca!

Obedecemos. Poco a poco los cerros agrestes se convierten en viñedos y en las partes planas se ve que hay agricultores creativos, como dice uno de mis profes. Identifico trigo, vides y diversas legumbres. También se ve ganado bovino y caprino, ¿lo dije bien?, ¿ya ven cómo la universidad sirve? Qué curado. Unos veinte trabajadores se afanan en el campo. Son vigilados por guardias que portan esos pequeños rifles de boca ancha. Después de caminar unas tres horas llegamos a un río de aguas cristalinas. Cruzamos un puente de madera y entramos a un pequeño poblado por la calle principal. A ambos lados hay casas blancas de un piso y se ve poca gente ociosa. Las viviendas están bonitas, casi todas tienen columnas en las fachadas. Frente al pueblo, a unos dos kilómetros, se alza una alta cordillera rocosa cubierta de nubes.

Entre los habitantes que nos ven llegar, despertamos cierta animadversión; pronto nos damos cuenta de que no somos bienvenidos.

¡Acaben con ellos!

Grita un viejo que está sentado en una silla de ruedas en la puerta de su casa.

¡Malditos impíos, gente cruel e inhumana!

Vocifera otro.

Petros los mira como si nada. Todos son minusválidos, ¿es una ciudad de minusválidos? Las calles son empedradas y no hay basura. No se observan tiendas ni restaurantes ni antros; solo casas, algunas con pequeños jardines florecientes.

¿Cómo la ves, Dante?

Estoy estupefacto; el nombre es una ironía; Platón imaginó una república donde todos los que nacieran con defectos físicos debían ser sacrificados desde niños. Estos soldados y las personas que hemos visto son así, y según dijo el capitán se llama Ciudad Platón.

Qué curado.

En lo que puede ser el centro del pueblo hay una plaza circular con gradas de piedra donde se hallan unas cuantas personas sentadas. Escuchan a un orador que les tira un choro que no entendemos. Dante observa atento.

Es el ágora, el lugar donde los antiguos griegos y romanos discutían sus asuntos; por lo visto aquí hacen lo mismo.

En cuanto avanzamos unos cien metros, los soldados que nos conducen sorpresivamente nos empiezan a golpear.

¿Qué onda, batos, qué les pasa?

Tranquilos, tranquilos.

Pide Dante, pero igual le atizan machín.

Hugo, que es el más broncudo de los tres, queda tambaleante después de recibir unos culatazos en el estómago. Consigue derribar a dos con un par de patadas pero le caen cinco y lo someten con la misma dosis pero en la espalda. Qué desgraciados.

¡Órale, pinches mecos!

Dante dobla a uno con una patada en la entrepierna y yo a otro, pero los demás nos tunden machín. Petros hace como que no ve y quedamos tirados, sangrando por nariz y boca, bien agüitados. Llenos de moretones. Pinche cura, en la que estamos metidos por su culpa, por su grandísima culpa.

Llegamos a una construcción gris, de un solo piso, donde entra el capitán Petros y nosotros detrás presionados por los cañones de sus huestes. Es la cárcel. Mi hoyo se ensancha. No manchen, en mi perra vida he pisado una cosa de estas, y mis compas tampoco. Estamos madreos y asustados. Nos reciben unos custodios con caras de asesinos y fusiles más grandes que los del pelotón que nos detuvo. Órale. Deben de tomar esteroides porque están bien calotes.

Los capturamos merodeando el Ojo Sagrado.

Informa Petros al jefe de la prisión, que porta una placa que dice Nikos. Está sentado tras una mesa de caoba del tamaño de un escritorio. Encima hay papeles muy gruesos.

¿Por qué están sangrando?

Intentaron escapar.

Mira nomás el pinche Petros, igual que los polis mexicanos, bien gandalla. Nikos sonrío, se nota que no le cree ni tantito.

Se negaron a confesar su procedencia y motivo de su visita a nuestro territorio, llegaron en un extraño vehículo que abandonamos donde los atrapé, y por lo que se ve son peligrosos; antes de llegar aquí atacaron a mi gente.

Nikos, que no tiene nariz y es dueño de un solo ojo, nos mira sin sorpresa.

Así que son hijos de las parcas.

En el vehículo encontramos solo bolsas de viaje y alimentos; según ellos están de vacaciones pero no es tiempo de eso. Aparentemente no están armados.

Señor Nikos, me permite explicarle:

Me interrumpe violentamente.

¡No te permito nada, y tampoco te autorizo a abrir la bocota!

Da un puñetazo en la mesa que nos asusta un buen; su único ojo se pone amarillo, debe de ser por la bilis.

¡Enréjenlos mientras se reúne el Concejo y los interroga!

Ordena con voz de trueno. Pinche viejo loco. Lo que les digo, es una dimensión en que todo está patas parriba. Si es verdad que cruzamos un portal del tiempo, debimos de retroceder unos dos mil años. Neta que sí.

Dante sigue interesado en ellos, no pierde detalle, Murakami se ve realmente desmadejado; no recuerdo haberlo visto antes así. Hay sangre fresca en su nariz, escupe rojo. Yo estoy sacado de onda, ¿qué les pasa?, ¿qué clase de país es este donde no se puede abrir la boca?, ¿estamos en México o en dónde? Chale.

Bienvenidos a la prisión de Ciudad Platón.

Expresa Petros con una sonrisa sarcástica.

Nadie sale vivo de aquí.

Voy a decirle de qué se va a morir pero Dante reacciona convenientemente.

¿Ciudad Platón? Ah, son ustedes.

Observa a todos pero no añade palabra.

Exactamente, debido a nuestros defectos físicos fuimos separados de nuestras familias.

Expresa el capitán.

Pero de eso hace mucho tiempo.

El concepto es antiguo, pero Katarava lo sigue aplicando al pie de la letra.

¿Katarava?

La muy perra.

La más maldita.

Agrega un soldado.

Basta de plática.

Interrumpe el jefe de la prisión y ordena a dos subordinados.

Revísenlos; que pongan sus cosas sobre esa mesa.

Colocamos nuestras mochilas donde lo indica.

Murakami está muy pálido, se queja de algo, quizá un dolor.

A ver, registren a ese flaco primero, podría morir esta noche.

Dante abre la boca, va a decir algo pero prudentemente guarda silencio. Yo sigo a punto de

mentarles la madre.

Petros se retira con sus soldados. Le pasan báscula a Murakami, mientras siento escalofrío por el mapa. Aparece su cartera, su celular, una pluma y una pequeña libreta de notas. El custodio lo palpa cuidadosamente en el cuerpo y en las piernas.

Está limpio.

Nikos coge el celular, lo observa detenidamente.

Rápidamente Dante y yo depositamos las carteras, los celulares y nomás. El custodio revisa a Dante y nada, pero a mí me encuentra el libro y lo saca del bolsillo de mi chamarra. El jefe de la prisión toma los otros celulares y los coloca a su derecha.

Un libro.

Anuncia sin pasión el custodio, lo lanza a la mesa y en ese movimiento se sale el mapa. El jefe de la policía lo recoge.

¿Qué es esto?

Un cuero, un recuerdo de mi abuelo que le gustaba dibujar sobre pellejos de vaca.

Nikos se detiene en los trazos, le da la vuelta, lo observa de nuevo y lo deja sobre la mesa.

¿Por qué dibujaba en cuero y no en otro material, más moderno, pergamino, por ejemplo?

En nuestra tierra no hay papiro ni pergamino.

Manifiesta Dante, muy tranquilo.

Los artistas todavía usan el cuero.

Sin duda vienen de una región muy retrasada. Enciérrenlos.

Se queda mirando el libro. Dos custodios nos recetan un par de culatazos a cada quien y nos llevan a empujones hacia el interior que es oscuro, tenebroso y húmedo. Murakami a cada paso se tambalea. Deben de haberle dañado algo vital. El padre Celerino en realidad era un truhán, vean nomás en qué estado nos tiene. Por esto que no tiene nombre, ha de estar ardiendo machín en el infierno, que se achicharre el güey.

LA SEGUNDA PREGUNTA

Nos reciben tres malditas camas de piedra pegadas a las paredes de gruesos y duros bloques donde nadie ha podido dejar un mensaje. Encima una manta sucia.

La celda es oscura, de cuatro por cinco, con un agujero en el piso en una esquina y un ánfora con agua para echarle después de nuestras evacuaciones; además, una ventanita de unos cuarenta centímetros por lado con dos rejas por la que se observa un cielo gris. Me cuelgo y descubro que hay un muro más o menos a su altura alejado tal vez un metro, coronado por una hilera de filosos picos de hierro; atrás, el jardín de la casa vecina; más allá, patios interiores con plantas y hornos para pan. Alcanzo a ver la parte más alejada del patio contiguo. Crecen flores anchas de colores pero no diviso a nadie. La vivienda tiene una ventana con cortinas de la que distingo una parte. Todo está en silencio. El clima es templado y empieza a oscurecer. En cuanto entramos Murakami va al agujero de la esquina y vomita flemas, se pone más amarillo de lo que es, se queda un momento quieto, luego elige su cama, se acuesta y cierra los ojos. Huele horrible, echo agua en el agujero y se atenúa un poco. Se ve agotado el güey. Pues sí, fue al que madrearon más gacho. Para un estudiante de electrónica con especialidad en tecnología de punta esto no es estimulante. Además, con las manos amarradas y varios sobre él, solo tuvo chance de tirar un par de patadas, que es su especialidad. En cambio Dante observa todo y medita. En la peda de la que los arrastré a este rollo, contó que estaba tomando un seminario de historia antigua de Grecia y ya lo dio a notar. Pienso que este güey sabe más de lo que aparenta. También se recuesta pero no se nota desanimado. Pregunto a Hugo si puedo hacer algo por él y me hace una seña de que no. Me siento y escucho a Dante:

¿Sabías que el discóbolo era la pieza que más admiraba Hitler? Quizá de allí nació el ideal nazi de una raza pura, porque esa escultura es perfecta, reúne la fuerza, la belleza y el misterio de un joven atleta a punto de lanzar el disco; tal vez Mirón, el escultor que la creó, captó y nos legó el instante exacto en que la acción ocurría.

Creo que la he visto una vez.

Cuando tengamos internet te lo enseñaré para que la veas de nuevo. Está bien macana.

Internet y celulares.

Dante se sienta y yo me acuesto sobre la loza blanca y fría y suelto el cuerpo. Estamos con toda nuestra ropa. Extraño el mapa, del libro no puedo decir lo mismo porque solo leí tres líneas.

Creo que Murakami se durmió; descansenos un rato antes de que nos lleven al interrogatorio.
Qué buena onda, recuerda que padece insomnio el güey.

Apenas me estoy quedando dormido cuando abren la reja. Me viene a la mente la canción de Javier Solís: *Las rejas no matan pero sí tu maldito querer*, y ya saben de quién me acuerdo. Dos guardias colocan tres platos de comida sobre la cama de Dante que continúa sentado y los mira con interés. Son jorobados y se parecen mucho. Uno de ellos sostiene una charola de madera donde traen la cena.

Disculpen señores, ¿pueden decirme su edad?

Los guardias intercambian miradas y hacen un gesto de qué más da.

Treinta y uno.

¿Son gemelos?

Sí, y nacimos en Katarava, una ciudad maldita de costumbres malditas que esperamos sea destruida por un terremoto devastador.

Dicen esto, cierran la puerta y desaparecen por el pasillo oscuro. La comida huele tan bien que hasta el japonés se mueve, situación que aprovecho para despertarlo.

Hay que echarnos un taco, Hugo; a lo mejor es nuestra última cena.

Se sienta sin abrir los ojos. Dante y yo tomamos nuestros platos porque estamos salivando como un maldito par de dóbermans. No sentimos más el olor del vómito. Dos minutos después Murakami toma el suyo. Nos han servido una carne deliciosa, es blanda y cada plato trae un tubérculo amarillo que parece papa y un pedazo de pan de trigo. Llevamos el manjar a la boca con las manos porque no tenemos tenedores. Los presos no comen con cubiertos o quizá aquí no los usan. Masticamos con prisa, decido tomar agua del ánfora. La pruebo y sabe bien.

¿Se puede beber?

No está mal, y esperemos que la malaria nos respete.

El japonés come solo un poco.

Hugo, ¿qué es lo que te duele?

Podría ser el hígado, me dieron un culatazo machín.

Quizá se te inflamó, ¿te ha pasado antes?

Un par de veces, y lo mejor es que me mantenga quieto.

Recuerdo que en mi mochila traigo aspirinas pero no lo digo, ¿para qué? De una celda cercana nos llegan sollozos, lamentos de esos que afectan el ánimo. Minutos después estamos botados.

Nos despierta la reja que se abre, son otros custodios con el desayuno, no expresan palabra pero sus miradas asesinas nos recorren como malditos antropófagos. Por la ventana se cuele una luz opaca. Les digo buenos días pero ni se vuelven a verme. Ponen tres pequeños jarros en el piso, toman los platos de la cena y se marchan. Contienen trigo remojado en agua, algunas semillas están germinadas.

¿Esto es lo que comen los presos?

Pregunta Murakami que se nota un poco repuesto.

Cuéntanos tú, güey, que has estado tantas veces enchiquerado.

Tiene que ver con la dieta de los griegos, en la antigüedad el trigo era básico en la mayoría de las culturas europeas, igual que ahora. Los platos y estos jarritos con esos dibujos de mujeres

cargando cántaros también es herencia de la cultura micénica.

Dante realmente sabe de historia, ha de sacar puros dieces el güey. Después nos acostamos cada quien en su cama. Tengo deseos de ver el mapa pero se quedó en el escritorio; sin embargo, lo recuerdo con claridad; tenemos que rescatarlo a como dé lugar, no sabemos qué pase, pero si conseguimos salir de aquí debe ser con el mapa, porque si es un GPS no tendremos problemas para llegar a Cíbola. Como podríamos estar bajo vigilancia, cierro los ojos y propongo en voz baja:

Plebes, en el interrogatorio, ustedes no saben del mapa. Es un recuerdo personal mío, ¿sobres?
Por mí está bien.

Solo ten cuidado; si tratan de ser muy filosóficos y metafóricos, quédate callado; muchos griegos sabían muy bien cómo enredar a la gente; les decían sofistas.

Conmigo se la van a pellizcar.

Creo que esta comida tiene algo.

Se inquieta el japonés.

Me siento adormilado.

No respondemos. Nos estamos quedando dormidos bien machín. Espero soñar con Iveth, con sus manos suaves y su linda sonrisa. Se oyen gimoteos, pero muy lejos.

Despertamos cinco horas después más o menos al mismo tiempo. Voy a la ventanita, me cuelgo de las varillas de hierro y observo el jardín; puedo ver que las flores son púrpuras y de color mostaza oscuro. Una chica de cabellera rizada las riega, veo que camina de lado, debe de tener una pierna afectada. Las flores se le acercan un poco cuando pasa. Qué curado, ¿qué clase de flores hacen eso? En mi carrera hay una especialidad en floricultura, pero es de los últimos semestres y yo apenas libré el primero. Pasé Mate con seis, así que ya se darán una idea de lo que me espera en los próximos años, seguro serán los peores de mi perra vida. Más allá de la casa vecina se ven otras con árboles. Flores y plantas al lado del penal es poco creíble; pero es lo que les digo, estos platonenses piensan diferente. Me siento con Murakami y hablamos en voz baja.

¿Hiciste sangre?

Sí, aunque me duele un poco menos.

Eso significa que te vas a aliviar.

Más me vale, ¿qué haremos, Capi?

En cuanto a la comida actuemos como si no nos hubiéramos dado cuenta de que nos tumba, pero comamos un poco menos; si el efecto es directamente proporcional a la cantidad consumida, despertaremos antes, pero sigamos como si estuviéramos botados. En cuanto a lo demás no sé, quizá nos interroguen y nos dejen libres.

Justo en ese momento se escucha un llanto desgarrador; luego un clamor suave y penoso. Chale.

¿Por qué se quejará así?

Esos lamentos desmoronan piedras.

Debe de haber cometido un delito grave.

Recuerdo la amenaza de Petros para los que entran aquí, pero no la digo.

Pobre.

Al lado vive una chica que camina chueca, la acabo de descubrir en el jardín; si les da

curiosidad la pueden ver luego; si nos están vigilando, debemos ser cautos, no demos interés por nada. Ni por el muro que está rematado con filosas puntas de algo que parece hierro.

La celda es la número V, me gustaría dejar un placazo, solo que no tengo con qué rayar y la piedra está muy dura. Tengo la impresión de que, además de nosotros, solo hay un preso: el que se queja.

¿Quieres decir que su deformación es leve?

Ni idea, solo eso capté, andaba regando las flores; es un jardín de flores muy lindas.

¿Qué creen que haya pasado con el jeep?

Petros dijo que lo iban a ver los expertos, pero no dijo expertos en qué; a ver si no lo desmantelan los güeyes.

Ojalá no.

Si continúa en el ojo de agua, creo saber cómo regresar.

Primero tenemos que salir de aquí, y la verdad, estoy preocupado por el mapa.

Que también lo iban a ver expertos.

¿Expertos para todo? Qué se me hace que son pura pantalla.

¿Qué sería de Hax?

No me hables de esa pinche vieja; cada que me acuerdo de ella se me retuercen las tripas.

Seguro se ahogó, es demasiado tiempo para que alguien resista sin respirar.

Con lo viejita que estaba, es muy posible.

No olviden que era guardiana del tiempo.

¿Y qué, acaso no se mueren?

Callamos. Dos custodios se acercan por el pasillo. Traen comida. Abren la puerta y colocan los platos en la cama de Dante, que es la más cercana a la reja. Uno de ellos camina bamboleándose por sus piernas deformes y el otro solo tiene un brazo. El primero recoge los jarros.

Señores, ¿les han dicho cuándo nos llevarán al interrogatorio?

Les pregunto con mucho respeto.

No.

Tienen treinta y un años.

Ambos observan a Dante.

¿Cómo lo sabes?

Anoche me lo dijo Asteria.

Los custodios se miran entre sí, cierran la puerta y se largan. ¿Qué onda?

Asteria, ¿quién es esa, Dante?

Una de las diosas griegas de la adivinación nocturna.

Estás pesado, pinche Dante.

Esperen, hay que ver el efecto de lo que he dicho.

A ver si vienen y te consagran como dios adivina adivinador; pero, ¿qué onda es esa de los treinta y un años?

Solo instinto, podría ser que todos los habitantes activos tengan esa edad, que los demás sean miembros de los Concejos, que son la autoridad máxima.

¿Crees que nazcan tantos el mismo año con defectos?

No sé; igual todos podrían decir que tienen esa edad.

Como habíamos acordado comemos menos, aunque la carne es deliciosa. Me asomo por la ventanita por donde entra una luz opaca. Está nublado. En el jardín veo a un joven con joroba, de la misma edad que la chica pero de melena alborotada, que provoca a las flores, les muestra algo y ellas se acercan a su mano; digamos que le tiran leves tarascadas; el chico sonríe, viste un pantalón ajustado que le llega a las rodillas. Ella lucía una especie de túnica oscura, como las batas de dormir de mi mamá. Sin dejar de sonreír le deja caer a una flor un trozo rosado que parece carne, lo atrapa y se apacigua, se queda quieta la maldita. De pronto llego a una conclusión y me descuelgo.

Plebes, mañana que se asomen, fijense en las flores, podrían ser carnívoras.

No mames.

Si te parece, yo me cuelgo esta tarde y mañana que lo haga Hugo.

De acuerdo.

Aprueba el japonés, que no termina de reponerse, quizá por los madrazos o porque no lo ha abandonado el efecto de la picada de alacrán. Tiene moretones en la cara.

En la mañana estaba una morra de pelo rizado, ahora es un bato de pelo quebrado que es jorobado.

Tiene lógica, es una ciudad de minusválidos.

Lo que no tiene lógica es que sean tan agresivos, conozco a varios que son excelentes personas.

Tengo tres compañeros que sufrieron polio que son muy buena onda; divertidos e inteligentes. Les interesa tanto el estudio de la relatividad general de Einstein que el próximo semestre se irán a Física.

No olviden que han sido expulsados del seno familiar; eso afecta a cualquiera.

Hugo ha usado dos veces el retrete pero no ha comentado si hace sangre, tampoco del piquete de alacrán. Eso falta, que la maldita Hax no lo haya curado bien, vieja loca, y luego nos mete por un camino que resultó peligroso y nos abandona a nuestra suerte; a lo mejor se fue con Xochtl de luna de miel. Bueno, también es verdad que ya teníamos un punto en el mapa: Cíbola. Si la primera respuesta es que solo hay un camino, ¿cuál es la segunda pregunta?, apuesto a que es: ¿cuál es la mejor manera de valer madre? Pues esta, es muy clara la solución.

Hemos dormido menos, Dante se cuelga de la ventana pero no hay nadie. Solo dice que las flores son raras. Escuchamos pasos, se acerca un tipo que viste una playera al cuerpo y pantalones como el joven del jardín, acompañado de uno de los custodios de la noche anterior. Lleva barba recortada y parece un hombre en la madurez. Usa una prótesis plateada en la pierna derecha. El guardia abre la reja. Echa una mirada a cada quien.

Soy Yorgos, ¿quién soñó a Asteria?

Yo.

Respondemos los tres. Como sabíamos que podrían venir a preguntar, Dante nos contó de la diosa y sugerí que respondiéramos así.

El recién llegado se desconcierta un poco pero se repone de inmediato. Sonríe con sarcasmo.

¿Puedo saber qué te dijo?

Se acerca a mí. Su mirada es penetrante.

Poca cosa, que todos tienen treinta y un años y que la mayoría son muy ingeniosos.

Yorgos abre la boca. Lo veo sorprendido, pero solo por tres segundos. Se dirige a Murakami.

¿Y a ti?

También mencionó lo de los treinta y un años y que eran una civilización muy pitagórica.

Hace un gesto de orgullo, luego clava sus ojos en Dante, que está sereno.

Todos nacieron en Katarava y que estemos tranquilos porque son justos y aman la verdad.

El custodio se mantiene en la puerta detrás de Yorgos, que me mira de nuevo.

¿Por qué te interesa tanto la ventana?

Por la luz.

Respondo sin titubear. El tipo se mueve un poco por la celda.

En tres días serán interrogados; mi trabajo es estudiar las palabras de los dioses de la adivinación, así que si vuelven a soñar con cualquiera de ellos, me lo deben decir, quizá influya en su salvación. No olviden que todo lo que digan puede ser utilizado a su favor.

Dicho esto nos da la espalda y se marcha. Otra vez esa cosa al revés. Hago una rápida seña a mis amigos para que no manifiesten nada. Es claro que nos están vigilando.

Esa noche, después de cenar poco y despertar en la madrugada, escucho el llanto lastimero más intenso. Órale. Palabras desesperadas. Percibo que se aleja. Luego se oye una descarga que podría ser de fusiles de boca ancha. Chale, esto se está poniendo color de hormiga. Fue un error no esconder mejor el mapa, pinche Nikos, quizás ese cuero duro es nuestro protector. ¿Es esta la segunda respuesta? ¿El mapa es nuestro salvoconducto? Qué a toda madre, a buena hora me doy cuenta.

JOVEN MANOS DE TIJERA

Es noche. Apenas arrojo los restos de la cena por la ventana detrás de la barda de picos, mis compañeros despiertan. Qué onda. El exterior de la prisión está iluminado y el cielo estrellado. En silencio orinan y se acuestan de nuevo.

Tengo hambre.

Murmura el japonés que ha de tener antojo de suchi, el güey. Sin duda está aliviado.

Suéltala que ande.

Susurro. Así dice mi abuelo Nacho, un viejo bien carrilludo. Mi papá siempre lo defiende, comenta que no podría tener un suegro mejor. Valeria también sabe seguirle el rollo y Fritzia le da besos en la calva sin venir al caso. A mí me caga el viejo cabrón, desde morrito lo único que he hecho con él es pelear. Seguimos en silencio un rato. De los abuelos de Murakami no sé nada y Dante creo que solo tiene uno y tres abuelas.

¿Escucharon que se llevaron al que se lamentaba?

Creí que lo había soñado.

Dice el historiador en voz baja.

Yo no; solo he soñado una vez en mi vida y fue con una novia que no usaba ropa interior.

Creo saber quién es, lo pienso pero no lo digo; esa morra nos hacía a todos el mismo truco; luego nos dejaba abanicando la brisa.

Qué chilo sueño, güey.

Señala nuestro chofer. No tengo idea de si tendremos jeep de nuevo. Tal vez lo desmantelaron, o lo echaron al ojo de agua. Este pueblo, más que de minusválidos, es un pueblo de locos. El cura Celerino decía que siempre había que tener fe, pero es que seguramente él nunca estuvo en una situación como esta, viejo macuarro.

El japonés se pone de pie. Se cuelga de la ventana. Prueba si su cabeza cabe entre las barras y no. ¿Qué pretende el güey?, ¿quiere dejarnos aquí? Porque Dante y yo ni de chiste cabemos por ese agujero cuadrado, eso si pudiéramos quitar las rejas, y menos saltar esa barda de picos.

Tranquilo, güey, nos vamos a ir de aquí pero por la puerta.

Le digo haciéndome el macho. No emite palabra, se acuesta de nuevo y todos nos quedamos quietos; estamos nerviosos pero nos dormimos hasta que escuchamos que se abre la reja. Dos custodios nos dejan los jarros de trigo con agua y como el día anterior se llevan los platos. Se me

antoja un par de huevos rancheros con salsa bien picante, un pedazo de queso fresco, machaca al lado, tortillas de maíz calientes y un buen café chiapaneco, pero solo hay eso. Veo a mis compas más desanimados que yo, pero es necesario comer algo, y si Dante tiene razón, con este potaje al menos mantendremos nuestra energía, así que me paro y tomo mi jarro.

Órale, pinches mecos, hay que tragar algo, que ya tendremos huevos a la mexicana con frijoles refritos.

Se toman su tiempo pero le entran machín. Hugo, que al despertar dijo que tenía hambre, come despacio, otro factor por el que siempre ha sido flaco, además de su herencia oriental. Nunca he visto un japonés gordo.

Después de comer un poco de esa bazofia permanecemos acostados. Lentamente pasa el tiempo. Me gustaría rezar algo pero no recuerdo ni el padre nuestro. Qué vergüenza, y eso que andamos buscando un tesoro para terminar una iglesia. ¿Por qué nos abandonaría Hax? Cada que lo pienso llego a la misma conclusión: ella sabía o presentía que estos platonenses nos iban a apañar; por eso nos dijo que cualquier cosa que pasara no tuviéramos miedo; y claro, en vez de decirnos qué onda se esfumó la muy cabrona, ¿qué tal si nos sacan de a uno por uno como al de los lamentos y luego se oye una descarga? Más vale que no. Pienso eso y el hoyo aparece. Quizá venga Xochtl y nos libere, nos ayude a encontrar el tesoro, tome lo que le interesa y nos deje ir a casa. Qué lindo el güey, ¿no?; ¿qué onda con el Yorgos? Como que el bato vino a darnos esperanzas, pero no le creo ni tantito, aunque nos dejó pensativos. Tal vez necesitamos confiar en alguien, cualquier persona que nos eche la mano para salir de aquí.

Dante se para y se cuelga en la ventana.

Capi, Hugo, tienen que ver esto.

Pienso: ¿otra vez, y ahora a qué año nos trasladamos? Nos cede el lugar. Hugo se aferra a las rejas, permanece un momento, se deja caer y mueve la cabeza afirmando. Solo eso. Sigo yo y quedo con la boca abierta. Realmente, ¿dónde estamos? Un globo alargado se mueve a buena velocidad sobre las casas. Podemos ver su motorcito debajo.

Parece un zepelín.

Dice Murakami.

Es un zepelín, aunque sea más pequeño tiene su forma.

Aclara Dante.

Significa que esta gente sabe cómo crear máquinas voladoras.

Si son tan bizarros como parece, este adelanto tecnológico lo contradice.

Opina Hugo. Me cuelgo de la ventana para ver el patio de al lado.

Debe de ser algo cotidiano porque a los que cuidan el jardín vecino no les llama la atención. Los dos que he visto andan ahí muy quitados de la pena entre las flores carnívoras, ella las riega y él les echa trocitos de carne, bien curado. Los observo y jamás se vuelven a la ventana. Claro, quién puede tener interés en ver a unos pinches morros presos por pendejos.

Me dejo caer por si mis compas desean echar un ojo, pero no se interesan.

Eso quiere decir que pueden dismantelar el jeep; Capi, no creo que eso te agrade en lo más mínimo.

No pienso preocuparme solo, pinches mecos; es claro que lo que le pase al jeep nos concierne

a los tres.

Callamos. Me aproximo a la reja y solo veo un pasillo oscuro. ¿Cómo nos vigilan? Alguien debe de vernos de algún lugar. ¿Creen que tengan cámaras? Sería un enigma insoluble, al menos para mí.

El día se vuelve soso. Pasa lento, de güeva. Hasta que oscurece solo vemos a los custodios que nos traen de comer; después de la cena llega un tipo que no habíamos visto acompañado de un guardia que abre y se queda afuera. Sus piernas y su cabeza son normales, viste un traje negro de ciclista que deja ver su fortaleza. Su mirada asesina nos recorre y sus manos son tijeras afiladas machín. Órale. Como rayo nos paramos. Me acuerdo de una peli de Johnny Depp donde tiene las manos parecidas.

¿Quién es el idiota que dijo haber soñado a Asteria?

La voz del bato es como un trueno.

Yo.

Sin decir agua va se me deja venir a tijerazo limpio. Órale. Bien loco. Fue tan sorprendente que por poco me recorta un cachete. Al moverme caigo en la cama de Dante todo despatarrado. Murakami se pone en guardia pero el güey le hace una seña de que no intervenga. Qué onda. Abro bien los ojos. Con la breve luz que entra por la ventana veo que brilla el metal de sus manos machín. Mis compas se apartan. Han de creer que es un tiro derecho, aunque yo pienso lo contrario. El custodio entra, permanece muy cerca de mis amigos. Johnny me lanza otro madrazo y me escabullo como puedo. El hoyo de mi panza crece. Ahora estoy del lado de la reja y él en el fondo, bajo la ventana, me brinda una sonrisita pendeja. En un nuevo intento rasga mi chamarra en una manga. Dicen que la mejor defensa es el ataque, pero esta situación está bien jalada de los pelos. No es cómodo enfrentar a un güey que te persigue con los puños del mismo Wolverine. Su mirada es intimidante. Como está decidido a darme en la madre embiste como fiero, sus manos parecen aspas de abanico tratando de cortarme y me siento acorralado. Pinche güey. Me agacho, me muevo de derecha a izquierda y el bato aferrado a cortarme la cara, la yugular, o lo que sea. Mi chamarra ya tiene varias rasgaduras. Cuando me tiene en una esquina de la celda, sin escapatoria, le pierdo el miedo y le atino una patada en los güevos que lo dobla.

Ug.

Aprovecho y le planto otra en el costado, donde dicen que está el hígado.

Se pone pálido. En ese momento aparece Yorgos.

¿Qué pasa?

Ve el cuadro. Los tres nos agrupamos en el fondo listos para romper hocicos y el Manos de Tijera hincado tocándose la entrepierna. Especulo: si el güey se soba se va a capar, pero no, conoce sus límites.

Llegó muy bravo.

Expreso con frialdad.

Euclides, te prohibí que vinieras a esta celda.

Son mentirosos, nos quieren tomar el pelo; bien sabes que es imposible que unos extraños tengan sueños con la diosa Asteria.

Pero los tuvieron, o en todo caso quien decidirá sus destinos será el Concejo, y lo hará

mañana.

Euclides se pone de pie sin recuperarse del todo.

A la diosa Asteria no la puede soñar cualquiera, ¿por qué te cuesta tanto entenderlo?

No voy a discutir eso contigo ahora, creo que ya hablamos suficiente del tema; entre tanto, sal de aquí, que no te ves tan bien que digamos.

Espero que los condenen a ser descuartizados, y entonces pagarás cara tu osadía, malnacido.

Manifiesta y me echa su mirada de profundo rencor.

Tengo ganas de decirle algo pero me aguanto. Mejor no echar más leña al fuego. Dante intenta hacer algún comentario pero lo freno.

Si el Concejo lo decide no me opondré, pero de momento nadie los tocará. ¡Retírate!

El bato me perfora con un vistazo de odio y desaparece. Yorgos sonrío.

Mientras estén bajo mi protección nada les pasará. Dentro de dos días será la reunión del Concejo, he hablado con algunos de sus miembros para que sean benévolos.

Gracias.

Respondo. Mis compas se relajan y él abandona la celda muy orgulloso. Luego de dos minutos, aparece en la reja Euclides. Recorre las barras con sus manos de tijera haciendo un ruido espantoso. Se detiene. Me observa.

Ni creas que te vas a salir con la tuya, maldito idiota; tus amigos podrán largarse pero a ti te voy a hacer tiritas.

Órale. Pasa de nuevo sus manos por la reja con tanta rabia que echa chispas y se marcha.

EL INTERROGATORIO

Apenas probamos la cena y dormimos un rato. En voz muy baja analizamos sus posibles preguntas y acordamos las que podrían ser nuestras respuestas: partiríamos de lo que sabíamos del mundo sin hablar demasiado; no preguntaríamos en qué fecha estábamos. Sobre el mapa sostendríamos que era un legado de mi abuelo Nacho, que realmente era un viejo deschavetado. Perdón, abuelo. No sabíamos hacia dónde íbamos, nos gustaba explorar de esa manera. Si los batos eran mecos, conseguiríamos salir con vida, regresaríamos al ojo de agua y nos echaríamos para tratar de volver a nuestro tiempo. Nada menos. El padre Celerino, el tesoro e incluso Iveth podrían irse mucho a ver qué puso la puerca. Esto lo pensé pero no lo dije. Si me condenaban por mi bronca con Euclides, ya veríamos qué onda; solo sepan que mi hoyo en la panza creció hasta el esternón.

¿Qué podríamos decir del libro, Dante? Porque yo ni lo hacía en el mundo.

El que tiene que hablar de eso eres tú, Capi, tú lo traías; tampoco lo he leído, lo que sé de él es que Marcos de Niza cuenta una expedición que tal vez no hizo o en todo caso que no concluyó, o sea, quizá una expedición imaginaria.

Otro cabrón loco como el padre.

Hay gente así.

¿Crees que el padre Celerino lo haya leído?

Puede ser, quizá guardar el mapa allí no sea mera coincidencia.

Menos mal, las coincidencias me dan güeva.

¿No crees en las coincidencias?

Ni tantito.

Capi, tú no crees en nada.

Creo en la amistad.

De eso no tengo duda, sobre todo por la manera tan amistosa con que nos convenciste de que te siguiéramos el rollo en esta onda.

Sonreímos. Murakami está recobrando el buen humor, aunque los moretes de la cara se le notan machín, como trae suéter no sabemos cómo tenga el cuerpo, pero seguro que está igual que una zarzamora deshidratada. De pura onda le señalo la ventana. Se cuelga pero no ve nada. Pues cómo, aún está oscuro. Dormitamos hasta que nos traen el desayuno. Estamos sin apetito pero probamos la bazofia.

Durante el día todo transcurre igual que en los anteriores. Por distraerme observo a los vecinos, se mueven despacio, ni de chiste voltean a la celda. Dan de comer a las flores, incluso identifico una que está en un cartel en Chapingo, la *Nepenthes rajah*, que es como un mal sueño, una maldita pesadilla de fea, y estos morros tienen varias. Podrían ser cultivadores de plantas carnívoras, dicen que por siglos han fascinado a la humanidad. Pues sí, la humanidad está demente, ha hecho un montón de cosas bien jaladas de los pelos, inventar Mate, por ejemplo.

Al día siguiente lo mismo, con razón dicen que no hay nada que dé más güeva que la rutina. Lo único nuevo es que los morros no aparecen hasta entrada la tarde y los pierdo de vista tras la barda seguramente alimentando a sus monstruos. Han de estar podando el jardín porque veo algunas plantas salir volando. Salvo que Hugo se ve cada día más repuesto, no pasa nada. Incluso ya recuperó su insomnio. ¿Qué podría pasar en una prisión donde fusilan gente? Pues eso, que nos manden al otro mundo. ¿Y en una ciudad donde casi todos tienen treinta y un años? No tengo idea. Los jóvenes vecinos no creo que tengan treinta y uno, se ven como de nuestra edad.

Al amanecer del día del interrogatorio, Dante nos recuerda todo lo que tiene que ver con Asteria, que la neta yo me la imagino como Iveth, bien hermosa, y que no olvidemos que eso de la verdad es muy relativo, que recordemos lo que dijo Petros y repitió Yorgos: todo lo que declaren puede ser utilizado a su favor. Para mí, son bien mecos, pero debo tener paciencia. Y si lo quieren saber: para nada que me olvido de Euclides y sus acariciantes manos de tijera.

Después del desayuno llegan por nosotros dos custodios que no habíamos visto. Claro, deben de tener como mil. En el trayecto, quién sabe por qué, viene a mi memoria la *Heliampora pulchella*, que es capaz de comerse un caballo. Esa idea es mía, y también la vi en un cartel en la facultad. ¿Se acuerdan del bato que rompió el celular para acabar con las selfies de su exmorra? Pues estudiaba esa especialidad.

Nos meten en salas separadas, la mía es blanca, de cinco por cinco. Me paran ante un estrado, ante dos señores en sillas con ruedas de madera. Quizá por eso el guardia fronterizo checaba las llantas del jeep. Me observan en silencio por un minuto. Están perfectamente afeitados y peinados. Tres custodios con fusiles de boca ancha vigilan.

Nombre, procedencia y profesión.

Alberto Garay, Culiacán, Sinaloa, estudiante; me dicen el Capi.

¿Capi?

Es que desde chiquito me gusta mucho la capiroxada.

Se miran entre ellos, desconcertados.

Describe capiroxada.

Es un postre de cuaresma a base de pan, plátano, miel de piloncillo, pasas, ciruelas, queso y mucho cariño.

Se miran con caras de no entiendo ni madres.

Cuaresma.

Murmura uno de ellos y señala con voz normal:

Declaraste que venían de Sonoyta.

Sí, es el pueblo donde dormimos antes de entrar al desierto, encontrar el ojo de agua y ser detenidos.

Dices estupideces, muchacho, queremos la verdad, de dónde proceden y qué buscan en nuestras tierras.

Truena el segundo. Oh la la, el policía malo, ¿hay también uno bueno como en las pelis gringas? Eso espero.

La verdad puede ser estúpida.

Comenta el bueno, como si estuviera reflexionando.

¡Ninguno de los sitios que mencionas está en nuestros mapas!

Exclama el malo con gesto de te voy a matar, maldito bastardo.

¿Y es culpa mía?

¿Quieres decir que nuestros mapas son basura, muchacho imbécil?

Tranquilo, colega.

Ningún mapa es completo, señor, por ejemplo, en los nuestros no aparece Ciudad Platón, que es un lugar hermoso y extraordinario.

¡Mientes! ¡Nuestra ciudad está en todos los mapas del orbe!

El bueno toma la palabra.

Dejemos esos mapas y cuéntanos cómo consiguió tu abuelo dibujar sobre cuero.

Está loco de remate, utilizó su propia sangre y una punta de hierro caliente; ahora vive en una ciudad donde todos son ancianos trastornados que se orinan en la ropa.

¡Qué asco!

Lo marginaron.

Algo así.

Lo marginaron por tener un nieto idiota.

¿Por qué aseguras que están de vacaciones si no es la época?

En mi región sí es; estudiamos más o menos cuatro meses y descansamos; a mis amigos y a mí nos gusta explorar, por eso llegamos aquí.

Pues hasta aquí van a llegar, ¿acaso no escucharon los lamentos de un condenado?

Clarito los oímos, no solo los lamentos, también los disparos con que lo ejecutaron.

Me acuerdo de Euclides pero no lo menciono.

Pues los que siguen serán los tuyos.

¿Por qué te llama tanto la atención el jardín de al lado?

No es el jardín, es la luz; la oscuridad me hace sentir incómodo, es una enfermedad llamada claustrofobia.

Claustrofobia, cuaresma, lindas palabras.

Colega, ordenemos que destruyan ese jardín; distrae demasiado a los presos; y tú no te preocupes, te pondremos una vela en la fosa común.

Ese mal es devastador; en mi país han muerto miles de personas.

Cuéntanos cómo viste a Asteria.

Describí a Iveth: uno sesenta de estatura, cincuenta y siete kilos, cuerpo perfecto, rostro hermoso, pies pequeños, manos suaves; solo le cambié el color de su pelo castaño claro por uno violeta suave, según consejo de Dante. ¿Cómo la estarían pasando? Después de esto el poli bueno ordenó:

Llévenlo a la sala principal.

Espera, tengo algunas dudas; para mí no ha dicho lo suficiente y se nota que es un chapucero redomado.

Pide el malo.

Si se requieren más preguntas se las harán allá, colega.

Añade el bueno y me sacan a empujones a un pasillo donde me espera, ¿quién creen? El maldito Manos de Tijera.

Vas a morir en mis manos, estúpido; te sacaré hasta la última gota de sangre.

Amenaza y me lanza contra una pared. Veo sus ojos mortales. Un brillo azul cobalto que no olvidaré en mi perra vida. Los custodios lo dejan hacer, sonríen. No hago ningún movimiento. Ha colocado sus filos derechos en mi entrepierna y me duele. Qué maniaco, podría quedar peor que Hugo.

Llévenlo, luego que lo sentencien lo traen a mis dominios.

Lucho contra mi propio miedo. El hoyo en mi panza es un pozo. Pienso en mi padre. ¿Qué onda, Viejón? En sus abrazos de oso y en su ánimo inflexible para vencer adversidades y me tranquilizo un poco. Ya pensaré en este asesino.

Se trata de una sala de paredes blancas, jaspeadas, de ocho por ocho metros, con dos ventanas por donde entra la luz, llena de curiosos sentados en sillas y un presídium instalado en una tarima ligeramente alta. Distingo a Yorgos y a Euclides, que se acaba de poner a su lado. Siento ganas de ir al baño. Dante y Hugo están allí, de pie. Me llevan con ellos. Media docena de dignatarios nos observa desde el frente, es el gran jurado que encabezan dos señoras ubicadas en el centro del grupo. Se hallan sentados en sillas de mármol. Sus deformaciones son diversas: dos no tienen nariz, uno carece de orejas, uno sin brazos y las del resto no se hallan a la vista. Sus miradas pasan de profundas despreocupadas a brillantes con odio.

Después de un minuto de silencio entra Petros, que nunca se vuelve a mirarnos, ¿qué le ocurre al meco, después de todo lo que nos ha hecho pasar?

Capitán Petros, informe al gran jurado sobre los detenidos.

Pide una de las mujeres con voz pausada.

Con su venia, señorías, los encontramos en el Ojo Sagrado, no les dimos tiempo de violar ni la superficie ni el entorno. Tuvimos que disparar porque opusieron resistencia pero no pudieron con nosotros; en el trayecto atacaron arteramente a dos de nuestros soldados; después de una sangrienta lucha cuerpo a cuerpo los sometimos de nuevo; la guardia de Ciudad Platón es eficiente, jamás falla en el cuidado de nuestra seguridad, una garantía para que ustedes duerman tranquilos. Llegaron en un carro evolucionado que no requiere caballos. Estamos buscando la manera de traerlo a nuestra ciudad para descubrir el secreto de su funcionamiento. Son muy peligrosos. Están presos desde hace cinco días y no han mostrado interés por nada en particular, no han invocado a sus dioses; al parecer Asteria les envió un mensaje sobre nosotros que nos favorece.

Se extiende en algunas falsedades para que nos den más ganas de romperle la madre. Los señores escuchan entre atentos y distraídos, no hacen preguntas y le dan las gracias. Luego llaman a Yorgos que, allí nos enteramos, es el coordinador de los policías que nos interrogaron antes.

Hay coincidencias en sus visiones de la diosa Asteria que demuestran que no son tan temibles como algunos suponen; lo que sí, poseen una extraña sensibilidad que provoca simpatía; Garay observa dos veces al día el horizonte colgándose de la ventana y al parecer no le interesa el jardín vecino, que por cierto, vamos a retirar enseguida; el segundo día descubrieron el somnífero en la comida pero solo comieron un poco menos, para el más delgado su prioridad es estar acostado pero duerme poco, el más grueso es el más conversador; se conmovieron con los lamentos del condenado pero no fueron más allá. No encontramos actitudes negativas o algún aspecto que nos indique que son enemigos furibundos, como los que ya saben; así que, en vez de fusilamiento propongo que se les condene a trabajos del campo, que es donde siempre nos faltan brazos, y ellos son fuertes, aunque uno esté muy enclenque.

Nos volvemos a Yorgos. Pinche meco, de un trancazo quiere hacernos jornaleros agrícolas, que no es algo denigrante, pero no resistiríamos, esas personas tienen pactos con Dios y con el diablo para aguantar el sol y el calor de manera inexplicable. Como podemos nos serenamos. Dante nos hace una leve señal con la mano que significa no pierdan la calma, mecos. Lo que Murakami quiere es empezar a romper hocicos y yo también. Dante insiste, nos hace entender que debemos esperar la decisión del Gran Jurado.

Sin embargo no resisto, levanto la mano pidiendo la palabra. Las señoras intercambian frases en voz baja que no entendemos. El resto del jurado me observa extrañado. Siento que las miradas de odio me traspasan. Euclides se pone de pie, nos mira y emite una sonrisita asesina, y como que sabe que voy a valer madre, me enseña sus manos afiladas. Transpiro. Tranquilo, Capi, estos batos no son peores que tu abuelo Nacho ni tan malditos como Iveth que te dio flit cuando estaban a punto de verse de nuevo. Veo de soslayo a Nikos, que está expectante, lo mismo que Petros y varios de sus hombres que vigilan la sala con sus tremendos fusiles de rayos morados, escucho un murmullo. Mi hoyo es pequeño. Dante me mira de soslayo como preguntando: ¿qué onda, güey, de qué se trata?

Arriba, las señoras han tomado una decisión y me lanzan sus miradas, una de odio, otra condescendiente, no entiendo por qué el mundo se divide, al menos en dos:

Tienes derecho a no más de doce de palabras.

Que pueden ser utilizadas a nuestro favor, pienso. Las veo con cariño intentando tocar sus corazones. Alzo las manos abiertas.

Solamente no olviden lo que Asteria piensa de ustedes: que son justos.

¡Ser justos es fusilarlos esta noche!

Grita una voz varonil justo detrás de mí.

¡Eso es lo que haremos, señores jueces!

Grita una voz de mujer joven desde la puerta.

¡Acabemos con ellos!

Euclides se acerca a mi oído y me sentencia:

Te haré picadillo, cara de parca.

¡Son unos malditos transgresores, deben pagar con su vida!

Insiste el varón.

¡Sí, acabemos con ellos!

Berrean varios y a nosotros se nos va la sangre a los talones, ¿qué onda, a esto le llaman justicia? En pocos segundos se arma la gresca. Órale.

Los dos que hablaron nos empujan rumbo a la salida. Los miembros del jurado quedan petrificados.

¡Caminen que llegó su hora, forajidos criminales!

¡Pagarán caro su atrevimiento, acercarse al Ojo Sagrado no tiene perdón, *imbecis!*

Exclama la mujer. La gente se alborota machín. Grita cosas que no entendemos pero que deben de ser terribles. No sabemos cómo resistirnos porque varios de los presentes nos patean, golpean y los hombres de Petros nos dan culatazos.

¡Deténganse!

Ordena la juez buena con determinación.

¡Duro con ellos!

Se oye a la juez mala.

¡Paren ese linchamiento!

Grita Yorgos, a quien vemos desesperado, tratando de llegar a nosotros que ya nos arrastran a la salida, pero tropieza con un soldado y debe detenerse para arreglarse una de sus piernas postizas que seguramente se movió un poco. Cuando nos damos cuenta estamos fuera de la sala. Murakami desquita sus ganas con un par de guardias y yo voy sobre el joven que nos lleva a fusilar, pero lo reconozco.

Tranquilo, Capi.

Me dice.

Los vamos a sacar de aquí, rápido, ¡a su celda!

¡¿Qué?!

Lo veo a él y a la chica y sí, son los vecinos. Ella ya ha explicado a Dante sobre la operación, tomo un fusil de uno de los noqueados por Hugo, disparo a los que nos rodean, algunos caen heridos, otros se tiran al piso, y corremos por el pasillo de los calabozos en vez de ir hacia afuera. El joven lleva un fusil en cada mano. Dispara con ambas.

A medio camino me meten el pie, caigo de bruces y se me escapa el arma. Me vuelvo y qué creen, el comedido Manos de Tijera está aquí, dispuesto a cumplir su promesa. Me lanza dos tijeretazos que esquivo de milagro, saca chispas del piso. Imposible ponerme de pie y rodar sería francamente fatal. Chale. Estoy en un punto muerto, y justo ahí es cuando veo caer al bato, Dante le ha propinado un culatazo que lo noquea y se estrella con una pared del pasillo. Órale.

¡Vamos, güey!

Seguimos corriendo. El vecino nos impulsa.

¡Muévanse!

¿Quiénes son ustedes?

De momento sus salvadores, ¡rápido!

¿Tenemos que ir a nuestra celda?

Vamos a salir por ahí, es más seguro; siempre que hay un juicio, afuera se llena de guardias.

Explica, corriendo a toda prisa, porque ahora sí los fognazos son en serio. Pegan en las paredes y el techo donde rebotan los rayos creando un ambiente morado, pero no dejamos de

acelerar. Tuve la precaución de recoger el arma y respondo el fuego con tanta suerte que me escabecho a cuatro perseguidores. Un arma tan sencilla de manejar como una escopeta. Y muy efectiva.

La celda está abierta y la ventanita también, las rejas fueron arrancadas de cuajo con algunos pedazos de pared y es lo suficientemente ancha.

Solo tengan cuidado con las plantas.

Indica la chica que es la primera en saltar y caer más allá de la barda. Órale, cero broncas en las piernas. La sigue Murakami, que ha recuperado su felina habilidad; a Dante, que es el más robusto, le ayudamos a subir, en ese momento los primeros ponen una tabla que lo facilita superar la barda sin problemas. Lo sigo mientras el joven vecino, cuya joroba era falsa a todas luces, dispara sobre los soldados que ya están sobre la celda. Luego tira la tabla y salta con destreza para caer detrás de mí.

Varias plantas pegadas al muro están muertas. Hay un caminito entre las demás que nos tiran tarascadas pero conseguimos eludirlas sin mayores dificultades. Corremos por la vereda por la que ellos se movían alimentando a los monstruos, pero no vamos hacia la casa. Hay un orificio en la barda trasera por el que escapamos entre una lluvia de rayos morados. Dos soldados saltan pero caen entre las flores, que rápidamente los empiezan a engullir. Gritan horriblemente. Alcanzo a ver a Petros por la ventanita. Nos dispara, respondo el fuego, y después de correr por un patio y saltar una verja arribamos a la calle posterior donde está, ¿quién creen? ¡El jeep! Dante sin averiguar brinca al volante, ve que tiene las llaves puestas, lo enciende, nos subimos y ahí te vamos. Qué maniaco.

Sigue derecho hasta que te lo indique.

Le ordena la chica que va de copiloto, y nuestro chofer no discute.

Nos disparan. Respondemos el fuego.

¿Cuántas municiones tiene esta cosa?

A ese ritmo para una hora más o menos; tenemos otros dos.

Nos tirotean de algunas casas y a todas les envío una descarga. Un grupo de soldados, encabezados por Euclides, nos persigue, pero salvo él todos avanzan lento. Veo cómo mueve sus manos asesinas; qué onda con el bato, anda haciéndola de pedo, en vez de dedicarse a la jardinería como Johnny Depp.

Lo dejamos correr.

NUEVAS AMISTADES

Medio kilómetro adelante salimos del pueblo rumbo a la montaña que vimos al llegar y lo primero que percibo es que el único camino visible conduce a ella. Chale. A los lados solo veo rocas grises y puntiagudas. En este momento el terco de Euclides deja de hacerle al maratonista, me amenaza con sus manos filosas y no respondo. Uno nunca sabe. Momentos después lo alcanzan Yorgos y Petros, que dirigen a unos treinta soldados. Al parecer no la tendremos fácil.

¿Y aquí qué onda?

Vamos a probar unos instrumentos bien guay.

Expresa el joven que está de buen humor.

Ah, ¿y si no funcionan?

Espero que sepan decir *adeu*.

Expone la chica, con una sonrisa.

Pienso que podría ser una trampa, que estos morros nos liberaron pero quizá nos lleven a un lugar más siniestro. Como en tantas cosas en la vida, nos toca salir de este atolladero por nuestra cuenta, mientras el cura Celerino grita arrepentido en el infierno. Observo el terreno y no hay escape posible, ni a la izquierda ni a la derecha. Estamos transitando por un camino lleno de pedruscos y plantas chaparras pero con gruesos troncos, el jeep arremanga machín, solo espero que no se rompa el tanque de la gasolina o se ponche una llanta.

Qué onda.

Pregunta Dante cuando tenemos la montaña enfrente y baja la velocidad. Estoy a punto de exigir al morro que va con nosotros atrás que se explique. Veo a Murakami listo, como esperando mi señal.

Sí, qué onda.

Respaldo a nuestro chofer.

No aminores la marcha. ¡Acelera!

Ordena la chica con sus pelos chinos flotando. El joven envía una señal con un brazalete que porta en su muñeca izquierda. Se abre un túnel que en cuanto entramos se cierra. Órale.

Por cierto, soy Lluquet.

Y yo Adria.

Se presentan. La oscuridad es leve y Dante pregunta:

¿Puedo encender los faros?

Mejor no.

Indica ella.

Que además de cultivar flores carnívoras, les gusta meterse en broncas, qué curados. Tú me llamaste Capi, ¿saben los nombres de ellos?

Claro, Hugo Murakami y Dante.

Interviene Adria con mucha seguridad.

Trabajamos para los guardianes del tiempo.

No manchen, ¿son guardianes?

Claro que no, tenemos la edad que se nos nota.

Órale. ¿Qué está pasando? Ni idea, pero me da güeva preguntar; lo bueno es que estamos en el jeep y fuera del alcance de esos endemoniados, que al final quién sabe lo que pretendían, ¿fusilarnos? Es lo más seguro, aunque a mí me iban a hacer picadillo.

Me relajo. Mi estómago me dice que estamos en buenas manos. Pongo atención al túnel por el que transitamos auxiliados por una luz amarillenta que brota de las paredes. Dante baja la velocidad. Cada doscientos metros encontramos un puesto de vigilancia de los que responden el saludo de Adria con cierto beneplácito. No vemos a nadie, solo manos que se mueven.

¿Conocen a Hax?

Pregunta Murakami.

Por supuesto. Nosotros participábamos en un experimento con plantas carnívoras en Ciudad Platón, con el fin de ahuyentar ciertas plagas voladoras, cuando recibimos la instrucción de hacernos presentes en la casa vecina.

Qué coincidencia que la celda diera al patio.

No es coincidencia, es la única celda colectiva; ellos jamás separan a los que pillan juntos, por aquello de que lo que digan puede ser aprovechado en su favor; el jardín lo tuvimos que plantar mientras a ustedes los llevaban del ojo de agua. Los platonenses les temen a las plantas carnívoras, sin embargo, piensan que son dioses que pueden proteger sus casas.

Y para que lo sepan, Lluquet adora esa clase de matas.

¿Cómo rescataron el jeep?

Frisco se encargó, también desprendió las rejas con una pequeña máquina de poleas, es un amigo que pronto conocerán. Lo llevó del ojo de agua a la calle donde lo encontramos. Lo dejó allí pocos minutos antes de que lo tomáramos. No viaja con nosotros porque vino en su propio vehículo.

Órale, o sea que ustedes están sanos, se puede decir.

Digamos que sí.

¿Y esta montaña, qué onda?

A través de este túnel los trasladan acá cuando son pequeños, los educan en varias disciplinas sociales y científicas, pero no están autorizados a volver nunca al otro lado.

Es como una ciudad prisión.

Más o menos; ellos pueden ir a todas partes menos para acá, y como pudieron ver, tienen su sistema de gobierno y sus órganos para juzgar y aplicar la ley. Algunos intentan regresar, pero los

vigilantes que han visto lo impiden, y la montaña es infranqueable, además de ser un portal del tiempo.

Al globo lo han derribado un par de veces.

Me parecieron personas muy raras.

Lo son, aunque algunos poseen una extremada inteligencia, como Yorgos, que es el creador de ese fusil que tanto te gusta.

Con razón se notaba diferente. ¿Por qué todos dicen tener treinta y un años?

Según escuché, para ellos es la mejor edad y es la que siempre confiesan.

Qué curado.

Llegamos al extremo del túnel.

Esta parte mi brazalete no la puede abrir, pero sí el de Adria. Los colaboradores de los guardianes operamos en parejas, y nuestros equipos y facultades se complementan.

Se abre una pequeña cortina de metal por la que abandonamos la montaña. Afuera todo es verde y con excelente clima. Personas de aspecto normal nos saludan. Diez minutos después, divisamos un extenso valle en el que se asienta una ciudad blanca, de casas pequeñas y poco llamativas.

Bienvenidos a Katzarava.

Expresa Adria con una sonrisa.

¿Esa es Katzarava? Disculpen, esperaba algo más espectacular.

Sonríen. Sacan lentes dorados de sus bolsillos, uno para cada quien.

Pónganselos y vean.

Increíble. Todo es diferente, rascacielos, arboledas, jardines, aeropuerto, autos en las calles. Zona industrial.

¿Por qué?

Ellos se defienden de esta manera de sus enemigos.

Por alguna razón me siento relajado, sentimiento que se me borra en un instante. Chale.

Lástima que no tuvimos tiempo de recuperar nuestras cosas.

Adria se vuelve con una sonrisa.

¿Puedes mirar atrás de tu asiento?

Murakami y yo nos giramos. Vemos nuestras mochilas.

Qué buen rollo.

Expresa el japonés.

Podrás cambiarte esa chamarra desgarrada.

Sí, aunque dejamos una cosa.

Comento.

Algo muy importante.

Justo en ese momento, Lluquet, que también sonríe con picardía, saca de sus ropas el libro de fray Marcos de Niza, y con él el mapa, que abro de inmediato.

Estás pesado, Lluquet, muchas gracias, no tienes idea de lo primordial que es este cuero viejo.

De tener idea, no, de saber de qué va el asunto, sí, lo sabemos casi todo.

Responde con una mirada brillante y amistosa.

Sonrío también. El mapa posee una claridad que antes no tenía. Órale.

KATZARAVA

Los autos me parecen familiares y circulan despacio. Es una ciudad populosa y limpia, vemos gente en la calle, en los cafés o saliendo de las tiendas. En un cine se anuncia como estreno y *Midnight Cowboy*, ¿la vieron? Visten igual que los de Sonoyta que desayunaban con Hax.

Morros, he oído hablar de esa peli, a mi abuelo le gustó.

Comenta Dante, que conduce tranquilo, por una avenida de doble sentido.

Al mío también, y en particular una canción que es como el tema.

Revela Adria, una chica guapa, de buen cuerpo, fuerte y como dije, con el pelo ensortijado. Ojos cafés de mirada profunda, como que no pestañea, y según supe después: odia las selfies. Fácil mide uno sesenta y cinco.

El mío me contó que es una historia conmovedora, y también le gustó.

Confiesa Lluquet, que es blanco, de ojos claros, delgado pero fuerte. Pelo alborotado y sonrío con facilidad. Debe de medir diez centímetros más que Adria.

¿Qué pasa si me quito los lentes?

Los interrumpo, pinche trío de mecos añorando a sus abuelos; con media hora que les preste al mío se les quita lo románticos.

Nada, verás todo normal; el efecto es cuando miras la ciudad de lejos.

Supongo que es una república y no hay parejas estables.

Aventura el historiador.

Es correcto, ellos practican una especie de sexo sin compromiso, pero todos saben quiénes son sus padres.

¿Como los amigos con derechos?

No, son amigos, pero sin derechos.

De cualquier manera, como extranjeros, si no se involucran con chicas, mejor. Podrían ocurrirles cosas desagradables.

Casi igual a lo que dijo Hax antes de llegar al ojo de agua; sin embargo, no voy a preguntar, presiento que de nada sirve.

Si vas a una ciudad y no te pasa nada es como si no hubieras ido.

Comenta el chofer.

¿Cuánto creen que nos quedemos aquí?

No tengo idea pero no será mucho.

Después de todo lo que hemos vivido no quiero saber qué nos quieren decir; lo único que me queda claro es que tenemos que andar con cautela.

Díganme si estoy equivocado.

Expresa Murakami.

¿Estamos en 1969?

Exactamente.

Aclara Adria y nos deja con la boca abierta.

Según informes, es el año al que los regresaron en Sonoyta.

Preferimos guardar silencio. Llegamos a un hotel de dos pisos, pintado de blanco, con minúsculos jardines y muchas macetas de barro con pequeñas flores de invierno. No parecen plantas carnívoras. Lluquet se encarga de los trámites del hospedaje y se llevan el jeep; tiene poco combustible y acudirán a Frisco, que puede adaptar el motor para utilizar el mismo que ellos. Cosa loca, ¿no? No puedo evitar una observación.

¿Es necesario? Es un Comando del 67.

Más vale estar seguros, y muy bien preparados para lo que venga. Ustedes deben esperar aquí y recuperar fuerzas. En cuanto lo realice, Frisco, el experto, seguramente aclarará sus dudas.

¿Experto en qué?

Es ingeniero petroquímico y sabe todo acerca de carburadores, combustibles y mecanismos de inyección, y también es colaborador de los guardianes.

Ahora descansen, los guardianes del tiempo se reunirán con ustedes; sin embargo, nos tienen que indicar dónde, cuándo y cómo llegar al lugar; nos dirán también quién los guiará hasta el sitio donde se encuentra el tesoro.

Pinche tesoro, ya nos trae pendejos.

No salgan. Estoy segura de que son capaces de resistir un par de días de descanso absoluto.

¿Ni a comprar una coca?

Nada, si quieren refrescos pídanlos en la administración.

Se marchan. La temperatura debe de estar a diez grados. Nos damos un buen baño, nos ponemos ropa limpia y nos relajamos. Minutos después tocan la puerta. Abro con cierta ansiedad, hemos visto el mapa y está clarísimo. Si los puntos rojos no engañan estamos en Cíbola. Katarava es Cíbola, ni más ni menos, ¿y dónde vamos a buscar el tesoro: en un cine, en una casa antigua, en una alameda? Nuestros amigos dijeron que nos espera una charla con los guardianes del tiempo, que seguramente, como Hax, solo sabrán de la zona donde podría estar. Mejor que se aparezca el padre Celerino todo chamuscado y nos guíe. Aunque el pendejo soy yo, que insisto en echarle la culpa a alguien, ¿no es lo que hacen todos? Lo nuevo es que ha aparecido el fantasma del regreso. Chale. Tanto Dante como Murakami están muy desanimados. La experiencia anterior nos ha dejado bien fritos. También lo estoy pero jamás lo confesaré. Ante mí hay dos jóvenes sonrientes y hermosas, sexys, con vestidos azules de flores arriba de sus rodillas; una sostiene una charola con tres platos cubiertos y la otra una jarra con un líquido rojo y tres vasos. Órale.

Sus alimentos, caballeros.

La habitación es grande, hay tres recámaras y una sala comedor. Los sillones son de tela pero

cómodos. Por una ventana grande, con la cortina levantada, entra luz y alcanzamos a ver algunas flores amarillas y rojas. No parecen carnívoras.

¿Podrían colocar eso sobre la mesa?

Claro.

Las veo caminar encantadoras. De golpe entiendo que la belleza es relativa y que Iveth no es la mujer más hermosa del mundo. ¿Será que se me bajó el amor? Enseguida aparece una señora vestida completamente de blanco con una charola de frutas y postres que huelen bien rico.

Jóvenes, bienvenidos, soy la cocinera del hotel; coohit, comer, espero que disfruten su cena y que descansen.

Hace una leve reverencia.

Si gusta le puedo reparar su chamarra.

Expresa señalando las rasgaduras que me hizo el maldito Manos de Tijera. ¿Será extraterrestre como Johnny?

¿Le parece bien mañana?

Como usted guste.

Les damos las gracias. En cuanto salen nos sentamos a comer, con el primer bocado cerca de la boca nos detenemos, nos miramos, luego indico con un gesto de que nos valga madre y empezamos a disfrutar un guisado de carne molida con arroz y verduras cocidas. El agua es de pitahaya y sabe deliciosa; los postres son volcanes oscuros, unos pastelillos con chocolate líquido adentro por los que varias morras de Culiacán son capaces de matar. La mayoría de las mujeres ama más al chocolate que a sus madres.

En veinte minutos damos cuenta de todo. Luego echo un ojo por la ventana de nuestra sala que da a un patio grande. Estamos en el segundo piso. Todo se ve normal. La ciudad es luminosa, ligeramente ruidosa y de su época. Veo al trío que continúa repartiendo la cena. Cuando me vuelvo mis compañeros ya se han largado a sus cuartos. Husmeo, Dante está bien jetón, Hugo me hace una seña de que salga, quiere dormir también. Sin duda el cansancio y la cena copiosa los vencieron. Me acuesto. La habitación es sencilla pero cómoda. Paredes blancas. Pienso en los guardianes y si el tesoro estará a la vuelta de la esquina. Recuerdo que el cura me dijo que el mapa me haría tres preguntas fáciles de responder, que la bronca era la cuarta; la primera respuesta es que hay un único camino, ¿estamos en él? Espero que sí, aunque con todo lo que hemos pasado no sé qué onda.

Despertamos cuando el reloj marca las nueve. Hemos dormido casi doce horas. Voy al baño, salgo a la sala y veo el desayuno servido. Tres platos cubiertos con tapas de cristal y vasos de jugo de naranja. Huelen machín. Llamo a mis compas.

Arriba, morros, que el desayuno se enfría.

Nos han traído machaca con huevo, tortillas de harina, pan, y también chocolate como el de la tía Frida, que como tiene plantas de cacao, ella misma se encarga de elaborarlo. Cotorreamos contentos.

Capi, y ahora qué onda, porque esta madre para mí ya estuvo.

Dante va directo al grano.

Digo lo mismo.

Lo apoya Hugo.

Anoche mientras me dormía, repasé lo que hemos vivido y ya no aguanto, desde que escapamos de Sonoyta no entiendo por qué me involucré; además, aún me duelen los trancazos de los platonenses.

Ya, pinches mecos, no se rajen, quizá sea más fácil continuar que regresar.

Ni madres, para mí es suficiente.

Cabrón, haz aprendido un chingo de historia.

No lo niego, pero todo tiene un límite.

Sí, Capi, ya estuvo, jalamos parejo, hicimos lo que pudimos pero ya, agarra la onda; esos locos por poco me matan.

Tengo ganas de estar tranquilo, de ver a mi familia, conversar con mis papás y tomarme unas chelas tranquilo.

Y volver a la canción de los patitos, claro.

Si mi papá se entera de esta aventura, no solo me llamará la atención por no cuidar la casa, sino que podría negarse a pagar mi universidad. Siempre me amenaza con eso, y aunque mi mamá se ponga de mi lado, no conseguiríamos convencerlo. La neta que por andar aquí me estoy jugando el futuro.

Extrañan su mamila, pinches güeyes.

Como quieras, jalamos contigo machín pero ya, dimos más de lo que mereces.

No quiero vender cosas de plomería, baños o azulejos por el resto de mi vida; lo mío es la informática, lo sabes bien.

Veo sus caras y sí, están decididos. Así que tengo que concederles lo que piden o algo parecido; después de todo tienen razón y además son mis compas.

Está bien, esperemos que aparezcan Adria y Lluquet para que los orienten en cómo regresar a nuestra época y se hace la machaca. Solo háganme un último favor.

Por supuesto que sí, si se puede, y que no nos comprometa a seguir contigo.

No pensaba en eso, creo que han tomado su decisión y la respeto.

De qué se trata.

Si la reunión con los guardianes es pronto, vayan conmigo, después se desafanan.

Por mí, de acuerdo.

Por mí, también.

No hay tele ni radio ni teléfono. Dante se retira a su habitación a los pocos minutos, dice que tiene güeva; Hugo se larga a la suya casi enseguida. Seguramente se pasará mirando el techo. Durante un rato observo por la ventana y todo sigue igual: bien tranquilo. Descubro a la señora de los postres regando las plantas cerca de la entrada; veo las rasgaduras y bajo a dejarle mi chamarra.

Buenos días, señora.

Buenos días, joven.

Lleva un saco oscuro de lana y su vestido blanco hasta los tobillos.

¿Le tocó regar?

Soy la cocinera, pero me gusta hacerlo, las flores son más bonitas cuando se riegan.

Ha de ser de la edad de mi mamá, unos cuarenta y cinco años.

¿Aún se anima a reparar las rasgaduras de mi chamarra?

Por supuesto.

Dice sonriendo levemente. Me la quito y se la entrego.

¿En cuánto tiempo regreso por ella?

Se la llevo con la comida.

Es usted un ángel.

Sonríe de nuevo. Riega una flor de cactus y entra en la administración, al lado de la cual debe de estar la cocina pues no tienen restaurante.

Voy directo a mi cuarto y me duermo de volada. Sueño a mi mamá, que llora por algo que le hizo Fritzia.

A mediodía nos llevan agua de naranja agria, hamburguesas, cubiertos de biznaga y empanadas de membrillo.

Las hamburguesas son de venado.

Revela una de las chicas con simpatía. Piel apiñonada y tiene un lindo lunar al lado de su boca. La verdad están riquísimas, le voy a pasar la receta al morro del Farm Burger.

Antes de que se retiren aparece la señora con mi chamarra. El trabajo es perfecto.

Señora, cómo le hizo, no se nota.

Lo hice a la manera de mis mayores seris.

Pues quedó increíble, ¿le debo algo?

Es un regalo, de parte de las tres.

De verdad, estoy muy agradecido, si algo puedo hacer por ustedes, solo tienen que decirlo.

Me llama aparte. Me susurra al oído.

Convenza a sus amigos de que no lo abandonen.

Murmura y me mira con unos ojos negros llenos de misterio. Siento escalofrío. Órale.

¿Nos escuchó?

No, no los oí. El viento me lo dijo.

Luego se marchan. Me quedo ensimismado. ¿Qué onda?, ¿qué clase de viento es ese?

Después de comer vemos el mapa: continúa igual de brillante, los trazos son muy claros y el nombre que más sobresale es el de Cíbola, con letras disparejas hechas seguramente con un punzón. Se notan también un par de montañas muy bajas y algunos círculos deformes que según Dante podrían ser cráteres. Nomás eso nos faltaba: un pinche volcán en la ruta. Pienso esto porque todo lo que aparece en el maldito mapa tiene que ver con el camino. Claro, jamás vimos Ciudad Platón, tal vez el que lo dibujó nunca previó que pasáramos por allí. La novedad es que se vuelve a escuchar el aire y las voces lejanas aunque siguen siendo incomprensibles. Observamos un rato sin llegar a ninguna conclusión ni hacer demasiados comentarios. Se nota que mis compas ya no están interesados y no quiero atiborrarlos. Por la noche cenamos pan dulce, queso fresco y chocolate caliente. Ahora sí, bastante descansados, nos quedamos un rato agarrando cura con todo lo que nos ha pasado y todo ese rollo de Asteria que Dante se inventó. Reímos. Le damos carrilla a Hugo por el piquete de alacrán y no se la toma por la tremenda. Yo también extraño a mi familia pero no lo confieso; pues sí, ¿para qué?

Si ya nos vamos a separar, ¿por qué no salimos a dar un rol?

Buena idea.

Exclama Murakami respaldando al chofer.

Güeyes, les recuerdo que no debemos salir.

No seas pinche aguafiestas, pinche Capi, no te queda.

Pinches mecos no tienen remedio. No tiene caso ponerme charrascaloso y ahí vamos. Pensando en la señora que escucha al viento les pido que salgamos sigilosamente.

STUDIO 54

Cuando llegamos, de lo cansados que estábamos no vimos ni el nombre del hotel, se llama Azoj Canoj. Qué nombre más maniaco. Se ubica en una calle amplia, llena de vehículos circulando o estacionados, bien iluminada. La gente camina tranquila por aceras de tres metros de ancho. Katzarava es hermosa, grandes edificios, dinamismo, chicas lindas en minifalda; los carros son muy parecidos a los de nuestra época. A un par de cuadras reconocemos una marquesina con luces titilantes y un nombre que lleva un millón de antros en el mundo: Studio 54. Órale.

Qué onda, plebes, ¿le llegamos?

Ya rugiste.

Decidimos cruzar la calle para entrar pero quedamos petrificados. Qué onda. El ruido penetrante de un motor endiablado nos paraliza. Chale. El Mach 1 rojo se encuentra estacionado en la calle a unos cuantos metros de nosotros y lo acaban de encender. Mierda. Vemos un bulto al volante. Nos miramos. ¿Y el mapa? Lo saqué de la chamarra cuando se la llevé a la señora y está bajo el colchón. Así que si Xochtl lo quiere se va a tardar un buen en encontrarlo. Como dos segundos. Más pendejo no puedo ser. El hoyo de mi panza crece.

Empiezo a sentir ganas de ir al baño cuando escucho un motor idéntico. Y otro. Y uno más. No mamen. Nos miramos y sonreímos, es una reunión de güeyes con Mach 1. Nos acercamos al primero y le vemos la cara al chofer. Es un bato que sonrío feliz. Está bien pedo. Lo acompaña una morrita que no para de acariciarlo. Me acuerdo de la Miny Calderón, esa morra tan macana que si se sube con alguien a un carro ya sabe qué onda y nunca se hace la charrascalosa. Si no le gusta un bato o no anda de humor mejor se queda sentada pistiando su Tecate light. Los carros, todos rojos, salen uno tras otro. Son cinco. En cuatro van parejas besándose. Qué pinche envidia. ¿Cómo les dicen ahora a esos batos? Mirreyes, creo. Pero estoy clavado, en el tercero va el chofer solo: muy concentrado.

Entramos al antro. Está atascado. Hay música en vivo, rock pesado con guitarras eléctricas y teclados que suenan bien gacho, esos músicos han de estar en el limbo. Una chica canta con una voz parecida a la de Janis Joplin. Sé poco de ese rollo porque lo mío es la música norteña, pero mis compas babean por ese ritmo, hablan de los músicos como si fueran dioses. Pinches mecos. Veo a los dos cabrones que se prenden de volada. Pedimos tarros de cerveza fría y nos sumamos a la chorchita. Pagamos con dólares. Pinche moneda ha de valer hasta en el infierno; ¿se llevaría sus

ahorros el padre Celerino? Todos de pie, medio bailando con el ritmo y pistiando con devoción. Son puros morros de pelo largo y las chavas no traen brasier. Bien sexys. Creo que a nosotros nos ha crecido un poco la greña, así que no desentonamos.

Valeria, mi nefasta hermana que se largó con mi Volvo, dice que la vida es relax. Tiene razón la pinche meca.

A la segunda cerveza ya nos sentimos japis. Yeah. ¿Por qué cuando uno se empeda siempre se acuerda de las morras que nos han dado gas? Porque me viene a la memoria Iveth, su linda sonrisa, su voz suave cuando se pone amorosa, su cara encantadora; pero ella insiste en que ni madres, que se acabó; creo que debo hacerle caso al padre Celerino y buscar por ahí, hasta me dijo un poema bien curado donde el rechazado busca como perro a la que lo cortó. Qué maniaco. Veo a mis compas, a esos güeyes les vale madre, las viejas se arrastran por ellos pero solo las pelan por un rato y ya, rápido las mandan a ver qué puso la puerca, jamás los he visto clavados con ninguna, y no crean que por feas, puros cueros los persiguen, ¿por qué creen que Murakami estaba tan preocupado por el piquete de alacrán?

¿Y tú qué, estás esperando el eclipse?

Alta, cara bonita, sonrisa abierta y la perfecta combinación: pelo largo, minifalda corta.

No le sigo el rollo, en realidad quiero estar solo.

Hace una mueca, se toma mi cerveza de un trago y se larga. Órale.

Mientras estoy en mi rollo, aquellos se entretienen con unas morritas, beben y bailan con ellas, son lindas, muy sexys. Cuando estamos en la cuarta cerveza se besan machín, veo que las morras son bien lanzadas, les meten mano y ellos felices; me río solo; mis compas son tipos con suerte, lástima que no quieran seguir. Los dejo, prefiero concentrarme en los perturbadores carteles pegados en las paredes; pero solo un par de minutos porque escucho un grito que me es familiar: el alarido de Murakami cuando empieza a romper hocicos. Órale. Dante recibe a un bato más alto que él que se le lanza tirando golpes pero lo descuenta con un derechazo a la mandíbula. La gresca es en serio. Hugo vuela pateando caras, hay dos que lo atacan por el espalda y es cuando entro en acción; tomo a uno de ellos por los hombros, lo volteo y le rompo la nariz de un cabezazo. En un minuto estamos los tres contra el mundo y como somos los únicos desconocidos pronto todos se nos dejan venir y la situación se pone crítica; le caen a Hugo y entre cinco lo levantan de tal manera que no puede asestar sus golpes, trata de alcanzar la estructura que sostiene las lámparas pero está muy alta; Dante se halla tirado y tiene un mundo de morros encima que no paran de golpearlo y patearlo. La morra alta descuenta a dos varones y me lanza un beso. Luego trata de ayudar al chofer. Tomo el pedestal del micrófono de la cantante y reparto madrazos al por mayor hasta que lo pierdo. Recibo un derechazo en la cara que me cimbra pero no caigo, tengo tres cabrones enfrente, pienso que los tres son el jalisquillo y sus hermanos y arremeto como fiera, pero me tupen, solo consigo noquear a uno. No sé de dónde salen tres aliados que empiezan a repartir candela; reconozco a Lluquet y a Adria, que madrean gente y mientras lanzan patadas a diestra y siniestra, nos ponen de pie y todos tambaleantes nos sacan por la puerta de atrás. Lluquet y yo somos los últimos en salir. Tomo uno de los tambores de la batería y lo lanzo a la turba amenazante, luego una guitarra y se la estrello en la cabeza a un grandote que se abalanza contra mi amigo con la intención de despedazarlo. La morra del pelo largo me mira con los brazos en

jarra y con aprobación. Le regreso el beso.

Salimos. Corremos por un callejón oscuro. Luego subimos a un vehículo negro y nos despatarramos. El silencio es oro, pero dura más o menos seis segundos. El estridente ruido de un Mustang pasa a nuestro lado. Me asomo: es rojo y solo se distingue el chofer, ¿será el que vi hace rato y que no quise mencionar a mis compas para evitar escalofríos? Chale. Sumen a esto una voz autoritaria.

¿Alguien puede explicar esto?

Estalla Adria.

¿De quién fue esta brillante idea? La orden era no moverse del hotel y fue muy clara.

Continúa. Nosotros callados, pues sí, cuando la riegas más vale mantener la boca cerrada. Es Murakami quien aclara:

Es que Dante y yo nos abrimos, y antes de retacharnos a Culiacán queríamos despedirnos.

Ella, que viaja de copiloto, se vuelve rápidamente a nuestro amigo. Sus ojos relampaguean.

¿Están parvos o qué? Por si no lo saben, del punto en que se encuentran nadie puede regresar, morirían de inmediato desintegrados. Así que vayan pensando en algo más productivo y en su disposición para continuar, porque tampoco se pueden quedar aquí.

Está como agua para chocolate. Nosotros tenemos las chamarras y el suéter manchados de sangre, las camisas rotas y nos acaban de poner como palos de gallinero. Lluquet, que viene atrás con nosotros, añade:

Los guardianes los recibirán al amanecer, están lejos, en una hora saldremos al lugar de la cita; mientras tanto Frisco.

Señala al chofer, que también les entró a los trancazos.

Sustituirá el combustible del jeep; ya lo puso a punto y le cambió llantas. Por cierto, les dejamos ropa en su habitación, póngansela completa porque a donde vamos el frío es muy crudo.

Veo que ambos visten de azul eléctrico, como Hax en algún momento.

Y no más iniciativas *imbecis*.

Nos restriega Adria en nuestras caras. Luego se vuelve al frente. Eso de imbecis no es español pero me queda claro. También usó la palabra en Ciudad Platón. En ese momento entramos al hotel.

Frisco, gracias por rescatar nuestro jeep.

Sonríe, algo dice pero no lo escucho. El sonido de los Mach 1 que circulan por la calle es lo único audible, y valiendo madre: solo son cuatro.

Antes de llegar a nuestra habitación encontramos a nuestra cocinera. Me detengo a saludar. Hugo y Dante continúan.

Buenas noches, ¿qué hace usted aquí?

Me mira sosegada.

Cuidando su cuarto; aparte de sus amigos alguien podría querer entrar.

Me pongo serio, me detengo en sus ojos profundos.

¿Se lo dijo el viento?

Afirma y agrega.

El ruido y la arena protegen al malo; entonces envié señales equivocadas pero con él nunca se sabe; así que mejor me quedé a cuidar su puerta.

Órale. La abrazo y le doy las gracias. Neta que estoy bien conmovido.

Usted es parte de los guardianes del tiempo, ¿verdad?

¿Se nota?

Sonríe ligeramente y se marcha.

¿Quiénes nos respaldan en este rollo? Al parecer es más gente de la que suponía. Pinche padre, cuánta raza quiere tu templo terminado; claro, menos Hugo y Dante, a quienes Adria dejó más quietos que una vaca muerta.

CAMINOS DE ARENA

Salimos a la media noche enfundados en nuestra ropa térmica. Dante y yo conservamos nuestras chamarras y Hugo su suéter, que es un regalo de su abuela japonesa; presume que es cubridor y muy liviano. Es cierto.

La cocinera y costurera se acerca al jeep y nos regala una bolsa con comida y dos botellas de barro llenas de agua.

Miizj hacx.

Expresa con su sonrisa sutil y una profunda mirada de sus ojos negros.

Nos desea buena suerte.

Explica Adria, que está más amistosa.

Gracias.

Respondo y la palmeo suavemente. No olvido que sabe platicar con el viento. Se aleja a su cocina como a su único refugio.

¿Qué idioma habla?

Seri, una lengua muy importante y muy dulce. Te aclaro que esta es una región pápago, pero ahora hay muchos seris, seguramente por asuntos de trabajo.

Recuerdo que la señora trabaja para los guardianes pero no comento. Dante enciende el jeep y se pone feliz. Como antes Adria está de copiloto y le brinda una sonrisa.

No tengo idea de qué le hicieron pero suena como un monstruo listo para la Baja Mil.

Tampoco yo, lo único que sé es que Frisco trabajó en él todo este tiempo y si ya se fijaron, también le cambió los cristales rotos y las llantas. Además lo lavó.

Es verdad, el motor se escucha poderoso y no hay más vidrios despedazados. Iba a comentar que traía llantas nuevas pero callé. Estas no nos vendrán nada mal.

Solo una cosa: Frisco puso los marcadores en ceros y nos aclaró que el combustible alcanzará para dos mil kilómetros o veintidós horas de marcha, lo que ocurra primero.

¿Qué quieres decir?

Que es justo el tiempo que tienen para recuperar el tesoro y cumplir el sueño de un hombre justo que perdió la vida por él.

¿Sabes del padre Celerino?

Sabemos todo. Es parte de nuestro trabajo.

Qué curado, ¿o sea que no tenemos secretos?

Claro que tienen, no es para tanto. Solo conocemos de ustedes lo relacionado con esta misión en la parte que nos concierne.

Callamos. La noche es fresca. Por la ropa siento un poco de calor en el cuerpo pero no es nada que no pueda soportar; tampoco me quitaré la chamarra perfectamente reparada que es donde guardo el libro y el mapa. La pelo rizado sugirió que antes de salir limpiáramos las manchas de sangre y así lo hicimos.

Una cosa: ¿tratas de decir que no nos acompañarán durante las veintidós horas restantes o los kilómetros?

No sabemos, pero es lo más seguro; somos guerreros de la parte intermedia y en el refugio de los guardianes termina nuestra misión; después nos toca un breve descanso en el sitio que cada quien elija.

Salvo que son muy arrojados, nada sabemos de ustedes; aun así, no me parece que nos dejen.

Digo lo mismo.

Se hace un breve silencio.

A mí el descanso me caerá de perlas; realmente me gustan las plantas carnívoras, un amigo que escribía muy bien, Nacho Padilla, me inició en el conocimiento de ellas, y tengo un pequeño jardín que quiero atender, algunas puedo llevarlas conmigo.

Señala Lluquet, y saca de su mochila parda una plantita que abre su flor, es como su boca, deja caer un pequeño trozo de carne seca que la planta se traga y se encoge de nuevo. Qué curado.

Con razón te veías fascinado en tu jardín de Ciudad Platón.

Esas plantas eran una belleza.

Hasta se comieron dos soldados.

El plan era darles poco de comer para que nunca se saciaran; de esa manera no dejarían escapar la oportunidad.

¿Quién hizo el plan?

Los guardianes.

Callamos un momento.

¿Cuándo quitaron las barras de hierro?

Pregunta Murakami.

Cuando a ustedes se los llevaron al interrogatorio, Frisco las enganchó a una polea que funciona con energía solar y las jaló hasta arrancarlas. También agrandó la ventana.

Qué buen rollo. Noté algunas plantas muertas.

Las que recibieron la comida que ustedes desechaban. Hay sustancias que no soportan, lo mismo que la carne muy dura.

Nos divierte la aclaración.

Y ahora, ¿a dónde vamos?

Al lugar donde esperan los guardianes.

¿Podemos saber dónde es?

Claro; a su debido tiempo.

Mientras conversamos, abandonamos una ciudad tranquila. Solo de un antro vemos salir gente

bien japi, y no es el Studio 54. En unos veinte minutos arribamos a una autopista con tráfico regular, sobre todo de camiones de carga como en Navojoa. Media hora después Adria pide a Dante que se interne por una ruta secundaria. Luego de diez minutos transitamos por una brecha arenosa donde la velocidad es menor pero el motor se mantiene estable. Distingo grandes cactus en la oscuridad y árboles que podrían ser mezquites.

Nos mantenemos en silencio. En algún momento Murakami clava el pico, le dieron duro en el antro al pobre cabrón, aunque él se llevó a varios por delante. Parece que aprendió a controlar el insomnio. Los demás permanecemos despiertos. Propongo a Dante que si necesita relevo me avise. Responde que todo está bien, que el año próximo participará en la Baja Mil y que, para recorrer esos más de mil kilómetros a través de la parte más accidentada de la península de Baja California, necesita entrenamiento. Pinche meco, pero bueno, cada quien su rollo.

Pregunto a los compañeros cómo llegaron a ser guerreros intermedios.

No hay mucho que contar, un día recibí una invitación para hacer algo diferente y peligroso; así decía. Qué guay, ¿no? Estudiaba música, me gusta el sonido agreste y pretendía ser percusionista; sin embargo, por esos meses andaba más bien desorientado. Amo la playa y pasé muchas horas allí, cavilando. Diferente y peligroso, pensé, ¿de qué se tratará? Durante dos semanas traje esa tentación en la cabeza; además la invitación me la hizo mi maestro de piano, un viejo agradable y gruñón; y así, un día le dije que sí, que aceptaba y me llevaron a un centro de entrenamiento en el desierto donde conocí a Adria.

¿Y tú?

La chica que nos acaba de poner en nuestro lugar, de piel blanca, cabello crespo y nada fea, se vuelve hacia atrás. Vemos que Dante esquivo a un venado encandilado, con éxito.

Como no sabía qué estudiar, iba a la escuela de idiomas, porque tengo como un sexto sentido para aprenderlos, y recibí la invitación en los mismos términos que Lluquet justo cuando pasaba por una decepción amorosa, no lo pensé dos veces y aquí estamos.

Y como dije antes, resultó ser un asunto bien guay.

Y ambos tienen un abuelo al que le gusta *Everybody's Talkin'* como al mío.

Sí, Dante, tenemos algo en común.

Nunca supe de esas invitaciones; ¿hay algún centro de entrenamiento en México?

Existen varios, pero a nosotros nos tocó en África, en el Sahara.

Tú pareces español.

Lo es, y yo soy portuguesa.

Y mira nomás dónde andan.

En cuanto sirvan nuestros celulares nos hacemos unas selfies.

Propone el chofer.

Selfies no.

Rechaza Adria la idea de inmediato. Nos sorprende pero no preguntamos. Cada quien sus ondas. A lo mejor ella también tuvo que despedazar un celular.

Capi, en cuanto a la invitación, no fue necesaria para ti, hay personas como tú que no requieren entrenamiento, algo traen en su naturaleza que nosotros debemos adquirir, ¿por qué crees que el padre Celerino recurrió a ti para que rescataras el tesoro?

Porque era un maldito aprovechado.

No, te comprometió porque fuiste señalado por los guardianes como lo suficientemente dotado para la búsqueda.

¡Qué! No me estés piñando, pinche Lluquet; fui a pedirle que me orientara en una decepción amorosa, como le llama Adria, llegaron unos compas, lo balearon y en sus últimos minutos me hizo prometerle que haría esta locura.

Y en una peda nos involucraste.

No me digas que crees en las coincidencias.

Claro que no.

Nada es fortuito, Capi, te eligió porque eras el indicado.

Por meco.

Ya, pero esta madre no tiene nada de romántico o de heroico; soy un pinche fracasado, en la mayoría de las cosas me va fatal, apenas paso mis materias con seis, que es lo mínimo, en cuanto deje la universidad trabajaré en el Toro Cara todo el maldito día; así que no me salgan con pendejadas, porque entonces el que organizará la retirada seré yo antes que estos güeyes; y me vale madre morir en el intento.

Órale, qué macana, pinche Capi.

¿Entonces por qué aceptaste?

Eso yo puedo responderlo.

Tú cállate, güey, y concéntrate en el camino, si no vas a hacer el ridículo en la Baja Mil.

Lluquet y Adria sueltan la risa.

¿Cómo se llama?

Pregunta Lluquet.

Iveth.

Me balconea Dante con la sonrisa de oreja a oreja; en realidad los tres están sonriendo y entiendo que hacer berrinche es de mecos, así que les sigo el rollo.

Bueno, quizá la reconquisté con esto.

Confieso dejando ver lo tarado que soy.

Eso no te lo garantizo.

Comenta Adria.

Pero de que la impresionarás no tengo dudas. Las mujeres somos así, nos fascinan los héroes.

Estamos en esto cuando tres bultos oscuros nos hacen el alto. Órale. Hay un tronco atravesado en el camino. Alcanzamos a ver que se cubren con gruesos sarapes y sombreros.

Chin, hubiéramos traído los rifles de los platonenses.

Los coloqué bajo los asientos. Frisco consiguió recargarlos pero aquí no son necesarios.

Revela Lluquet en voz baja.

Dejen que yo hable.

Propone la exestudiante de idiomas. Baja el cristal y entra un frío del demonio.

En una lengua incomprensible, parecida a la del mapa, trata asuntos que no entendemos. Alcanzo a ver la piel oscura de las personas, seguramente son indígenas. Veo que afirman, se miran entre ellos y un minuto después el tronco se hunde en la arena. Qué maniaco.

Nos esperan.

Nos comunica la pelo rizado.

Estamos más o menos a una hora. Hay un sahuaro enorme a la izquierda, detrás de él está el camino que debemos seguir.

Copiado.

Responde el chofer. Continúa oscuro y arenoso. Murakami bien jetón.

Advierto que el jeep avanza despacio y no me gusta.

Ey, güey, no olvides que tenemos el tiempo contado.

El historiador mira el reloj que indica que faltan diecinueve horas y cacho y acelera.

Gracias, Capi.

Quedamos silenciosos, Dante enciende el radio pero no se escucha ni estática. Silencio total. No tengo idea de en dónde nos hallamos; salvo que estamos en camino del maldito tesoro, no sé ni madres; recuerdo que debo hacer la cuarta pregunta a los guardianes del tiempo aunque nada supe de la segunda y la tercera. Pobre cura, realmente alcanzó a decir bien poco, y yo por quedar bien con la que ya saben aquí ando valiendo madre con mis amigos, y con estos dos que son como ángeles caídos del cielo. Dormito un poco. Me despabilo cuando la copiloto indica al chofer:

Allí, el sahuaro.

Distingo un cactus gigantesco, lleno de brazos, monstruoso.

Ese es.

El futuro campeón de la Baja Mil gira a la izquierda, rodeamos el árbol y encontramos un camino angosto que seguimos. Es más arenoso, debe tener poco tráfico o ninguno. Dante va despacio, vemos venados, coyotes y gatos monteses que se atraviesan sin alterarse demasiado. Nos miran con ojos brillantes. Avanzamos en silencio en la oscuridad que parece no tener fin.

¿Han estado antes aquí?

Nunca, primera vez.

Murmura Lluquet.

Cuando topemos con una roca blanca la evades por la derecha.

Adria da instrucciones al chofer, que va muy en lo suyo. Pronto llegamos a ese punto. Dante hace la maniobra y quince minutos después el camino se tupe de sahuaros y mezquites que rozan al Comando 67, y a los veinte irrumpimos en una plaza rodeada de casas de una planta; seguro son de adobe y los techos de terrado; en el Toro Cara tenemos dos muy parecidas, aunque ya tienen techo de concreto. Algunas ligeramente iluminadas. Solo se escucha el ronroneo del jeep. Nos detenemos en medio de la explanada. De la oscuridad surge un grupo de individuos armados con machetes. Valiendo madre.

LOS GUARDIANES

Despierto a Murakami. Dos personas cubiertas con gruesos jorongos explican algo a uno de los macheteros y todos se desvanecen en la oscuridad tan rápido como aparecieron, luego se arriman al Comando. Nos saludan con un movimiento de mano. Adria baja del jeep, intercambia algunas palabras, nos pide que la sigamos. Obedecemos sin chistar. Camina en medio de un hombre y una mujer.

Nos hallamos en un espacio circular de unos treinta metros de diámetro, el suelo es arenoso. Entramos en una de las casas donde dos jóvenes, también hombre y mujer, nos reciben con un gesto de bienvenida. Una lámpara de aceite colocada en el piso alumbra sutilmente.

¿Tuvieron buen viaje?

Sin novedad.

¿Gustan agua o algo?

Veo al grupo y nadie. Digo que no y doy las gracias.

¿Están listos?

No estoy seguro de a qué se refiera la joven pero respondo que sí.

Bien, sígamos.

Cruzamos dos habitaciones oscuras. Atrás hay otro patio más pequeño, con algo de vegetación. Bajo un grueso tronco tumbado en medio hay una pequeña luz amarilla que parece salir de la tierra. Alcanzo a distinguir sobre el madero a un felino de regular tamaño, quizá un gato montés, lo digo por sus ojos intensos como dos brasas. No puede ser perro, ellos no miran así. Al fondo se alza una edificación circular, más grande, de la que no sale ninguna luz. Por primera vez distingo el cielo estrellado. Veo a mis compañeros muy reflexivos. ¿Qué onda? Nos detenemos en la entrada que es amplia.

Pueden pasar.

Dice la guía.

Nosotros hasta aquí llegamos.

Informa Lluquet.

Vayan tranquilos, presiento que podría salir bien si cumplen las reglas.

Adria observa con una actitud indefinida.

¿Qué dices?

Los guías nos toman de los brazos y nos obligan a caminar hacia adentro sin que podamos decir algo a nuestros amigos. Pinches mal educados. Apenas nos dan tiempo de hacerles una seña de despedida.

Gracias a ambos.

Digo antes de perderlos de vista. Esos guardianes son iguales que mi abuelo Nacho, siempre dice que uno no debe despedirse, que lo dejemos para el día que nos lleve la calaca. Unos pasos adelante y ya estamos en una sala circular levemente iluminada y con clima templado. Quedo en medio de mis amigos. No hay estatuas ni imágenes, solo cinco bultos sentados que se mueven apaciblemente, son personas con las piernas cruzadas: los guardianes del tiempo. Tampoco olemos hierbas o algún perfume, solo siento como si el aire fuera espeso. Algo bastante extraño que no sé definir. Mi hoyo es reducido. Quizá por la penumbra no distinguimos sus caras. Solo un óvalo oscuro, sin rasgos.

Siéntense.

Ordena la guía cuando el guardián del centro se lo indica con una mano. Lo hacemos en el piso de tierra que está tibio y esperamos. Ha llegado la hora de preguntar. De inmediato escuchamos una voz femenina algo cascada.

Llegar aquí significa que son los indicados para llevarse el tesoro, algo que el padre Celerino nunca consiguió. En realidad nunca supo si la existencia de esa fortuna era real; creía en su presencia inspiradora y en asuntos de tiempo, pero creer no basta. El tiempo es devastador y siempre exige emociones inesperadas más que sesudos razonamientos. Es el padre de la incertidumbre y de lo que no existe.

Luego de un breve silencio en que estamos realmente inmovilizados, sin ninguna intención, a esta voz de mujer le sigue una de señor que suena realmente muy vieja.

El tiempo no es cuestión matemática ni religiosa; solo las emociones nos dan precisiones de que existe, de que pasa, de que se va, de que no volverá. Es la base del instinto. Lo que se siente en algún momento de la vida jamás se volverá a sentir de la misma manera en otra circunstancia.

Calla, estoy a punto de preguntar pero se escucha un lenguaje suave, de señora, que nos exige máxima atención.

Así que ahora van a ir por esa riqueza y la van a utilizar en la noble causa para la que está destinada; si consiguen rescatarla, no pueden tomar pieza alguna, no sería correcto. Un día valorarán la experiencia adquirida en todo el trayecto. Sabemos de un guerrero renegado que lo pretende, en concreto desea una esfera azul; no se la den ni dejen que la tome, porque en el momento que lo haga el tesoro se convertirá en polvo y él en un monstruo terrible e indomable, aun para nuestros más diestros protectores.

Otra voz de hombre, muy gruesa, nos alerta:

Deberán mantenerse hermanados; cualquier sentimiento encontrado los debilitará y podrían fracasar en su misión. Solo la unión incondicional los conducirá al éxito.

Siento sus palabras en el corazón. Bien maniaco. Una mujer que se halla al extremo explica:

A partir de aquí los guiará un nuevo mapa; Capi Garay, deja el mapa que te dio Celerino sobre el piso porque no sirve más, se ha desvanecido.

Lo saco y es verdad, es solo un cuero duro y resquebrajado; lo coloco sobre el piso y arde de

inmediato, se desintegra en segundos. Órale.

Ven aquí para que te dé el nuevo, que también podrás guardar en el libro de fray Marcos de Niza.

Ordena la mujer del centro. Me pongo de pie y camino con pasos cortos, como si flotara. Bien curado. Trato de ver su cara pero solo encuentro una mancha oscura que podría ser su pelo o una máscara negra. Me lo entrega abierto, es de piel suave, distingo trazos luminosos y un punto verde en un extremo. No vi su mano, como si flotara hacia mí.

En el punto verde está lo que buscan.

Señala y agrega:

Buen tiempo, viajeros.

Los cinco mueven la cabeza afirmando y se esfuman. Ey, ¿qué onda, viejos macuarros?, ¿y la cuarta pregunta?, ¿y la segunda y la tercera? Nada, no dieron tiempo de consultar. Se ilumina el espacio. Mis compañeros están como saliendo de un trance. Los veo lampareados. Les doy la mano para que se pongan de pie.

¿Qué onda, escucharon algo?

Ni media palabra.

¿Te aclararon la cuarta pregunta?

Ni tiempo me dieron de formularla, así que continuamos con lo mismo, sabemos una respuesta: solo hay un camino, y para seguirlo tenemos un nuevo mapa.

Me miran con gestos de incredulidad.

Qué manera de valer madre, pinche Capi.

Expresa Murakami con cara de decepción.

Es más, no sé qué concepto tengan esas personas del tiempo; ¿sabían que en la era de los dinosaurios el día duraba veintitrés horas?

No respondemos, pero yo no tenía idea. El japonés nos mira profundamente y continúa:

Ahora la Tierra es más lenta: al parecer, en estos momentos un día dura veinticuatro horas con treinta segundos.

Pienso un momento; es un decir porque mi cerebro es un nudo.

¿Quieres decir que el tiempo es un fraude? Me refiero a la forma en que se mide.

Tendríamos que preguntarle a un físico; seguramente nos dirán que todavía no hay respuesta.

Los guardianes dijeron que era una emoción, ¿cómo se mide una emoción?

No sé, ¿pero a quién le importa eso?, ¿para qué serviría medir una emoción?

Dante intenta una explicación conciliadora.

La vida es un conjunto de rituales y aquí hemos participado en uno muy extraño; muchas veces la historia se explica por eventos así.

Pues será el sereno, lo único que me quedó claro es que debemos seguir juntos, como hermanos, a pesar de que les comenté que me tenían hasta la madre, pinches mecos.

Esa era la onda de los Templarios: la hermandad como condición para ser invencibles.

No te hagas pendejo, güey, no puedes vivir sin nosotros.

Sonreímos y el japonés se relaja. Aún traigo el mapa en la mano.

A ver, echemos un ojo a esta madre; quizá es otra computadora, Hugo.

Los tres nos clavamos en el mapa sin saber qué decir; no hay ruido ni voces, creo que el brillo del punto verde nos hipnotiza, hasta que la guía apresuradamente nos invita a abandonar el lugar. Me vuelvo y observo cinco bancos chaparros donde estuvieron los guardianes.

Apoltronados en el tronco del patio, en vez del gato montés, están Adria y Lluquet.

Qué pedo, morros.

Malas noticias, Capi, nos ordenaron seguir con la pandilla hasta el final, cualquiera que sea.

Qué macana.

Serán malas para ustedes, porque para nosotros son las mejores.

Exclama el chofer, realmente contento.

¿Cómo vamos de tiempo, tardamos mucho con los guardianes?

Nada, apenas un minuto.

¡Qué! No mames, Lluquet.

Es verdad, en ese recinto el tiempo no pasa, o pasa de otra manera, según palabras del chico que nos guio hasta aquí.

Explica la pelo rizado. Órale, guardan tan bien el tiempo que lo congelan y no te permiten preguntar.

Amigos, hay que salir volados, tengo un presentimiento.

Manifiesta Lluquet. Caminamos deprisa hacia la salida. Los guías han desaparecido. En cuanto llegamos al jeep Hugo pregunta:

¿Sabemos hacia dónde ir?

Abro de nuevo el mapa. El ambiente se llena de aullidos que llegan de muy cerca y ruidos de resquebrajamiento.

¿Qué es eso?

¡Suban todos, rápido!

Grita Adria abriendo la puerta trasera y la de copiloto, donde se trepa. Escuchamos un estruendo. El chofer en su sitio enciende el jeep.

¡Acelera, Dante, rápido!

¿Qué onda?

Todo a nuestro alrededor se derrumba. El historiador intenta retroceder pero el mapa señala el rumbo contrario.

¡De frente, Dante, con todo!

El suelo se empieza a agrietar. El futuro campeón no requiere de más indicaciones, mete segunda y salimos como pedo de gorila dejando atrás un ruidajo y un llano polvoriento, como si todo lo demás nunca hubiera existido. Órale. Vivimos en un planeta que es un maldito pedrusco que se desmorona incesantemente. Qué maniaco.

TREINTA Y TRES MINUTOS PARA DESEAR

El tiempo deja huellas en todo, menos en sí mismo, ¿recuerdas, Lluquet?

Adria se vuelve a mirar a su compañero que está instalado justo detrás de ella.

Pensaba en eso, amiga, en que es absolutamente determinante.

La oscuridad no permite ver qué queda de la apacible aldea de los guardianes. Seguramente nada. Mejor, no me tienen tan contento que digamos, pero las palabras de los guerreros me llegan.

No entiendo, ¿cuál es la importancia del tiempo en la búsqueda de este tesoro? Incluso Frisco nos puso límites.

Interviene Murakami, que acaba de ponerse formal.

Es significativo porque confunde las huellas para encontrarlo, mismas que debemos descifrar antes de cada paso para poder rescatarlo.

La cuarta pregunta y lo que antecede. Claro, si hay pregunta hay respuesta.

Además, en este caso particular, el tesoro fue asignado por los guardianes para una causa justa.

Si es para una causa justa, como dices, ¿por qué la ponen tan difícil; están locos o qué?

Y nosotros lo estamos buscando; y este cuero es un GPS que funciona de maravilla.

Murakami de nuevo cerrando los ojos.

Porque lo mejor proviene siempre de un esfuerzo.

Nada es gratis, dice mi papá.

Capi, el punto naranja del mapa somos nosotros, y no estamos lejos del verde. No hay nombres ni señalamientos de rumbos cardinales para guiarnos; pero si este dispositivo funciona, no serán necesarios.

Pues adelante, Hugo, indícale a Dante qué dirección debe seguir.

Observo el mapa para ver qué onda y sí, somos un puntito naranja que se desplaza tan lentamente que no se nota. Qué modernidad la de los guardianes, pero no pienso preguntar, me da güeva tanto pinche misterio. Para empezar: ¿era necesario destruir la aldea después del encuentro?, ¿no pudieron hacer como los profes al final: alguna pregunta, muchachos?

Veo a Lluquet darle un poco de machaca a su planta y luego se concentra en el exterior. Murakami se clava en el mapa, qué buena onda, teníamos varios días sin verlo relajado. Su mirada, antes apagada, es atenta y brillante, incluso los moretones se le notan menos. Creo que es el miembro de la expedición más maltratado.

Algo sé de eso también.

Revela Adria, que por lo que veo es una chica tan inquieta que sabe de todo. A veces mi abuelo Nacho dice que cuando uno no sabe qué aprender, lo mejor es aprender de todo. Siempre que me tira ese rollo me deja pensativo porque a mí, la mera verdad, no me interesa aprender de nada.

Pues díganme qué onda porque desde que salimos del desmadre no he encontrado una brecha que sirva. Puras pinches dunas.

Exige Dante. El Comando sube y baja aunque no aparatosamente. Por fortuna los montículos no son muy elevados.

Les recuerdo que tenemos poco tiempo.

Señala Lluquet, dando un poquito más de carne a su flor hambrienta, que la veo algo más crecida.

¿Cuánto nos queda?

Diecisiete horas y dieciocho minutos.

Informa Adria.

Y aún podemos viajar más de mil quinientos kilómetros.

Añade Dante, que maniobra el jeep como un verdadero cafre. Parece camionero el güey.

Recuerdo a Hax, ¿por qué me pasa esto? Maldita vieja abandonadora, ni que se hubiera portado tan bien. Llegué a pensar que estaría con los guardianes pero no reconocí su voz y con esas caras cubiertas no la hubiera identificado nunca. No me puedo olvidar de lo que nos hizo. Pinche mentirosa. Igual que Iveth, según andaba muy clavada conmigo, dejamos de vernos unos meses y fue suficiente para que se enrolara con otro bato, que la visitará en Culiacán para Navidad. Ya verá cómo le rompo su madre al pinche meco. Chale, parezco plebe caguengue. Si quiere rolarla con él, pues que la role, ¿qué más? Para mí ya estuvo; si rescatamos el tesoro se lo entregamos a la señora Herlinda y que sea la comunidad la que lo administre. En fin, que el templo es de ellos.

Hey, güey, dobla un poco a la derecha, como vas nos estamos desviando de la línea hacia el punto verde.

Hugo se mantiene atento. El aludido sigue las indicaciones y la pequeña mancha naranja avanza directo hacia el verde. Órale. De pronto estamos en una ruta pedregosa que media hora después desemboca en unos arenales blancos. Dante baja la velocidad y nos lanzamos directo a las dunas. Conduce suave y pronto le toma la manera. Amanece de golpe. Estamos en medio de una gran llanura donde crecen sahuaros de todos tamaños, también plantas chaparras y rastreras. Pasa cierto tiempo y Lluquet abre el paquete de comida que nos dieron en el hotel y lo reparte. Huele rico. Comemos burritos de carne y machaca de venado. Una delicia. A la hora de beber, descubro que en la botella dice: un solo trago. ¿Qué es esto? Si no es de quíver vamos a terminar bien pinche deshidratados. Eso si el quíver funciona, ya ven que cuando nos lo mostró Hax no tuvimos chance de comprobarlo.

Disfrutamos el desayuno en silencio. Por no dejar veo el reloj del jeep. Marca con números rojos muy luminosos quince cuarenta y cuatro.

El sol de la mañana crea imágenes raras en la arena y en la agresiva vegetación. Observo

sahuaros, mezquites y algunas choyas que sin duda son reales. Las imágenes son otra cosa, ahora mismo veo una cama con una pantalla de plasma enfrente al lado de unos matorrales de candelilla. Qué maniaco. Me restriego los ojos y siguen allí. Iveth riega los matorrales que ahora son plantas con flores y sonrío. Utiliza un balde abollado y una cacerola vieja.

Qué onda, ustedes también ven cosas raras o solo yo.

No responden. Los cuatro están clavados en las ventanillas. Dante se ha puesto unos lentes para sol que no le había visto y conduce con precaución. Ha bajado la velocidad. Órale.

Jamás pensé que manejaría tan pronto en estas carreteras tan angostas; todo por conocer estos castillos irlandeses tan famosos.

Comenta con una sonrisa y sin quitar la vista del camino, que sigue siendo la misma llanura; luego pregunta:

¿Esos ciclistas son del Tour de France?

¿Qué onda? Poco después alcanzamos un viejo camión pintado al estilo sicodélico, lleno de jóvenes con pelo largo, barbas ellos, ellas con la cabeza adornada con flores o cintas de colores. Qué pedo.

Hugo, ¿qué es esto, dónde estamos?

Ni idea, ya viste que no hay nombres, lo único que el mapa indica es que avanzamos rumbo al punto verde y oh, estos edificios son una maravilla, esas deben de ser geishas. No cabe duda de que Tokio es una de las ciudades más espectaculares del mundo.

Calla, ¿qué rollo? Solo veo el camión y una milpa; tampoco diviso ciclistas. El bato añade:

Me encanta esta autopista que pasa por el piso treinta y seis, donde mi tío Haruqui tiene un departamento. Mis papás deben de estar allí.

¿Qué está pasando? En el camino hay gente avanzando, unos con playeras, otros con shorts y el torso desnudo. Cada vez hay más raza, marchan alegremente descalzos, con sandalias o mocasines. Varios con botas. Nosotros en el jeep bien cubiertos porque seguimos sintiendo frío. Estamos drogados o qué; eso falta, que la señora nos haya puesto algún aliviane en la comida. Luego nos llega una música estruendosa. Guitarras eléctricas a todo lo que dan. Qué rollo. Todo esto se parece a una peli que vimos en la prepa, Iveth me llevó a fuerzas. Adria se nota relajada, como si experimentara una gran ilusión, qué macana, me siento igual. Lluquet sonrío. Su mochila entre sus piernas está cerrada.

¿Saben dónde estamos? En un llano agrícola. No recuerdo el nombre pero hubo un concierto de rock del que hicieron una peli que pasaron en la prepa. Asistió como medio millón de compas en 1969.

Mi padre es músico y algo me contó; ¿dices que estamos allí? No lo creo.

Comenta Adria, con voz suave.

El mío lo ha mencionado un par de veces.

Dice Lluquet. El chofer, que además estudia Historia, también expresa su opinión. No recuerdo que el Viejón lo mencionara alguna vez; igual que yo escucha pura música nortea.

¿Saben una cosa?

Ahora es Hugo el que toma la palabra.

Ese concierto es Woodstock, fue en un lugar cercano a Nueva York; sin embargo, tampoco

entiendo por qué lo citas.

¡Qué!

Me exalto pero me callo al instante; veo a Iveth sonriendo, con una blusa azul cielo, bailando a un ritmo desenfrenado con un güey que trae un sombrero de charro.

¡La madre que la parió!

Tranquilo, Capi, no pasa nada.

Expresa Lluquet, que me da la impresión de que está viendo algo que le es muy grato. Me palmea. Abre su mochila, saca su flor, la acaricia cuidadosamente y le da un trocito de carne seca.

Pero Nueva York está muy lejos.

Exclamo, al puro estilo meco. Mejor cierro la boca porque estamos pasando al lado del escenario donde un guitarrista toca bien prendido.

¿Saben quién es?

Pregunta el cultivador de flores carnívoras, que pone atención a la música y sonrío. Al parecer es el único que ve lo mismo que yo.

Carlos Santana.

Responde él mismo.

Adria, Lluquet, ustedes que viven en Europa, ¿saben por qué Atenas está tan deteriorada? Busco una respuesta que no culpe al turismo.

Y la rolita es *Sacrificio del alma*.

Completa nuestro amigo. Ahora Iveth danza a un lado del escenario, que es muy alto, sobre el sombrero del güey. Varias parejas hacen el amor entre las plantas que nada tienen que ver con las choyas, los sahuaros o los palosverdes; chicas desnudas que ríen se bañan en una pequeña laguna, raza bien pasada baila o deambula por ahí bien locochona.

De pronto entramos en una zona plana y arenosa, de vegetación chaparra, sin concierto, ni chicas, ni nada; solo un silencio que cala, ¿qué onda? El jeep gira sobre sí mismo, pero el chofer vuelve en sí y lo controla a punto de caer en una hondonada llena de choyas. Órale. Minutos después la arena se vuelve de un gris oscuro. Regresados de la alucinación ponemos atención al exterior, en la escasa vegetación típica del desierto, en cómo los matorrales se mueven con el viento.

¿Qué fue eso?

Atravesamos un portal del tiempo.

Explica la pelo rizado.

¡No mames!

Y es lo único que digo. Veo las caras de Dante y Hugo y sí: no ocultamos nuestro asombro pero mantenemos la boca cerrada. Lluquet tranquilo, comprensivo; quizá vio lo de todos.

Duró treinta y tres minutos.

Agrega la chica, luego cierra los ojos y como si descansara de una visión. Si yo vi a Iveth, ¿qué vería ella, qué verían los demás?, ¿únicamente Woodstock, Atenas, Tokio y castillos en ruinas? No seré yo quien les pregunte. Bajo un poco el cristal de la ventana y el viento sopla fuerte, frío; además, silba de manera similar a como se escuchaba en el primer mapa. Órale.

EL CRÁTER DE LAS SIETE CUEVAS

Avanzamos entre sahuaros por un camino arenoso que está cambiando de color.

Dante, ve con cuidado, no me está gustando esta madre.

Algo pasa. La arena se está volviendo rojiza, lo mismo que las plantas y el cielo. Veo el cofre del jeep del mismo tono. Mierda, ¿qué es esto, están moliendo ladrillos o es una lluvia roja? Esa lluvia cayó una vez en India; dijeron que eran células extraterrestres, de Marte o algo así. Espero que no sea sangre, con los monstruos del oasis tuvimos suficiente.

¿Alguien puede decirme qué está ocurriendo?

No lo sé.

Confiesa Adria.

Es algo rojo pero no se parece al oasis.

Señala Dante.

Es el aire que tiene ese tono, si te fijas no es necesario prender los limpiaparabrisas y tampoco huele a podrido.

No, es un remolino de arena roja.

Dice Lluquet, que se mantiene atento a su ventanilla.

Murakami observa en silencio. Tranquilo. Se ve que no le importa.

Estamos subiendo, la cuesta es empinada y el motor lo manifiesta. Al bajar el camino se vuelve más difícil. Auténticas rocas bloquean el paso. El Comando bota como loco. Dante encuentra espacios por los que apenas pasamos con algunos rozones que me duelen pero no lo demuestro. La vegetación mantiene el tono rojizo, lo mismo que las grandes piedras. Tres coyotes esperan al lado del camino, nos observan sin sorpresa y así nos ven pasar frente a ellos. ¿Qué onda? También son del color de las fresas molidas.

Continuamos por esa brecha de lo que parece lava volcánica hasta llegar de nuevo a los arenales. En algún momento dejan de ser rojos para volverse grises. Ni cuenta me di cuando Dante se quitó los lentes oscuros. Qué maniaco. Subimos un médano y al bajar a lo plano, al lado del camino, bajo un sahuaro gigantesco, entre biznagas y otras cactáceas, vemos una pequeña enramada y bajo su sombra un hombre en una mecedora. Viste de blanco. Trae un sombrero texano Stetson y conforme nos aproximamos apreciamos que sus botas café cubren totalmente sus piernas. ¿Qué hace aquí? Adria se despabila, lista para conversar en cualquier idioma que el tipo

le proponga.

¿Es real o alucino, Adria?

Es real, Capi. Dante, detente frente al señor.

El hombre se pone de pie. Ha de tener unos setenta y cinco años. Es blanco, mastica algo. Nos mira atento. Adria y Lluquet bajan los cristales de las ventanillas y sentimos el frío.

Buenos días, caballero, ¿dónde consiguió ese sombrero tan bonito?

El viejo sonrío, echa un vistazo al interior del jeep.

Me lo regaló Hemeterio, un amigo de siempre, que conocía estos lugares como nadie. Me lo trajo de Yuma.

Antes de que Adria comente cualquier cosa, meto mi cuchara.

Disculpe, señor, ¿en dónde estamos?

El hombre observa los arenales que nos rodean. Mira hacia todas partes y expresa:

Están en Schuk Toak, la montaña sagrada, en nuestra lengua: El Pinacate; para ser precisos, en el Gran Desierto de Altar, justo en El Camino del Diablo.

¿El Camino del Diablo?

Pregunta Dante.

Sí, la vieja ruta que unía Sonoyta con San Luis Río Colorado y Mexicali, donde la mayoría que intentaba recorrerlo moría de insolación, hambre o sed. Muchas veces, ante la falta de agua, masticaban lo que yo ahora: un trozo de biznaga.

Lo dice de tal manera que nos impacta. Señala la planta a la que le ha cortado un gajo y lo está comiendo despacio.

Mi amigo de siempre, Hemeterio, era pápago, y un guía que conocía este camino al derecho y al revés; sabía dónde había agua, sahuaros con sombra como este; su espíritu estaba hermanado con el desierto, incluso murió en él.

Pero antes le regaló un hermoso sombrero.

Me gusta esa idea de ser amigo de siempre, quizá nosotros lo somos, nuestros nombres son Adria, Dante, Lluquet, Hugo y yo, el Capi Garay, ¿cuál es el suyo, señor?

Mientras los menciono cada uno hace una señal con la mano. El hombre se agacha un poco para vernos mejor. Su piel tiene el tono de las personas que han vivido toda su vida bajo un sol inclemente.

Ahora los orientales no tienen problemas, ¿eh, muchacho?

Expresa con una sonrisa deteniendo sus ojos en Murakami, que reacciona con una leve reverencia. Según recuerdo, hubo un tiempo en que despojaban a los chinos de sus pertenencias, y si se ponían picudos les daban piso. Ya le preguntaré a Dante, que ahora hace un gesto afirmativo; pues sí, es el que sabe de esos rollos.

Soy Guillermo Munro, y vivo en Puerto Peñasco, a la orilla del mar.

Mar, ¿está cerca?

Pregunta Lluquet. Un remolino inesperado destroza la enramada a su lado, y tanto él como su refugio se elevan con todo y mecedora. Solo alcanzamos a escuchar:

¡Que I'toi los proteja! ¡Cúidense de Wom mot!

Salimos del jeep intrigados pero no hay nada. Ni huellas del señor o la enramada. Solo el

sahuaro, la biznaga sin un trozo y las plantas continúan imperturbables. ¿Lo imaginamos? A estas alturas imposible saberlo.

¿Qué dijo al final?

Que el creador nos proteja y que nos cuidemos de las víboras de cascabel.

Responde Adria, bastante mosqueada por la experiencia. Trepamos al jeep. Veo el reloj y no sé qué esperar. Pinche tesoro, ha de estar en las verijas del diablo, más si vamos por su camino. El padre Celerino debe de estar con él muerto de la risa, a pesar de las llamas en las que se consume.

Continuamos por un camino parejo y oscuro. Pienso que el desierto es un monstruo que enloquece a los que lo cruzan, seguramente también come carne pero se chupa la sangre, por eso no se nota.

Empezamos a subir. La vegetación es la misma. Hay pequeñas flores amarillas que no habíamos visto. La cuesta se vuelve cada vez más empinada.

¡Miren, borregos cimarrones!

Lluquet señala un risco. Sobre él tres enormes ejemplares nos observan sin inmutarse. Seguramente nada saben de huir de los cazadores porque ni se mueven. Comen hierba que sale de las rocas.

Son hermosos.

Comenta Adria, algo repuesta del impacto anterior.

Minutos después nuestro chofer baja la velocidad. ¿Qué onda?

Plebes, creo que estamos llegando al final del camino.

Excelente, ¿estamos en el punto verde?

No, aún está lejos.

Adria y Hugo observan el mapa con detenimiento. Lluquet se nota inquieto pero no dice nada.

Nos acercamos a la orilla de una horadación en la tierra que bloquea el paso y me entra la desconfianza. Mi hoyo vuelve a aparecer. Veo un par de víboras de cascabel que se alejan del jeep. Persiguen un ratón.

¿Saben qué es esto?

Nunca nos hablaron de estas cavidades tan grandes.

Responde Lluquet.

No olviden que somos guerreros intermedios; creo que nos están poniendo a prueba.

Agrega Adria.

No pienso nada, solo que los guardianes del tiempo son unos cabrones. ¿Qué le cuidan al tiempo?, ¿qué es el tiempo?, ¿un fraude?, ¿cuál es la cuarta pregunta?, ¿y la segunda y la tercera? Siento que no avanzamos, que solo damos vueltas en círculo mordiéndonos la cola como los pinches perros.

Diría que es un cráter. Debe de tener millones de años.

Comenta el historiador.

Bien, no sé qué rollo pero grábense esto: aquí no se raja nadie, vamos a rescatar ese pinche tesoro a como dé lugar. Como dice mi abuelo Nacho: no vengo a ver si puedo sino porque puedo vengo y chin chin el que se raje. Bajemos y veamos qué hay allí. Murakami, trae el mapa, y tú,

Dante, dale vuelta al Comando, tenemos que encontrar por dónde sigue el camino; como estás viendo, no podremos seguir de frente.

En un momento los cuatro estamos sobre una tierra dura, pero sin rocas. Nos desperezamos. El viento es gélido y sopla fuerte. Bien loco. Espero que no nos levante como al señor Munro.

Para dar vuelta, Dante debe adentrarse entre varios sahuaros y un par de mezquites. Lo dejamos haciendo la maniobra. Caminamos decididos hasta el borde del agujero que tiene toda la forma de un cráter volcánico, treinta metros de diámetro por quince de profundidad, más o menos. Les repito, el futuro campeón de la Baja Mil sabe más de lo que pensamos. Nunca imaginé que fuera tan estudioso, el güey. El viento nos sacude. Cuento cinco cuevas en la pared de enfrente. El día se ha vuelto gris. Mis compañeros observan atentos.

El cráter de las siete cuevas.

Murmura Adria.

Dos veces escuché hablar de él en el campo de entrenamiento.

Lo recuerdo, el maestro recalcó que era misterioso y que podría ser peligroso. Él fue entrenado en este desierto.

¿Qué dijo de las cuevas?

Que seis de ellas son mortales, que con solo respirar adentro estás acabado.

Quedamos en silencio, clavados ante la vista de las cinco entradas. Sin duda, las otras dos deben de estar en la parte de pared que no vemos.

Algo presiento.

Revela Lluquet. Me clava preocupado sus ojos claros.

Qué onda, güey, qué tratas de decir.

Agrega compungido:

Y no creo que sea nada bueno.

Órale. Pienso comentar algo pero surge del cráter, flotando serenísimo, un hombre con el gesto más tremendamente amenazador que he visto en mi perra vida. Quedamos fosilizados. Viste completamente de azul eléctrico como nuestros amigos guerreros. Sus ojos brillan de maldad. Lo recuerdo bien: es Xochtl, el Hombre del Mustang. Nos enfría más que el maldito viento que nos sacude como si nos estuvieran dando toques eléctricos. Qué maniaco, éramos muchos y parió la abuela.

EL HOMBRE DEL MACH

Bienvenidos, en un momento serán cinco muertos.

Decreta fríamente el güey. Detrás de él aparece Euclides, con sus relucientes manos de tijera, que sonrío con odio. Del cráter salen varios hombres armados con sus rifles de boca ancha. Ni hablar, estos güeyes son más agresivos que las siete cuevas y fuente segura de nuestras desgracias. Nos apuntan con las armas que ya conocemos. Como de rayo viene a mi memoria que Lluquet guardó las nuestras bajo los asientos; además, mencionó que Frisco las había recargado; espero que Dante advierta en la que estamos y espere.

Ansiaba encontrarlos de nuevo, y desde luego, sin su amorosa protectora que hasta a mi casa los metió. ¡Esa perra!

Exclama. Bien maniaco. Sus ojos echan chispas.

Nosotros también te extrañamos.

Respondo haciéndome el machito. De reojo veo a mis compas en guardia. Murakami seguro quiere reivindicarse, después de que en las dos últimas peleas no ha sentido lo duro sino lo tupido.

Sobre todo a tu cómplice, que se comportó como nuestra peor pesadilla. Pinche meco.

Euclides nos mira con ojos asesinos y afirma.

Son unos idiotas. Presumieron que habían soñado a la diosa Asteria cuando en Ciudad Platón nadie sueña, ni despierto. No hay gente en el mundo con el destino más definido que nosotros, que a partir de cierta edad siempre cumplimos treinta y un años.

Será que son pendejos.

Calla, insolente; tú y tus amigos nada saben de nosotros.

Tranquilo, amigo, no olvides para qué estamos aquí.

Con rapidez sorprendente el Hombre del Mach arrebató el mapa a Hugo a pesar de que lo ocultaba en su espalda. El japonés reacciona y lo alcanza con una patada en los testículos, pero el tipo no hace un gesto. No tiene o viene bien protegido. Sonríe irónico. Le caigo encima con un derechazo a la nariz pero lo esquiva, no así la izquierda que se la conecto a la mandíbula pero ni se inmuta el güey. ¿Qué onda, es de fierro o qué? Es mi golpe favorito y nadie lo resiste.

Los platonenses disparan. Euclides da un brinco y viene sobre mí. Adria y Lluquet, que son muy rápidos, se lanzan sobre Xochtl, pero él los golpea de tal manera que caen inconscientes.

Murakami le acierta un par de patadas en la cara que lo cimbran pero de ahí no pasa. Dos milicos arrastran a nuestros amigos de los pies y atan sus brazos por la espalda.

El verdadero dueño del mapa soy yo, estúpido; entiende que solo fuiste la vía para arrancárselo a esos miserables guardianes, que se creen dueños del tiempo.

Expresa el tipo, que parece un maldito robot, sin dejar de hacer gestos asesinos. Euclides falla otro ataque con sus manos y propone a su jefe:

Tome el mapa, gran guerrero Xochtl, pero estos son nuestros, pagarán cara la humillación que nos infligieron delante de nuestros jueces, este es mío y morirá entre mis manos.

El exguardián asiente. Johnny hace alarde sacando chispas tallando una mano con la otra.

Por culpa tuya perdí mi estatus; antes era jefe, ahora soy un paria y Yorgos es el que manda. El imbécil me humilla en cuanto me ve.

Debes pagar con tu vida y la de tus amigos. Una vez que estén heridos los metes en las cuevas.

Opina Xochtl y el otro, feliz.

El viento arrecia cuando lanza una andanada de tijerazos mortales sobre mis huesos. Órale.

Tengo zapatillas de ballet para los dos, pinches buitres.

Los insulto y apenas logro esquivar el ataque.

El hombre de azul se clava. Igual que nosotros pone atención a los matorrales de donde proviene un tremendo ruido. Todos nos volvemos a los sahuaros que rodean el cráter. Vemos aparecer el Mach 1, que va directo al precipicio empujado por el jeep. Órale.

¡¿Qué haces?!

Grita Xochtl, a la vez que se guarda el mapa. Hace un movimiento de mago con las manos y el carro que ya iba en caída libre retrocede rápidamente a la superficie. Los platonenses también se distraen y nuestros amigos quedan tirados pero desatados. ¿Qué pasó? Pues nada, el bato regresó el tiempo.

El carro se posiciona en tierra y todos despertamos, pero no salimos de nuestro estupor. Incluso Euclides y sus hombres sufren el mismo impacto. Veo el jeep a punto de salir de la vegetación.

El hombre de azul sube a su carro, lo enciende y se larga como pedo de gorila hacia el camino por el que llegamos. El motor ruge machín. Murakami arrastra un metro a los guerreros hacia nuestro vehículo.

Lanzo piedras al Mustang que se aleja. De volada se pierde en la primera curva. Pinche gandalla, solo nos deja el ruido.

Los guerreros están volviendo en sí. El jeep da reversa, ¿por qué Dante hace eso? Porque los platonenses nos tienen rodeados y nos apuntan a la cabeza. Camino despacio hacia los caídos y entre Hugo y yo los paramos. Se tambalean.

¡Sobre ellos!

Grita Euclides.

¡Sin piedad, guerreros invencibles!

Los platonenses se ubican de tal manera que la orilla del cráter queda libre y hacia allá nos empujan.

¡Que sufran lo que merecen!

Grita Manos de Tijera. Los cuatro trastabillamos hacia el precipicio.

No nos queda otra que ver el cráter y antes de que nos avienten nos deslizamos apoyándonos en pequeños agujeros y salientes. El más torpe soy yo. Mis compañeros parecen expertos en rapel y lo demuestran. Logro bajar unos dos metros protegido por Lluquet y Murakami. Muchas piedras a las que me aferro se desprenden. No quiero decirlo pero resbalo dos veces y casi doy con mis huesos en el fondo. Quince metros no son pocos.

Aquí pasan dos cosas:

Escuchamos nutridos disparos pero no contra nosotros, que nos quedamos pegados a la pared. Muy cerca hay una cueva que podría ser mortífera y no nos atrevemos a resguardarnos en ella. También se oye el motor del jeep, que arremanga machín. Pinche Dante. Algunos platonenses vuelan sobre nuestras cabezas dando alaridos. Pero no frena a tiempo, y aparecen las llantas delanteras sobre nuestras cabezas. No manches, se va a despeñar. Qué mala onda, ojalá no se mate el güey.

¡Salta, Dante!

Le grito, pero no creo que me escuche entre tanto ruido de disparos, órdenes de acabar con él de Euclides y gritos desahogados de la soldadesca.

Entonces llega volando el señor Munro y como si fuera una pluma mueve el Comando hasta que las llantas delanteras tocan tierra. Ha de ser papá de Superman porque lo hace rápido y sin perder el sombrero. Luego nos regala una sonrisa y se aleja como llegó. Órale.

Los platonenses, asombrados, han dejado de disparar ante el portento de ver a un hombre volar, pero su jefe los reprende y reanudan el ataque con renovados bríos. Nosotros nos activamos. Hugo es el primero en salir y nos ayuda a los demás.

Encontramos a varios atropellados y otros que como pueden corren a treparse a un globo, quizá el que vimos en Ciudad Platón. Nos disparan sin tino. Tomamos rifles de los caídos, nos tiramos de panza y respondemos el ataque. Manos de Tijera amenaza antes de abordar. Herimos a dos. El resto alcanza a trepar al zepelín, que se aleja lentamente mientras se eleva.

Dante baja del jeep y está amarillo, como el bato del corrido que dice: *Amarillo no me pongo, amarillo es mi color*. Sus ojos, bien maniaco, casi se le salen de las órbitas.

Qué onda.

Por poco no la cuento, güey.

Creo que tenemos un amigo de siempre; ¿cómo te sientes?

Bien raro.

Toma un trago del agua especial.

Ordena Adria.

Y creo que los demás también la necesitamos.

Los guerreros se ven desmadejados y nosotros quién sabe cómo. Al menos yo me siento pa la madre. El hoyo se niega a decrecer.

No se diga más.

Los cinco le llegamos a la botella. La verdad, ha de contener algo súper estimulante porque el efecto es inmediato.

¿Y ahora?

Pregunta Dante.

Tenemos que seguir al del Mach. El güey se llevó el mapa.

¿Xochtl se llevó el mapa?

Exactamente.

Era lo que presentía.

Expresa Lluquet haciendo un gesto de impotencia.

Cabrón, si te vuelve a llegar uno de esos presagios, ¿podrías decirlo de volada?

Te lo prometo.

Dos o tres platonenses heridos se quejan pero nada podemos hacer por ellos. Nos trepamos al jeep y Dante empieza la persecución con rabia.

Dante, tranquilo; es imposible darle alcance.

Pero se llevó el mapa, el güey.

Murakami y yo te guiaremos; si a él le urge encontrar el tesoro, seguramente enfilará hacia el lugar al que iríamos nosotros.

Razona la pelo rizado.

Bien, aunque no sé cómo se lo podríamos quitar.

Eso ya lo veremos.

Respondo al chofer. No quiero que se preocupe por ese gandalla; al menos no por ahora.

El punto verde se veía más o menos cerca.

Comenta el japonés dirigiéndose a la chica.

Entonces fierro por la costera. Dante, no creo que ese pinche carro sea tan efectivo en la arena como el nuestro; además, dijiste que te lo estabas tomando como un entrenamiento para la Baja Mil.

Lo animo y el bato sonrío.

No olviden que el tiempo pasa.

Nos recuerda Lluquet, que está completamente recuperado.

¿Ustedes saben a qué se refieren cuando dicen que el tiempo es oro?

Ni idea.

¿Es frase de los guardianes del tiempo?

Nunca se las oímos.

¿Qué debo hacer?

Pregunta el futuro historiador.

Rodea el cráter, al otro lado seguramente continúa la ruta correcta.

Propone Hugo y nuestro chofer conduce entre plantas y sahuaros en busca del camino. Estamos prendidos, con la adrenalina a tope, ese cabrón no se quedará con el tesoro mientras dependa de nosotros.

Hax nos habló de Xochtl, nos dijo que era un renegado y un guerrero muy efectivo.

Sabemos poco de él, aparte de lo que mencionas; nos dijeron que los guardianes lo expulsaron por ambicioso, porque solo pretende beneficios personales, como el tesoro del padre Celerino.

Un completo cretino, diría mi papá, que ahora debe de estar comiendo tranquilamente en Tokio.

Y yo que pensé que era el novio de Hax.

Imposible, son enemigos a muerte; el día que se encuentren solo uno quedará vivo.

¿Tanto así?

Además, Hax es una leyenda, sabemos que ningún guardián la supera y que Xochtl lo intentó, sin éxito, claro.

Incluso comentaron que una vez Hax le perdonó la vida.

Tengo mis dudas sobre lo que cuentan los guerreros; si es tan cabrona, ¿por qué salimos pitando de Sonoyta y luego se esfumó como si fuera la Sirenita? Pinche vieja. Pronto bordeamos el cráter. Alcanzo a ver que de una de las cuevas salen hombres con sarapes. Órale, tienen frío igual que nosotros. Nuestro salvador, el señor Munro está con ellos, ¿qué hace allí? Viejo loco, nos hace señas de despedida.

LAS LUCHATRICES

¿Cómo va el reloj?

Faltan poco más de catorce horas.

Dante cruza los arenales sin perder la concentración. A su lado, Adria observa cualquier marca que nos indique que vamos por el camino correcto. Lo mismo hacemos, aunque ella y Hugo son los más capacitados porque vinieron atentos al mapa; sin embargo, solo tenemos eso: arenales. ¿Hay tanta arena en el planeta? Pues sí, solo falta que estemos en un maldito reloj de arena; pero no, espero que no, veo sahuaros y plantas rastreras que nos dicen que al menos no estamos en una máquina de esas. Lluquet da de comer a su flor, que ha crecido el doble, y sonrío, luego la guarda en su mochila. Es como su mascota. Los rifles que tomamos de los platonenses ya están con los otros, debajo de los asientos traseros; así los tendremos a mano. ¿Será cierto lo que dijo Hugo: que ahora la Tierra es más lenta?, ¿cómo nos puede afectar? No tengo la menor idea.

Bajo una gran duna aparecen dos caminos. Dante aminora la velocidad pero no demasiado. Por cinco segundos vemos una piedra morada similar a la de la carretera.

Sigue por la izquierda.

Propone el japonés, siguiendo la señal conocida. Si solo hay un camino, debe de estar en lo correcto. Es tanta su seguridad que ni siquiera estoy tentado a preguntarle qué onda, si no tiene dudas. Adria lo aprueba. Como pueden ver, son los memoriosos de la expedición. Si Lluquet presiente algo espero que sea a tiempo. El padre Celerino ya ha de estar podrido y nosotros aquí tragando arena a lo pendejo. Si los guardianes sabían esto, debieron adelantarnos la onda; así no nos hubieran tomado desprevenidos esos cabrones. Euclides estaba hecho una furia. Pinche maniaco. ¿Es posible odiar tanto?

Cuarenta minutos después vemos un pueblo en medio de un descampado, como los pueblos del Oeste, pero rodeado de sahuaros, candelilla, gobernadora y otras plantas chaparras. Las casas se ven minúsculas y de color café. Se oye música, algo de algarabía.

¿Qué onda? Ese pueblo, ¿es real o imaginario?

Yo lo veo real.

Responde Adria sin dejar de observar el conjunto de casas. El chofer la respalda.

Yo también.

Dante, para un momento, por favor; Adria, ¿recuerdas algún indicio en el mapa que indicara

este lugar? Porque yo solo vi el punto verde, que es nuestro destino, y el naranja, que somos nosotros.

Inquiere Murakami y el campeón se detiene.

No, y no me late, como que el punto verde está más retirado.

A ver, a ver, por favor no se vayan a equivocar; este pueblo se ve muy pedorro para ocultar un tesoro, a mí tampoco me late; aunque pudiera ser, ¿lo tenemos que ver con lentes como a Katzarava?

No creo, ¿qué dices, Lluquet?

No lo presiento, también pienso que el tesoro no está aquí; soy de la idea de que entremos caminando, que dejemos el jeep escondido en lugar seguro.

De acuerdo, si vemos el Mustang que Dante le caiga encima y nos damos otro entre con el bato ese. Después de encontrarlo en el cráter estoy seguro de que estaba en Katzarava, ¿se acuerdan de los Mach que vimos en la calle? Solo un conductor iba solo: creo que era él.

Puede ser. Una cosa, Lluquet pocas veces falla, lo que pasa es que no siempre su presentimiento ocurre con anticipación, como hace rato; por ejemplo, él presintió el punto en que los tendrían presos y también su desliz en el Studio 54.

Qué macana, Lluquet, pero ponte trucha, bato, si estamos perdiendo el tiempo aquí nos lo dices y de inmediato nos borramos.

Trato hecho, Capi.

Dante, guarda esa madre por ahí y nos alcanzas.

Ni madres, espérenme.

Nos reímos. Tres minutos después avanzamos los cinco hacia el lugar donde se escucha la música, que es de ritmo lento, ceremonial. No vemos gente en la calle de tierra por la que transitamos ni en las casas, que son de lata tramada, enjarrada con lodo seco. Todos deben de estar escuchando a los intérpretes. Me acuerdo de un cuento que le gustaba mucho a mi hermana Valeria, ¿cómo se llama? Trata de un flautista al que siguen miles de ratas, primero, y después todos los niños del pueblo. Y así es, en una plaza redonda y diminuta están todos reunidos.

Nos acercamos. Los hombres, que son indígenas altos y fuertes, visten ropa clara salvo los sarapes, que son oscuros, y las mujeres van de colores. Es el mismo diseño. Todos están atentos a dos morros que bailan bajo una enramada. Nos distribuimos alrededor; por la arena nuestra piel es casi tan oscura como la de ellos. Lo que interpretan parece la Danza del Venado, un baile tradicional muy famoso; uno de los danzantes lleva un tocado con una cabeza con cornamenta y muchos cascabeles en las pantorrillas, que suenan mientras bailotea, lleva el ritmo con unas pequeñas maracas rojas. Parecen percusiones. El otro, que lo amenaza con un arco, porta una máscara de diablo y viste de colores. Ambos están descalzos. Los músicos tocan un violín, un arpa rústica, una sonaja y un jumate que está sobre una bandeja llena de agua. Cantan pero no entiendo lo que dicen. Es una danza bastante dinámica y la raza observa con respeto y devoción.

Mientras ellos lo disfrutan, nosotros buscamos a Xochtl, el Mustang y el mapa. Qué gacho el bato, en qué momento se aparece y nos agandalla. Observo a Lluquet, que parece no sentir nada. Está embobado con la música y el ambiente. Luego me clavo en los danzantes, veo a la gente y también los alrededores. Nada. Siento que estamos en un callejón sin salida, perdiendo el

tiempo. La danza termina pronto y los asistentes, varios con máscaras de demonios, se encaminan hacia una enramada muy rústica, por no decir que se está cayendo, a una gran tina que humea sobre el fuego en una hornilla. Huele rico. Recuerdo que solo comimos un poco hace varias horas. Algunos se vuelven a nosotros, que estamos de nuevo casi en el mismo lugar. Sus máscaras de colores oscuros son grotescas, más que las del carnaval. Lluquet, Dante y yo estamos juntos, tres mujeres empiezan a bailar a nuestro alrededor, nos tocan con la punta de sus dedos, luego con sus manos; me aloco un buen, por sus caras veo que a mis compas les pasa lo mismo. Es mental porque con tanta ropa encima no siento su calorcito. El resto está más interesado en la comida que en ese trío de forasteros llenos de polvo. Poco a poco, con leves empujones nos apartan de los demás. Órale. Lluquet trata de seguirles el ritmo. Nos dejan tocarlas. La que me corresponde baila muy bien pero es fría, su máscara es un demonio negro con rojo y le cuelgan crines de la barbilla, siento un escalofrío bien gacho que me baja la calentura. ¿Qué onda? Tomo conciencia justo cuando Lluquet y Dante se pierden tras una puerta negra. Pinches donjuanes. Quiero gritar pero no puedo. ¿Qué pasa? La mujer me está ahorcando, ¿cuándo me tomó del cuello? Maldita vieja, ni cuenta me di. De un madrazo le tumbo la máscara y su cara es horrible, sus ojos tienen un brillo asesino y su nariz es enorme. Piel amarillenta. Siento que me levanta del suelo, aggg, me ahogo, me falta aire, la pateo pero lo único que consigo es que se ría, le faltan los dientes, y su risa es bien tétrica. Chale, me abandona la fuerza, mis ojos ven lo peor del mundo, quiero cerrarlos y no puedo, mis oídos escuchan las más terribles amenazas, no puedo mover las manos ni pensar; estoy perdiendo el conocimiento cuando escucho, muy en el fondo, el grito de Hugo Murakami, que llega con los tenis por delante a la cara de la mujer, y por el otro, perfectamente sincronizados, las botas de la portuguesa, que no grita, pero pateo igual de fuerte que el karateca y en la cabeza. Órale. La cara de la agresora se aplana y desaparece. Dejo de sentir la presión en mi cuello. Caigo de rodillas. La mujer emite un rugido infernal y se convierte en un aire fétido que se esparce hacia la plaza, donde la gente come feliz. Ni cuenta se dan de que casi me liquidan.

¿Y los otros?

Veo borroso pero puedo señalar la puerta negra. Murakami se va a lanzar sobre ella pero la chica lo detiene.

Espera.

De su chamarra azul saca una navaja que se pone rojiza. Esta mujer es una caja de sorpresas, afortunadamente a nuestro favor. La mete entre el marco y la puerta y no consigue mover la cerradura. Piensa. La navaja se pone al rojo vivo y recorre toda la juntura entre el marco y la hoja negra pero no cede. ¿Qué onda, la casa se ve muy endeble y con esa muralla?

Tienen que prestar atención a sus espaldas porque la mujer sin dientes está de vuelta. Se nota más fuerte y asesina. Sus ojos echan lumbre. Adria y Hugo se ponen en guardia. Como puedo, gateo para quedar fuera de la línea de acción. La mujer se abalanza sobre mis amigos y los derriba sin darles la menor oportunidad.

¡Van a morir!

Emite con voz cavernosa, y se arroja contra Adria con las manos por delante para ahorcarla. Solo que no llega a tocarla. No sé bien por dónde aparece una mujer vestida de licra que le asesta un par de patadas voladoras que la avientan unos metros, donde otra mujer la recibe con otro par

igual y la regresa al centro, donde una tercera salvadora la tunde a puntapiés. Hugo y Adria se hallan sorprendidos. Se ponen de pie, al igual que yo. Inmediatamente la bruja contraataca, derriba a la última pero la primera le aplica una tijereta que la entierra de cabeza en el suelo arenoso. Órale. Nuestra enemiga quizá comprende que está perdida, y después de maldecirnos, se convierte de nuevo en aire fétido y se larga hacia las afueras del pueblo. Qué maniaco. Me despabilo un poco.

Gracias, ¿con quiénes tenemos el gusto?

Soy Karla, ellas son Mariana y la Sombra Vengadora, somos luchatrices. Ustedes ahora tienen dificultades no previstas por los guardianes del tiempo, nuestros maestros. Hace unos minutos nos pidieron que les echáramos una mano.

Explica la más alta, que debe de medir uno sesenta y se ve muy fuerte.

Pues nos echaron varios pies.

He oído de ustedes, pueden viajar en el tiempo sin problemas.

Observa la pelo rizado.

Estamos para servir; por cierto, tú y yo nos conocemos, ¿no me recuerdas?

La veo con cuidado.

La neta no, ¿dónde nos vimos?

En el Studio 54, me tomé tu cerveza.

¿Eras tú? Dispensa, soy pésimo para relacionarme.

Disculpa aceptada pero me debes otra cerveza, ¿qué no son cinco?

Pregunta Karla, la líder del trío, con músculos marcados bajo la licra brillante color arena. Las tres son delgadas pero se ven macizas.

Adria recoge su navaja, que está semienterrada en la arena.

Los otros dos están allí, entraron con unas chicas.

Venían con la apestosa.

Digo y señalo el rumbo por donde se fue la nefasta asesina.

Intenté abrir la puerta con esta navaja pero fracasé.

Malditas brujas. Nosotras nos encargamos, y esperemos que sus amigos estén vivos.

Mariana toma la iniciativa.

Siento horrible cuando escucho esto. Qué onda, esos güeyes son mis amigos de siempre, lo mismo que estos dos. No pueden morir tan pendejamente.

Las luchatrices toman velocidad y a la vez impactan con sus patadas voladoras la puerta, que se desprende de cuajo. Órale.

Justo en ese momento escuchamos el rugido del Match, que escapa disparado de algún lugar. Pinche gandalla.

UNA CONVERSACIÓN PERTINENTE

A todos, incluyendo a las luchatrices, se nos agria el semblante con el ruido del Match, pero urge ocuparnos de nuestros compas. Entramos a la casa. Ellas se desplazan en guardia como si hubieran subido a un ring para un combate por el campeonato mundial. La casa no es cualquier vivienda: por dentro las paredes son de piedra volcánica. La primera habitación está vacía, iluminada por la luz que entra desde afuera por el hueco rectangular horadado por las chicas. Algunas máscaras cuelgan de las paredes.

En la segunda, a media luz, vemos a las morras, que se han desembarazado de parte de su ropa y danzan frente a los plebes con ardiente sensualidad. Órale. Senos al aire. Qué suerte tienen los que no se bañan. Cada quien con uno. Se han quitado las máscaras y son hermosas. Morenas de rostros finos. Quizá son reales y no como la que me tocó a mí, pinche bruja maligna. ¿Y si no? Nos ven como si estuvieran drogadas y ahora bailan para nosotros. Karla pierde la paciencia, toma a una del brazo y la estrella contra la pared más cercana. Lo mismo hace la Sombra Vengadora con la otra. Las chicas caen desmadejadas, sangrando por las narices rotas. Mariana las toma del cabello y las sienta en el suelo. Nos miran temerosas. Nada expresan. Hugo y Adria se mantienen alertas. Veo qué onda con nuestros amigos, que se vuelven hacia nosotros, con sonrisas bobaliconas, como saliendo de un trance.

Qué onda, pinches mecos, ¿se sienten bien?

Miran a las chicas que intentan detener su sangrado, a las luchatrices y se rascan la cabeza.

¿Podríamos pedirles que terminen su danza?

Propone Lluquet con una sonrisa pícara.

Por toda respuesta Adria avanza, los toma de un brazo a cada uno y los encamina a la salida. Karla se adelanta. Las seguimos. La gente en la plaza come, conversa contenta y se empina botellas de un líquido cristalino que podría ser bacanora, un aguardiente con el que mi abuelo Nacho se pone hasta las chanclas. Le encanta.

Rápidamente encontramos el jeep pero Dante no está en condiciones de manejar y, aunque me siento jodido, tomo el toro por los cuernos.

Karla, chicas, muchas gracias; nos salvaron de algo espeluznante.

Muévanse, el reloj que los guía no se detiene.

¿Cuál es el nombre de este pueblo?

Ne-Big, y espero que nunca sepan lo que significa.

No venía en el mapa.

Claro que no, los guardianes jamás imaginaron que se lo toparían. Bueno, ¡calx!, váyanse, y miizj hacx cõcaap, que tengan buena fortuna.

Regresan al pueblo corriendo hasta que se desvanecen. Órale.

Adria, Hugo, escuché el ruido del Mustang por ese rumbo.

Es un señuelo, debemos ir hacia el lado contrario. Es la ruta.

Afirma el japonés.

Fijamos los ojos en él. Se ve tan seguro que al menos yo confío en su decisión.

De acuerdo.

Lo apoya la chica que sigue de copiloto. Doce horas y veinte en las manecillas. Con razón Dante viene feliz, el jeep es una sedita, el motor responde de inmediato y sin hacer estruendo. Checo el reloj y el combustible.

Pronto estamos de nuevo en medio de los arenales. El cielo continúa nublado y afuera la temperatura debe de ser bajo cero. Avanzamos unos minutos en silencio, ¿qué onda?, ¿cuáles son nuestras expectativas en esta bronca?, ¿la presencia de Xochtl estaba en los cálculos de los guardianes cuando nos dieron el mapa? Sí es así, ¿por qué no lo dijeron?, ¿por qué destruyeron todo?, ¿por qué no me dejaron preguntar? Pinches mecos, ellos han de estar a toda madre y nosotros aquí tragando arena; y si creen que estoy haciendo esto por Iveth, ya no, que se pudra junto a su pinche jalisco; es más, el padre Celerino también me vale madre, mira nomás qué güevos de meterme en esta bronca y qué pendejez la mía de arrastrar a mis mejores amigos a esta aventura que no tiene ni pies ni cabeza. Preguntas, ¿cuáles son las otras dos?, ¿y las respuestas?, ¿y la cuarta, a quién se la haré? Qué desmadre.

Estamos a media tarde. Veo el reloj y faltan once horas y cincuenta minutos, ¿qué se puede hacer en ese tiempo, aparte de dormir o comerse un buen ceviche con unas chelas bien heladas escuchando a Los Tigres del Norte? Nada. Estoy muy morro para andar en estos rollos y estos güeyes también. Si Adria y Lluquet se metieron en esta bronca por su voluntad, deben de estar locos. ¿Por qué les gusta el desmadre? Se ve que Lluquet lo disfruta, aunque no presintió ni madre hace rato; pero la pasa macana alimentando a su planta carnívora; lo que les digo, está bien tumbado. Y Adria, dizque por una decepción amorosa; quizá eso lo comprendo mejor que lo de Lluquet, porque tal vez me enrolé por lo mismo. Llegamos a una loma llena de vegetación del desierto. Me gusta el lugar para echarnos un choro, así que freno el jeep hasta detenernos.

Quizá Dante aún no está al cien.

Me advierte Murakami.

Sigue sonriendo como un verdadero deschavetado, lo mismo que Lluquet.

No me detuve por eso, morros, qué pedo, quiero saber qué onda, en dónde estamos; faltan once horas treinta y tres minutos y con todo lo que nos ha pasado no le encuentro la cuadratura al círculo; así que cuéntenme qué rollo, cómo la ven, cuál es su percepción, ¿quién quiere empezar?

Primero las damas.

Propone Hugo y los otros dos mecos mueven sus cabezotas afirmando.

Adria me mira y luego a los demás.

Está bien, pero antes debemos bajar Lluquet y yo, él, por el lugar donde nació, sabe mucho de botánica y aquí debe de haber una planta que los vuelva a la normalidad. Por si no se han dado cuenta, hay dos zombis y medio en el vehículo.

El señalado la mira harto aturdido pero asiente. Murakami lo ayuda a bajar y los acompaña. Adria le susurra algo al oído a su compañero, que afirma lentamente. Durante unos minutos observan, Lluquet toca algunas hojas, algunos cactus, camina despacio, trastabilla, avanza hacia enfrente del jeep, se queda quieto durante un minuto, luego señala un pequeño cactus de tronco grueso.

Totem Pole Cactus.

Expresa. La chica saca su navaja, corta un trozo de pulpa que el joven mastica despacio; un minuto después se toca la cabeza, se vuelve hacia nosotros desconcertado pero luego sonrío. Adria de inmediato corta un trozo para mí y otro para Dante. Sabe horrible, pero lo mastico sin hacer gestos. Dante lo hace como si no sintiera. Momentos después me toca el hombro, confieso que me siento mejor y me vuelvo.

Güey, ¿qué haces allí? El chofer soy yo.

Pinche meco, cállate el hocico.

Digo con alegría y le cedo el lugar.

Bríncale, güey, y si no te pones trucha, eso que te pasó lo va a saber todo Culiacán.

¿Qué me pasó?

Sonríe mientras ocupa su sitio. Le doy una palmada, le pido que no encienda el jeep porque vamos a platicar. Asiente. Una vez que estamos todos adentro los invito a continuar.

Bien, Adria, ¿cómo ves este asunto? Para empezar, explícanos por qué los comisionaron a ustedes para que nos acompañaran y quién fue.

Fue el Concejo de Guardianes el que nos ordenó continuar en el grupo; aunque no tenemos demasiada experiencia en sobrevivir y orientarnos en el desierto, fuimos entrenados en uno; además, tanto Lluquet como yo nacimos casi en la playa y también nos interesa el proyecto del padre Celerino y creo que hicimos buena química con ustedes. Y si quieres saber cómo lo veo: veo un desastre total, no creo que los guardianes previeran la intervención de Xochtl, que es un bandido difícil de vencer, al menos ellos no han podido; tampoco la de los platonenses que, como vieron, tienen un interés especial en Lluquet y en mí, aunque Euclides te prefiera a ti, Capi.

Se enamoró de mí el güey.

Sonreímos. Toma la palabra Murakami.

Capi, no entiendo a los guardianes, su misterio y eso; pero si solo hay un camino vamos a ponerle machín; mientras nosotros conversamos ellos se acercan al tesoro; como dice Adria, creo que estamos bocabajeados, pero no deberíamos desanimarnos; démosle alcance a ese güey y ya veremos; recuerda que yo me quería regresar a Culiacán pero acepté continuar, ahora quiero llegar hasta el final, pase lo que pase donde quiera que pase; a lo mejor es curiosidad japonesa, pero esta vez no seré capaz de rajarme.

He estado un poco nervioso.

Confiesa Lluquet, muy serio.

Sé que los guardianes esperan más de nosotros; cumplimos bien hasta Katzarava, pero ahora

no me siento al cien. Me duele no presentir lo que debo. No percibí a tiempo que nos esperaban en el cráter ni que Xochtl estaba en el pueblo.

¿Crees que él mandó a las mujeres?

Estoy seguro, y la más poderosa sobre ti. Afortunadamente aparecieron las luchatrices, bien guay, lo que indica que los guardianes algo saben de nuestro estado y no nos abandonarán. Creo que debemos apresurarnos, prometo que estaré más concentrado y dispuesto a lo que venga. No nos han vencido, Capi Garay.

Y se la van a pellizcar para quebrarnos, ya verán; perdón, Adria.

Ya, Capi, deja de tratarme como a una niña parva, soy una mujer, joven pero capaz de comprender hasta lo que no debo.

Entonces fierro por la costera, conmigo no hay bronca, mi Capi, y lo sabes.

Ya rugieron, chin chin el que se raje.

Digo esto y empezamos a escuchar disparos y golpes en el chasis, qué onda.

¡Pícale, Dante! ¡Adria, indícale el rumbo!

Bajo el vidrio y me asomo por la ventanilla. Intentan cazarnos desde un globo gris flotante. Claro, pinche Euclides, no podía largarse a ver qué puso la puerca.

¡Pásame un rifle, Murakami, están bajo el asiento!

Les mando una ráfaga. Veo que la superficie del globo absorbe los rayos como si nada, pero como señalé en Ciudad Platón, tiene una especie de caja negra en el centro. Podría ser el motor.

Los platonenses vuelan sobre nosotros. Lluquet, toma un arma; Adria, hay dos bajo tu asiento; bajen los vidrios, plebes, hay que atinarle al motorcito que trae abajo.

El sonido incesante de los impactos en la capota nos indica que somos blanco fácil. Si de por sí el jeep quedó lleno de viruela en el cráter, ahora se va a ver peor.

Adria saca el rifle.

¡Dante, baja un poquinho la velocidad!

Desde unas pequeñas claraboyas nos atacan, puedo ver los cañones de las armas vomitando fuego morado, los rayos pegan sobre el chasis. Como es arena y aunque el jeep no se mueve mucho, tomo puntería con dificultad; en el instante que voy a jalar el gatillo el motorcito chisporrotea y el globo gris empieza a caer lentamente. Le atino a una claraboya y un rifle cae sobre los cactus. Apenas ha perdido unos diez metros de altura cuando sube de nuevo.

Traen motor de repuesto los güeyes. Dante, fierro, como pedo de gorila. Estos cabrones nos están retrasando.

Cerramos los cristales y dejamos de escuchar los disparos. Le hago una seña a Lluquet de si él le acertó a la maquinita; señala adelante.

Felicidades, Adria, esa puntería no la tiene cualquiera, no sabía que pudieras manejar tan bien ese fusil.

Hay muchas cosas de mí que no sabes, Capi Garay.

Me atrevería a decir que por eso la eligieron para reforzar la expedición, donde pone el ojo pone la bala.

Agrega Lluquet, quien una vez más da de comer carne machaca a su planta, que sigue creciendo. Se nota que siempre está hambrienta.

UNA SACERDOTISA NADA SEXY

En pocos minutos estamos fuera del alcance de los platonenses, que pueden viajar por el aire pero a baja velocidad. Mejor para nosotros. Que Euclides disfrute el paisaje, maldito rencoroso. Me siento bien, percibo el entusiasmo de mis compas. Pinches locos, jamás he tenido amigos de otra clase, por eso mi mamá llora cuando se entera de quiénes son y mi abuelo Nacho me acusa de estúpido, de que no quiero servir para nada; que lo primero que un hombre debe aprender es a escoger a sus amigos, y remata: dime con quién andas y te diré quién eres. Órale. Pero es la raza con la que me llevo bien, como dice Adria, con la que tengo química, o en palabras del señor Munro: mis amigos de siempre.

Avanzamos. Llegamos a otra bifurcación y esta vez no vemos ninguna piedra morada. El campeón baja la velocidad esperando que Adria o Hugo le indiquen por dónde ir. Como ninguno de los dos abre la boca, se detiene. ¿Qué onda? Los memoriosos se miran dubitativos. Lluquet, que está entre Hugo y yo, tiene los ojos cerrados y expresa:

Por la derecha.

Abre los ojos y nos mira muy formal. La chica se vuelve a Dante, que está viendo el reloj que marca menos de once horas.

Ya oíste.

¿Cómo supiste?

Desde pequeño me ha gustado mucho el mar y lo escuché a nuestra derecha.

No me asustes.

Previene Dante.

No es que esté; simplemente es la señal de que ese es el camino correcto.

Qué maniaco.

Sonrío, el cabrón de Lluquet ha empezado a carburar, ese cardón debe de ser maravilloso, voy a llevarme una cepa para sembrarla en el rancho o en la casa. Si mastico un poco todos los días quizá mi abuelo deje de decirme que soy el tarado de la familia. En realidad ya no me afecta, pinche viejo, después del rescate de mi papá me ve con otros ojos. Lo que sí, si puedo, le voy a llevar un litro de bacanora para que se ponga hasta las manitas; pero antes debemos salir de esta bronca. Dante le mete la pata y pronto estamos cruzando un extenso campo de arena amarilla, ¿será oro?, ¿será que estamos cerca del tesoro? Pinche padre Celerino, por esta acción tan gacha

sus huesitos han de estar echando chispas en el infierno.

Media hora después avistamos un pueblo; sus casas son de un piso y está desparramado, más o menos en cinco hectáreas. La vegetación es la misma pero más tupida. Debe de haber humedad porque hay flores, nopales, sábilas y esas plantas que en la escuela les dicen suculentas y que adornan un montón de jardines que conozco. Nos alegramos un poco.

¿Este pueblo será igual que el anterior?

Espero que no, por sí o por no mantengámonos alertas.

Por la vegetación, supongo que es un lugar bonito.

Dante, para por favor.

Propone Lluquet, y nos deja bien sacados de onda.

Qué pedo.

Pregunto y también el aludido.

Sí, qué onda, güey.

Hay que entrar a pie; dejemos el jeep escondido; presiento algo, no sé qué pero lo mejor es no exponerlo.

A ver, Lluquet, aclara un poco ese rollo, porque si vamos a meternos en una bronca como la anterior prefiero que le saquemos la vuelta. Solo dices que resguardemos el jeep, cabrón, ¿y nosotros?

Es que no es algo perverso; no sé qué tan conveniente sea, pero...

¿Corremos peligro?

El bato cierra los ojos. Los cuatro lo vemos con caras de qué pedo, güey. Su rostro es una máscara extraña, parece de piedra volcánica. De pronto sonrío y abre los ojos.

No, no hay ningún peligro pero es mejor entrar sin el jeep.

Adria me echa una mirada significativa. No insisto y buscamos un lugar tras unos tupidos nopales, un mezquite y un sahuaro con dos tallos largos y nos bajamos. Antes de caminar hacia la población, que queda a unos doscientos metros, hago la consulta.

¿Alguna otra cosa, Lluquet?

De momento solo eso, entremos un poco separados.

¿Como en *Los siete magníficos*?

No, más bien en fila india extendida.

Al lado del jeep hay grandes piedras con figuras labradas. Llamo a Dante.

Güey, ¿qué es esto?

Ah, son petroglifos; nuestros indígenas no dejaron grandes monumentos pero grabaron parte de su historia en algunos lugares, seguramente los indicados, en las montañas. Esta pieza debe de ser muy antigua.

Observamos un momento.

Si es un mensaje, ¿qué será?

Ni idea.

Avanzamos al pueblo. El atardecer es suave. Pronto recorreremos la distancia hasta las primeras casas, que son de adobe crudo, las ventanas son muy pequeñas y están cubiertas con telas de colores, si no me equivoco, los techos son de terrado; hay yerbas sobre ellos. En el rancho

tuvimos un cuarto así que servía de bodega. Encontramos un señor en una carreta jalada por una mula que nos dice adiós con el sombrero. Le respondemos con la mano. Vamos atentos, pienso en las palabras de Lluquet, que va a la vanguardia; pero también en Xochtl, que puede aparecer de la nada con sus güevos de fierro tirando madrazos, pinche meco, por su culpa la búsqueda del pinche tesoro se ha vuelto un examen semestral. Voy detrás del líder, Murakami cierra la marcha.

Las casas son iguales, pintadas de azul y blanco. Encontramos una pequeña plaza con vegetación del desierto que está vacía. ¿Dónde está la gente?, ¿no bailan aquí? Espero que no haya brujas. Descubrimos una tienda al lado, una señora con la cabeza cubierta con un rebozo sale con una pequeña canasta donde lleva dos paquetes de papel estraza.

Buenas tardes, señora, ¿cómo se llama este pueblo?

Es joven, de piel apiñonada. Responde con seriedad.

Pitaqui.

Continúa su camino. Adria logra preguntar antes de que se aleje suficiente.

¿Son tohono o'odham?

Sí.

Son pápagos.

Nos aclara la pelo rizado. La señora apresura el paso, cualquier otro cuestionamiento es imposible. Entramos a la tienda, que huele a pan recién horneado y se nos antoja de inmediato. Mmm, seguro está bien sabroso. Dos hombres despachan detrás de un mostrador, como en los abarrotes de Culiacán. Nos quedamos mirando. Ellos tranquilos, uno mayor y el otro joven; la mercancía la tienen en cajas de madera. Incluso el pan de trigo. Está un poco oscuro por el nublado y porque pronto oscurecerá. Le hago una seña a Adria de que son todos suyos. Prueba varias palabras hasta que los tipos sonrían. La chica les pregunta algo que después nos explica: ¿El pan es de hoy? Ellos se miran entre sí pero no responden.

Capi, pásame la botella de un solo trago.

La traigo yo.

Dice Murakami y la saca de su inseparable mochila. La cede a Adria, que se la muestra a los tipos. Ellos se ponen solemnes, hasta hacen una leve inclinación, qué maniacos, luego levantan una tapa del mostrador y nos invitan a pasar. Señalo el pan y el joven echa cinco piezas en una bolsa de estraza que Hugo guarda en su mochila. Seguimos al viejo a la trastienda, luego por un pasillo estrecho que huele a granos, queso maduro y harina. Las ratas se esconden sin prisa; en una parte veo botellas de bacanora en el suelo de tierra. Caminamos algo así como veinte metros hasta una pequeña sala donde se encuentra una mujer muy anciana, viste prendas de lana oscuras y está sentada en una mecedora. El hombre nos pide que pasemos, nos indica unos bancos de madera para que tomemos asiento frente a la señora y regresa a la tienda. Ella nos mira uno por uno, en todos se detiene un poco, su rostro está plagado de arrugas y su pelo es blanco, alcanzo a ver unas hebras en su frente porque tiene la cabeza cubierta con un grueso rebozo, o algo así, sus ojos, uno negro y otro blanco, carecen de pupilas pero creo que no es ciega. Ambos emiten una leve luminosidad. Lo primero que me gusta de ella es que nos habla en nuestro idioma.

Bienvenidos, cada etapa ha sido difícil, lo sé, pero están aquí, cerca y lejos de la meta.

Dice esto y desaparece. Me pongo de pie como de rayo pero Adria, que está a mi izquierda,

me sienta; es fuerte la morra, se ve que la entrenaron en serio. Los demás ven y no se mueven; Dante, que será historiador, está fascinado, el pasado lo vuelve loquito. Estamos en una habitación iluminada por la luz natural que entra por una pequeñísima ventana, por llamarla de alguna manera. Momentos después, la señora está de nuevo en su mecedora y continúa:

Hasta aquí, no podemos vaticinar su éxito o su fracaso; ninguna de las dos cosas existe, todo depende de ustedes, de cómo procedan.

Me gustaría que nos aclarara.

Se esfuma de nuevo, ahora tarda un poco más en aparecer pero nadie se inquieta. Estamos clavados en la mecedora, que es de madera pulida por el uso. No puedo evitar moverme un poco; mi hermana Valeria, cuando quiere darme carrilla, me dice que tengo hormigas en el trasero, pinche loca, ni crean que se me ha olvidado que se llevó mi Volvo a Chilangolandia. Luego vemos sus ojos y su boca, lo demás, si está, es transparente. Qué maniaco.

El padre tiempo está fracturado, se divide en dos: el bueno y el malo; es muy difícil distinguir cuál es uno y cuál es otro. No sabemos si retrocedió o ustedes consiguieron llegar hasta aquí por algún extraño sortilegio. De ahora en adelante sigan a Hiizoox Caanoj Hiimatax, es decir, a la Estrella que no Gira. Ella los guiará hasta las cercanías de su destino.

Órale. Primero desaparece la boca arrugada, sus ojos se acercan a unos centímetros de los míos y me muestran algo que no alcanzo a definir y mucho menos entiendo. Noto manchas en el blanco que en el negro son más claras. Algo muy dinámico, espeluznante y nada sexy. Qué maniaco. Me crece el hoyo en la panza y me pongo chinito. Pienso hacerle la cuarta pregunta pero ya no se manifiesta, como dicen los que buscan fantasmas. Permanecemos un par de minutos en espera pero nada. Es Lluquet el que propone que salgamos de allí.

No volverá, es una sacerdotisa de la luz.

¿Crees que sea una coohaamc?

Es lo más seguro.

Nos ponemos de pie despacio. Pregunto:

¿Qué significa eso?

Una estrella mujer.

Explica la pelo rizado.

Órale.

Salimos de la habitación y el pasillo por el que llegamos está clausurado, más bien no existe y a lo mejor nunca existió, solo hay una pared de adobe que no tiene señales de puerta o algo así. Entramos a un cuarto donde un hombre duerme en el suelo con la cabeza en una silla de montar como almohada. Está oscuro y contiene algunos objetos. Sobre una pequeña mesa de madera hay una bola de peyote con dos gajos menos, un frasco de tinta negra y un dibujo de un joven con un nombre abajo: Luis I. Dante lo toma, sonrío y murmura:

El papel de este boceto es nuevo.

¿Y eso qué?

Que Luis I fue rey de España en 1724, un reinado que duró seis meses.

No manches, o sea qué.

Estamos en 1724.

Se vuelve al señor dormido que respira grueso. En su mano derecha, manchada de tinta seca, tiene una pluma de pájaro. Está bien botado.

El año que aparecía en el primer mapa.

Exactamente.

Órale, ¿ya ven cómo los patos sí le tiran a las escopetas? Qué curado.

LA ESTRELLA QUE NO GIRA

Salimos a una calle trasera donde encontramos a dos indígenas que nos saludan con un movimiento de cabeza y dos mujeres que ni voltean a vernos. El pueblo continúa igual, con sus casas chaparras de adobe, algunas encaladas y con algunos cactus a la vista. ¿Desde cuándo estamos en 1724? Ni idea. No creo que en el pueblo anterior fuera así, al menos los morros se miraban más aliviados. Vi un par de playeras de Los Ángeles y muchas gorras de beisbol. Encontramos el jeep, Dante se sube pero los demás permanecemos afuera. Está oscureciendo y el frío cala. Nuestro chofer comprende que debemos esperar a que salgan las estrellas que nos guiarán y se baja. Mientras tanto comemos lo último del lonche que nos dieron en el hotel. Hugo saca la bolsa de papel estraza y el olor nos embelesa.

¿Qué onda, le llegamos al pan?

Estamos algo desconfiados.

Por supuesto, los de la tienda son gente de los guardianes.

Señala Adria y desde luego le creemos. Está rico, se parece mucho al que hacen en el Toro Cara, nuestro rancho cercano a Culiacán.

Lástima que no tenemos mantequilla.

O confitura.

Se me antoja con frijoles refritos.

Y queso fresco.

Pinches antojados, se ve que no lo han probado con natas.

Falta un poco más de nueve horas en el reloj y la verdad ya nos gruñían las tripas de hambre. Bebemos nuestro trago. Lluquet saca su planta y la acerca a unas flores donde absorbe algunos insectos que la dejan satisfecha, ¿le gustarán las hormigas?, ¿qué pasaría si la pusiera en un hormiguero de chicanas, esas gigantescas hormigas oaxaqueñas que hasta en salsa las sirven? Seguramente se iba a atascar. El morro se pone de pie sonriente. Descubro que Adria escudriña el cielo con unos pequeños binoculares. La dejamos hacer, la morra se ha ganado nuestro respeto y está clavada en el rollo del tesoro, ojalá y se olvide del tipejo que le dio calabazas, así como yo perdí interés en Iveth. Pinche vieja, que se pudra junto con su jalisquillo y su amigo del alma el cura Celerino. Par de mecos.

Dante se trajo el dibujo del rey y, aunque casi no se ve, lo analiza, sobre todo el papel.

Murakami descansa confiado, sabe que debe estar alerta porque es uno de los guerreros del grupo con sus patadas y sus descontones. Debería ser boxeador el güey.

Ey, miren esto.

Nos invita el historiador; pero no está mirando el papel, está clavado en la piedra de los petroglifos donde sobresalen claramente parte de sus dibujos con la primera luz nocturna. Órale.

Parecen estrellas.

Comenta Lluquet.

Son estrellas, esta piedra quizá representa el firmamento.

Sostiene el futuro campeón. Veo y una está más crecida y clara que las demás. Al lado crece un cactus que es peyote y por la tierra floja se nota que recientemente arrancaron una pieza.

Esa grande podría ser la estrella guía.

Exterioriza Adria, y justo en ese momento vemos un lucero muy brillante sobre nosotros.

Ahí la tienen.

Agrega, y sonrío un poco relajada.

La Estrella que no Gira.

Qué maniaco.

Pero está sobre nosotros.

Tomemos ese rumbo.

¿Por qué lo crees?

Porque ya vi las otras estrellas que mencionó, Capi, las que son mujeres son más brillantes, así que tomemos ese rumbo.

Además coinciden con las grabadas en la piedra.

Pues fierro, arriba todos, Dante, trata de ir sin luces todo lo que puedas para que Adria no pierda la estrella mujer.

Ya rugiste.

Avanzamos a buena velocidad, tanto como la arena lo permite. Pocos kilómetros adelante oscurece y veo que tanto Murakami como Lluquet están botados. En ese momento me viene una pesadez en los ojos que no puedo evitar cerrarlos. Chale, ¿sería el pan? Alcanzo a escuchar que Adria pide a Dante que se detenga. Se está durmiendo y ella también.

En cuanto estoy a punto de perderme en el sueño, veo los ojos de la sacerdotisa y las imágenes que no alcancé a definir en la habitación. En este momento puedo distinguir en el blanco una puerta grande, negra, empotrada en un muro de piedra cubierto de algo gris, y en el otro, una entrada oscura que, órale, espero no sea al infierno. Me asusto y abro los ojos. La guerrera bebe de la botella de un solo trago, me la cede y procedo igual. Nos despabilamos casi en automático. Abro la boca del chofer, le echo un poco y se aliviana. Aplico la misma fórmula con mis compañeros de asiento. Un minuto después estamos despabilados. Qué macana.

¿Están bien?

Los cuatro afirmamos.

¿Qué pasó?

No sé, como ustedes me quedé dormida, aunque solo un instante.

Es un efecto emocional combinado con una pérdida de energía.

Explica Lluquet.

Se debe a la intensa impresión que nos causó la cohaamc y al vigor que tomó de nosotros. Esas estrellas tienen mucha fuerza de atracción. Afortunadamente nuestros cuerpos resistieron.

O sea que si la vemos otra vez nos habiéramos desmayado.

Es probable.

Fue como un exceso de gravedad.

Einstein hubiera estado encantado.

Y Newton.

¿Vieron o soñaron algo?

Yo sí, estoy con ustedes ante gente desconocida que nos mira con altanería, después le doy de comer a mi flor.

Bueno, si es un presentimiento no nos extrañará.

Yo soñé que estábamos con Pitágoras tomando cerveza tranquilamente. Luego sentí fresco en la boca y desperté.

Apenas me estaba durmiendo cuando me diste de esa agua desabrida. Pensé que estaba en Culiacán buscando información en mi computadora.

Los vi muy raros, y lo único que sé de este bebedizo es que da energía y quita el sueño, por eso lo tomé primero.

Órale. Pues yo no soñé porque no me alcancé a dormir, pero tuve una visión que me asustó mucho y me mantuvo despierto.

Noto que todos me ponen atención.

Distinguí una puerta grande, quizá un portón en un muro. El muro era de piedra. Tal vez una muralla.

Por esta época existían ciudades amuralladas, ¿nunca viste una en la tele o algo así?

Pues si la vi no me acuerdo; también vislumbré una entrada oscura, y algo más, la puerta, la muralla y la entrada, estaban en los ojos de la sacerdotisa: las primeras en el blanco y lo demás en el negro.

Qué tétrico.

Siento que la atención se redobla.

Además, cuando estábamos en la habitación, sus ojos se acercaron a los míos y me mostraron algo parecido que no alcancé a ver bien, pero sí esta vez.

¿Y cuál es tu conclusión?

Adria estaba más despierta que nunca. Dante en el volante.

Que la puerta tiene que ver con el tesoro; quizá, como dice Dante, detrás de la muralla hay una ciudad.

¿Y la entrada oscura?

No sé, a lo mejor es la salida.

Los cuatro afirmaron.

Y encima de nosotros tenemos la Estrella que no Gira.

Reitera la pelo rizado.

Entonces busquemos la muralla y que vuelen pelos. Adria, sigue viendo la estrella, Dante, te

estás tardando en arrancar, güey, pinche campeón chafa de la Baja Mil.

TORMENTA DE NIEVE

Vamos en silencio. Pienso que el tiempo pasa rápido. Nos faltan menos de nueve horas y seguimos valiendo madre. Mi abuelo Nacho dice eso, que el tiempo vuela, pero es la primera vez que lo experimento. Veo a mis compas tranquilos, con los ojos abiertos. Lluquet y Murakami traen sus mochilas en los pies, Adria ha colocado sus botas sobre la suya. La mía está detrás de mi asiento, el de atrás del piloto, que sigue manejando a oscuras, guiado por la estrella mujer. Qué macana, ¿no? Como en los viejos tiempos que se guiaban con las estrellas. ¿Realmente es tan difícil encontrar un tesoro? Y si es trabajoso, ¿por qué tanta gente los busca? Esos morros que hallaron el tren nazi cargado de oro en un túnel clausurado lo hicieron por casualidad y no tuvieron broncas, solo quitar un poco de tierra, algunas piedras, explorar y ya, ¿pero nosotros? Hemos pasado las de Caín. Es curioso todo lo que se ha sumado a este rollo; para empezar, estamos en 1724, según el nuevo campeón de la Baja Mil, ¿será cierto?, ¿y la señora? Todos vimos cómo se desvanecía y esa onda de solo ojos y boca al final estuvo escalofriante, bien maniaco. ¿Ustedes saben definir el tiempo? Yo no, y no entiendo muy bien, más bien no comprendo nada de que sea una emoción, como dicen los guardianes, pinches viejos y viejas, están bien mecos. Tampoco capto el rollo de Hugo, eso de que la Tierra es más lenta. ¿Las vacas parirán adelantadas o atrasadas? Ya ven que en eso la luna tiene responsabilidad, y si la Tierra va despacio, ¿qué onda con su satélite?, ¿se mueve lento o rápido? Ni idea.

El frío se siente cada vez más crudo. Toco el cristal y está como tarro de cerveza congelado. El Comando sube y baja, de vez en cuando pasa sobre piedras y tiembla un poco. Ya me está gustando este pinche jeep, qué se me hace que me quedo con él y jubilo el otro, aunque sea más nuevo.

Adria, cada vez está más severo el frío, ¿crees que podríamos poner la calefacción? Digo, por las horas que durará el combustible.

La morra lo piensa. Mis compañeros de asiento también.

Me parece que no, solo nos hablaron de llegar al tesoro.

¿Cómo la ves, Checo Pérez?

Soy de la idea de que no nos arriesguemos; además, la calefacción de este modelo es elemental y gasta mucho gas, hay que aguantar.

Con razón nos dieron ropa tan cubridora.

Sí, pero yo tengo frío en los pies.

Guardo dos pares de calcetines de repuesto, si no les apena ponerse tobilleras de chica...

Pásale unas a Hugo.

También traigo, aunque solo un par extra, ¿lo quieres, Capi?

Dáselo a Dante.

Estoy bien, güey, el motor manda un poco de calor a mis pies; úsalos, al menos que prefieras los de mi copiloto.

Sonrío. Me pongo los calcetines del botánico y al momento siento los pies como si estuviera en Altata caminando tranquilamente por la playa. Qué machín.

Bueno, no le aflojes, bato, que tenemos algo que esperar.

¿Qué?

Ya lo dije.

Continuamos. De pronto empieza a nevar. ¿Qué onda, pueden creerlo? Lo que menos piensa uno del desierto es que nieve.

¿Cómo la ves, Hugo? Estamos en plena nevada.

¿Sabes quién me va a creer en Culiacán que nevó en el Gran Desierto de Altar?

Nadie.

Exacto.

Una cosa.

Señala Lluquet con suma seriedad.

Más que desierto con nieve, es el camino único que nos toca recorrer hasta el tesoro.

Lo observo un poco extrañado, ¿cómo lo sabe? No estaban ellos cuando nos lo reveló Hax. Me regresa la mirada.

También a nosotros nos lo dijeron.

Son la moneda que lo compra todo.

Esa historia me la contó mi mamá.

Expresa Dante, que avanza a ciegas, ha puesto los limpiaparabrisas al máximo pero la ventisca es vigorosa. Adria mira el cielo, hago lo mismo, la estrella brilla intensamente sobre nosotros. Jamás había visto algo así.

Sigue de frente, campeón.

Espero que la arena absorba la nieve, al menos mientras pasa la tormenta.

O la pasamos nosotros, que yo sepa nunca nieve en estos arenales y debe de ser solo en una parte.

Lo bueno es que no hay perros.

Cállate la boca, ya estuviéramos todos meados.

¿Por qué dices eso? Los perros son lindos, y también los gatos; tuve uno durante muchos años, incluso era de mi mamá desde antes de casarse.

Es una vieja historia; lo único que te diré es que tuvimos que saltar una barda como de quince metros de alto para salvarnos de unos pitbulls.

No era tanto, dos metros y medio cuando más.

Precisa Murakami sonriendo.

¿Qué hacían allí?

Había unos mangos deliciosos.

Y ciruelas rojas y amarillas.

El jeep se sacude. Aquello se convierte en una tormenta cerrada y perdemos toda visibilidad. Dante aminora un poco la velocidad.

No le bajes.

Ordena la pelo rizado.

Quizá somos los únicos en la ruta y es pura arena, no vas a chocar con nadie.

¿Estás segura?

No del todo. Hugo, si recuerdas el mapa no indicaba irregularidades.

Es verdad. Tengamos fe en que así sea.

Además de fe necesitamos certezas.

Ambos guardan silencio.

¿Puedo prender la luz?

Ni se te ocurra, tanto el Mustang como el globo podrían andar cerca y causarnos problemas.

Métele la pata, compita, hazle caso a la copiloto; solo ponte trucha con las rocas y con los agujeros.

Le digo, y veo cómo se concentra en la cortina blanca que nos cubre. Hay un poco de viento que sacude el jeep pero la vocación de Dante es a toda prueba. Puedo ver entre la nieve que chorrea por el cristal de mi ventanilla, que la estrella sigue alumbrando muy cerca del jeep. Es una auténtica guía. Como toda la arena se ve blanca espero que no vayamos a caer en algún hueco; digo, con todo lo que nos ha pasado no es para menos que lo piense.

Hay un momento en que el Comando se sacude, sentimos como si estuviera perdiendo la ruta, vemos a Dante que hace maniobras de fuerza y aunque batalla un buen consigue mantenerlo en la dirección correcta.

Uta madre, esto es una locura.

Dice el morro, pero lo pongo en línea de volada.

No la hagas de pedo, pinche Dante, no sueltes esa madre, y que se agarren los güeyes de la Baja Mil.

Si salimos de esta, me deberás una cerveza.

Que sean dos.

Mejor una peda.

Se suma Murakami:

En la que quiero estar.

Les digo que sí, pero vuelvo a pedir a Dante que abra bien los ojos y no le afloje.

Se ve que ustedes son buenos amigos.

Comenta Lluquet.

Igual que Adria y tú, somos amigos de siempre, como dijo el señor Munro, nomás que estos cabrones son muy enfadosos y me bajan todas las morras.

Lluquet es más amigo de su mata que mío.

No tanto, amiga; las plantas me gustan mucho, desde niño iba con mi abuela materna y con una

tía encantadora que tenía un jardín que era además huerto; pero tú eres mi gran amiga y compañera; además nuestros abuelos se parecen.

Y sus abuelos se parecen al mío, al menos en el gusto por esa canción de la que hablamos.

Everybody's Talkin, de Midnight Cowboy.

No se pongan pinches nostálgicos porque vamos a valer madre, morros.

En realidad no quiero que me recuerden a mi abuelo Nacho y tampoco que se distraigan. La nieve cae espesa y aunque Dante no ha quitado el pie del acelerador el jeep avanza un poco más lento. Ahora entiendo por qué Frisco le cambió las llantas: funcionaron machín en la arena y ahora están perfectas en la nieve. Veo el reloj y sigue bajando, el velocímetro también. Vamos más o menos a cincuenta cuando damos de frente con algo que nos sacude machín. Órale.

¡Qué onda!

Grito. Adria se inclina hacia el parabrisas pero no dice nada.

Chocamos con algo.

Anuncia el chofer.

No manches, ¿y qué esperas? Da reversa y sácale la vuelta.

Aguarda, la coohaamc se apagó.

Y qué pedo, ¿qué significa?

No tengo idea, tal vez hasta aquí nos guio.

Voy a bajar.

Dante toma la iniciativa.

No te muevas, güey, el que baja soy yo.

Tomo el arma platonense, miro al cielo por si estuviera el dirigible, abro la puerta y entra un frío de los mil demonios. El viento sopla machín. Camino al frente del vehículo y hemos chocado contra un muro. Órale. Es oscuro, quizá es el muro de la visión. Me acerco, le quito la cubierta de hielo y encuentro que está construido con piedras. No mamen: piedras en las que se nota sangre congelada. ¿Qué onda, regresamos al oasis o qué? Muevo una pila de nieve con el pie y descubro una cabeza de vaca. Qué maniaco. El hoyo de mi panza se manifiesta. Llega Adria, toca la pared. Le advierto en voz bajísima:

No hagas eso, mantente a distancia, estas piedras comen gente.

Observa las piedras rojizas pero no retrocede.

Con este frío espero que no tengan hambre. Capi, si la visión es información y se apagó la estrella, hemos llegado al muro. El hielo lo vuelve gris.

Es lo que veo.

Hagamos una columna para ver qué tan alto está.

Órale.

Me subo en la defensa del jeep.

Trépatte en mis hombros, como si fueras porrista, pero no toques la pared.

Lo hace la güey. Pronto no siento su peso. Pinche loca: se alza hasta el extremo de la barda.

¿Qué pasa, ves algo?

Se descuelga hasta el suelo.

Capi, no lo vas a creer.

No alcanzo a ver sus ojos por la capa de nieve que cae sobre nosotros pero sí su sonrisa. Regresa a su lugar en el jeep y tengo que hacer lo mismo, ¿qué onda? Dicen que no hay mujer que no sea misteriosa. Qué maniaco.

QUIVIRA

Los cuatro vemos su sonrisa. Nos tiene completamente intrigados.

Dante tenía razón, se trata de una ciudad amurallada, más bien de un pueblo, se ven algunas luces. Y lo que no van a creer es que ¡la nieve termina en el muro!

¡Qué!

Es un maldito escudo de protección.

Qué maniaco.

Son listos. Hay una puerta a unos cincuenta metros a la izquierda, así que vamos hacia allá.

Si es el portón que vi, podemos entrar con todo y jeep; recuerdo que era ancho.

Exactamente, alcancé a ver una caseta donde seguramente hay guardias.

Amigos, si la estrella mujer nos guio hasta aquí, quiere decir que el tesoro podría estar tras ese muro. Quizá debemos buscar la entrada que aparecía en el ojo negro.

Faltan tres horas y treinta y dos minutos y hemos recorrido mil cuarenta y seis kilómetros.

Señala Dante, que ve su reloj y luego mete reversa. El jeep patina un buen pero consigue moverlo. Recorremos la distancia lentamente porque la capa de nieve está gruesa y resbaladiza. En varias partes es hielo duro que el chofer, con un poco de baile del vehículo, logra sortear exitosamente, aunque en algunos metros avanza de lado, como el querido amigo. En el muro la puerta se nota, lo mismo que unos metros empedrados frente a ella. Se escucha el viento machín. No sé si sea real o mi imaginación, pero escucho las voces del principio: wa wa wa. ¿Qué onda? Seguimos con las luces apagadas. La estudiante de idiomas pone pie a tierra, la sigo con el rifle preparado, toca una ventanita que no percibí en la visión. Se mueve la cubierta de madera que la protege. Durante dos minutos intercambia, nunca nos dijo qué, con alguien de adentro. Luego se vuelve a mí, me hace una seña de subir al jeep y se abre el portón. Órale.

Señores, estamos en Quivira.

Al fin.

Nada como entrar en una ciudad que nadie pensaba que existía.

No me pongo alegre, siento que el hoyo de mi panza crece, experimento un gran temor, ese miedo que me atrapa cuando voy a hacer un examen que no estoy seguro de pasar, algo que siempre sucede. Qué pedo. Me acuerdo del padre Celerino, de Iveth, de la Miny Calderón, de mis padres y sigo sintiendo lo mismo. Chale, los güevos se me hacen chiquitos. Traspasamos la

muralla y sí, hace frío, pero nada de nieve. ¿Qué es esto?, ¿puede controlarse así la naturaleza?, ¿no que muy felona? Que alguien me explique.

Me pidió la guardia que dejáramos el jeep por aquí y continuemos caminando.

Notifica la pelo rizado. Nos estacionamos entre unos mezquites que cubren el vehículo. Hay otros carros cerca pero no veo el Mustang. Ojalá se haya perdido el güey.

¿Y aquí qué onda?

Pregunta Murakami con toda razón, echándome su mirada japonesa.

Aquí es el baile, mi Hugo, te espera una morrita mejor que la de Katzarava.

Sonríe y Lluquet también. Nos bajamos.

¿Alguna orientación de la guardia?

Hay un hotel muy cerca con agua caliente, al lado un restaurante que vende de todo y frente a la plaza principal un templo ecuménico que nunca cierra.

Por los carros tal vez no estamos lejos en el tiempo.

No, Capi, estamos en 1969.

¿En qué momento regresamos de 1724?

No estoy segura, podría haber ocurrido en la tormenta de nieve, ¿qué piensas, Lluquet?

Un día hablaron de tormentas y portales en el campo de entrenamiento, así que es posible.

El retrato de Luis I se esfumó.

Informa el historiador guardándose el papel en su chamarra. Solo él y yo no cargamos nuestras mochilas.

El tiempo es un farsante.

Como haya sido estamos aquí.

Expresa Murakami, que no quiere complicaciones.

Está bien, Dante, observé que miraste tu reloj, así que cada que puedas recuérdanos cuánto nos falta.

Ya vas, Barrabás.

En menos de que lo cuento nos rodea un puñado de hombres con uniformes negros. Son siete y nos apuntan con rifles normales.

Nadie se mueva.

Voz gruesa que entumece, ¿y ahora? Nos observan despacio. ¿Son gente de los guardianes o policías municipales? Mi hoyo crece.

¿Qué los trajo a Quivira?

Altos, gruesos, caras duras, morenos.

Vamos al restaurante que está al lado del hotel, no hemos comido en todo el día.

No juegues, buki, ¿Por qué están aquí?

El último turista salió a la calle y jamás se le volvió a ver. Dicen que se lo tragó la tierra.

Agrega irónicamente un hombre alto que está a la derecha del que habla, que seguro es el jefe.

Un amigo afirma que la mayor parte de lo que la gente dice en su vida es mentira; así que ahí les voy:

La intención es comprar un rancho ganadero.

El jefe se vuelve al hombre de su derecha, luego me observa.

¿Le entiendes a eso?

Mi padre es dueño del Toro Cara, un rancho que produce carne y queso para alimentar una ciudad de doscientos mil habitantes.

Mira qué traen en sus mochilas.

Ordena a su subalterno, sin embargo, intempestivamente gira la cabeza noventa grados a su izquierda, busca una raya luminosa en la oscuridad. El subalterno y los otros hacen lo mismo.

¿Qué fue eso?

La tropa hace gestos de que lo ignora, pero se les nota cierto temor. Nos observan de pies a cabeza.

Una raya en la oscuridad es más letal que una raya en el agua.

Concluye el cabecilla. Luego nos ordena.

Pueden seguir; solo una cosa, mucho cuidado con armar jaleo; cualquier barullo de más y los meto al foso, que es nuestra cárcel. En este pueblo no hay lugar para extraños.

Amenaza. Le digo que no se preocupe, que seguiremos las reglas y nos apresuramos en silencio. ¿Por qué no entran los carros? A los ocho minutos encontramos las primeras viviendas, se ve luz por las ventanas y también jóvenes que entran o salen de sus domicilios parlotando felices. Las calles son de arena, ¿de qué otra cosa, pues? Tres chicas en minifalda y chamarras nos sonrían. Lluquet y Dante las saludan con emoción, pinche par de calenturientos, no escarmientan, pero ellas no les tiran un lazo, continúan alegres su camino.

Morros, ya oyeron a ese güey, vamos a portarnos como la gente decente; una pregunta, Lluquet, Adria, ustedes saben todo sobre nosotros pero nosotros muy poco de ustedes, ¿cómo les dicen por su lugar de origen?

Lusitana, creo que lo dije antes.

Responde rápidamente la pelo rizado.

A mí, manacorí.

Me quedo en la pendeja.

Después te explico, son de regiones muy lejanas y muy bellas.

Dante me palmea. Pinche chofer sabelotodo.

Espero que no estén demasiado lejos.

No en este tiempo, Dante te lo pondrá en claro.

Se deslinda Lluquet. Diez minutos después avistamos el hotel en el que espero, por el poco tiempo que nos queda, no tengamos que hospedarnos, y al lado el restaurante. En su ventanal podemos leer el nombre: *Gran Desierto de Altar*, más abajo ofrece: platillos regionales: víbora asada, machaca de venado, jabalí a las brasas, caldo de víbora, atol de tápiro, bajicopo y cerveza. Órale. Pero yo perdí el apetito, el hoyo que traigo en la panza no se llena con comida. Tengo miedo, y si tengo miedo es que algo está a punto de suceder, algo que me afectará machín. Ha de ser que estamos cerca del final, porque no me había ocurrido nada tan sobrecogedor en el trayecto. Pinche padre Celerino y qué pendejo yo, qué manera de valer madre. Ya parece que veo a mi abuelo preguntando a mi mamá: ¿Y el Capi? Y ella con su llanto contándole lo que le haya dicho mi papá, y el viejo moviendo su cabeza blanca y diciendo: Qué hijo tan pendejo te dio Dios, no tiene remedio. Ese es mi abuelo y sus pinches juicios sumarios. Ojalá ya haya regresado mi

hermana, la Ciudad de México no está cerca para ir y venir manejando todos los días, y menos en mi Volvo. Quiero ese carro, es negro, con rines cromados y escape abierto. Como pueden ver, soy un experto en hacerle al loco; es que el miedo no anda en burro.

Afuera del hotel hay una banca de madera donde está sentado un señor que se limpia el sudor de la cara con un pañuelo. Se cubre con una chamarra de cuero a la que se le notan los años. Enciende un cigarro de hoja. Huele machín pero no es mota. Mientras mis amigos entran al restaurante intercambio una mirada con él. Sus ojos brillan. Si no es guardián del tiempo es guardián de mis güevos. Emite una leve sonrisa. Órale.

Hay varias mesas ocupadas; la gente adulta igual que en todas partes, los jóvenes con el pelo largo, pantalones acampanados y chamarras de gamuza o piel. Aparentemente nadie nos pela. Elegimos la mesa menos iluminada. Estamos sucios y carcomidos. Lluquet y Dante traen la greña un poco larga pero no como los compas que están con sus familias cenando, o tomando cerveza entre amigos. No se me antoja. Se escucha un poco de bullicio, buen ambiente. De su mochila Adria saca un espejito, lápiz labial, toallitas húmedas, maquillaje y se da una manita de gato. Arregla un poco sus rizos, se observa y se aprueba con un gesto. ¿Se hará una selfie? No le gustan y además seguimos sin celulares. Advierte que la observo, sonrío y me hace un gesto que podría significar: qué quieres, me gusta verme bien. Igual que mis pinches hermanas.

La guardia que nos recibió me sugirió que me arreglara un poquinho. Es todo.

Expresa como toda explicación, que la verdad ni nos va ni nos viene. Si quiere verse más linda, es su cuento. Los plebes se relajan. Un mesero nos ofrece lo que hay: víbora asada y machaca de venado. Todos ordenan machaca, pido víbora, cerveza para todos y agua de chía, al diablo el brebaje de un solo trago. Nos traen una cheve que se llama Mexicali, que está muy fuerte. Dante pregunta: ¿Qué busca la gente en el Seguro Social? Y alza su botella. ¡Salud! Respondemos, y nos empezamos a relajar, claro, yo sigo con mi pinche hoyo que no se me quitará hasta que pase lo que tenga que pasar. Estamos tranquilos cuando se acerca un compa que se levanta de una mesa cercana donde departe con dos amigos. Qué onda. Llega sonriente.

Muchachos, disculpen la interrupción, ¿permitirían que su hermana se siente un momento con nosotros? Somos personas decentes.

Claro.

Acepta Adria y se pone de pie.

Hermanos, si no es mucha molestia, que me lleven mi platillo con los chicos.

Adelante.

Respondo, y me río para mis adentros; dicen que las morras maduran más pronto que nosotros y tienen toda la razón, y si conocer a esos güeyes le ayuda a superar la marca que le dejó el batillo que le dio gas, pues machín. Sonreímos entre nosotros con gestos de aprobación. Somos un atajo de pinches mecos sin remedio.

Veo que es presentada, se sienta de tal manera que puede vernos y se comporta de lo más graciosa y agradable. ¿Las lusitanas son así? Sepa la bola. Nos mantenemos en silencio, como que cada quien se mete en su rollo; no me preocupa lo que mediten, lo importante es que nadie se va a rajar, aunque a mí me dan ganitas. Debería pensar en la imagen del ojo negro pero me da güeva. ¿Cuántas entradas oscuras hay en el mundo? Seguro más de un millón. Traen la comida, le

indicamos al mesero que lleve su platillo a nuestra hermana; no me extraña que no lo dudara, estamos tan jodidos por el viaje que a güevo nos parecemos.

Mis amigos comen con voracidad, sobre todo Dante, que fue el que más energía gastó en el trayecto. Lluquet primero abre su pequeño equipaje y da una porción de machaca a su planta, que ha crecido bastante. Es alargada, casi roja y se le notan pequeñas prolongaciones como tentáculos a lo largo de su cuerpo. Aquí nos pusieron cubiertos. Pruebo la víbora y no sabe mal, espero que me abra el apetito. Adria come despacio y algo les está contando a los muchachos que están súper divertidos. Bebo un poco de cerveza, mastico un pedazo de tortilla de harina con un pequeño trozo de víbora, pero sigo en la pendeja. Tomo algo de chía. Al parecer, mis amigos solo ponen atención a sus platos; pero no, en cuanto Dante termina el suyo toma el mío.

Deja de sufrir, güey, yo me encargo.

Se lo permito, qué bueno que él no tiene esta bronca, ¿imaginan un grupo de amigos con un hoyo en la panza? Qué güeva, ¿y una ciudad entera con la panza agujereada? Sería tremendo. Pasan unos minutos, una familia paga y se retira. Luego dos mesas más se vacían. ¿Qué sigue? Dante me enseña su reloj y murmura que nos falta poco tiempo, ¿a dónde hay que ir? Se me ocurre que al templo, en un templo empezó esta aventura, ¿por qué no habría de terminar en otro? Lluquet finaliza su comida y me observa.

Hay que movernos, Capi.

Propone y guarda la flor.

Lo sé.

Pido la cuenta, la traen rápido, saco mi cartera, pongo un par de billetes mexicanos en el platito, el mesero los mira y pregunta:

¿Qué es esto? Aquí no recibimos papel, solo monedas de oro.

Pero es dinero y vale.

Aquí no.

Veo a la lusitana que continúa bien risueña con los morros. Los plebes como si no escucharan. Hugo toma su mochila y Lluquet la de Adria. Cambio el dinero mexicano por dólares.

Tampoco esos sirven, ¿qué te pasa, quieren largarse sin pagar? De aquí no van a poder.

Pues es el único efectivo que traigo.

El tipo es fuerte y me toma del pelo.

¡Vas a pagar, maldito ladrón, aquí nadie come gratis!

Quiero defenderme y el maldito hoyo en la panza me tiene varado. Murakami se para atropelladamente dispuesto a romper hocicos.

¿Cuánto debe?

Se escucha una voz cascada y el tipo me suelta. El japonés se frena. Es el individuo de la banca, el de los ojos brillantes, ¿qué hacía ese señor allí con este frío?, y ahora, ¿por qué quiere pagar nuestro consumo?

Siete kivis.

El hombre liquida con tres monedas doradas y nos mira, vuelve a emitir su leve sonrisa.

Gracias, señor.

Salgamos de inmediato.

Ordena. Me regresa mis billetes, nos ponemos de pie, no sé por qué pero le obedecemos, le voy a preguntar quién es cuando un grito de Adria nos paraliza.

EL HOMBRE DE LA SONRISA

El muchacho simpático está ardiendo, la tiene abrazada y la está quemando, el güey. Su chamarra humea. Vamos a patearlo pero sus compas nos enfrentan. El hombre que pagó la cuenta, que es alto, como de uno noventa, se adelanta, se lanza sobre la chica y la rescata. Para ser tan viejo tiene una agilidad pasmosa. El chico de fuego y sus amigos se vienen sobre mí.

¡Qué pedo, pinches güeyes!

Tiro madrazos pero me derriban. El hoyo se hace chico. La Antorcha me abraza. Trato de quitármelo de encima pero es muy fuerte y estoy sintiendo la chamusquina. Tengo su cabeza junto a la mía. Me llueven patadas. Todo pasa en un santiamén. El Hombre me quita al Antorcha, le da una cachetada que es como un zarpazo y lo manda directo contra una mesa. Dante descuenta a otro y Murakami lanza su grito de guerra y le pateo la cara al tercero. Me paro como de rayo, ya sacaron boleto, pinches mecos, le doy un sillazo al chico de fuego, que se queda inmóvil, luego se convierte en ceniza. No manches. A la primera patada de Lluquet uno de los otros se desparrama como arena apestosa, lo mismo el tercero, que no resiste el ataque del japonés.

Huelen bien gacho. ¿Qué onda, qué significa esto? El olor se extiende por el local.

¡Sígueme!

Ordena el Hombre con su voz cascada. Alcanzo a ver al mesero sorprendido, aún con la charolita de la cuenta en la mano. Los demás clientes están boquiabiertos. Lluquet le quita su chamarra quemada a medias a Adria y le pasa una que saca de su mochila.

Pero es de la planta.

La cubriré con lo que queda de la tuya.

Sonríen amistosamente. Al final a la mía no le pasó gran cosa. Pinche Antorcha de mierda. El japonés y la lusitana toman su equipaje y nos tendemos hacia la puerta, pero antes de que lleguemos es bloqueada por un amasijo de arena y ceniza. Quedamos bien sacados de onda. El larguirucho toma una jarra de agua de chía de una familia y la lanza a la masa gris arenosa que acecha en el cristal. Bien maniaco.

¡Muévanse, bukis, vamos!

Nos incita, abre la puerta, por la que escurre la mezcla maloliente, y salimos tras él rumbo al hotel. Camina rápido, voy detrás suyo sin dejar de ver que mis compas nos sigan. Entramos. No veo ninguna recepción. Continuamos por un pasillo solitario que da vuelta a la izquierda.

Cruzamos un cuarto grande que huele a desodorante ambiental, una docena de jóvenes, hombres y mujeres, vestidos con ropa ligera meditan en diversas posturas, desde acostados hasta loto. ¿Quiénes son? Se ven raros. Salimos de allí a un pasillo más corto. Alcanzo a ver una puerta al final y me dirijo al Garrocha. Eso parece por largo.

Oiga, antes de seguir quiero saber quién es usted, quiénes son esos morros de atrás.

Se vuelve y me interrumpe.

Soy amigo, soy guerrero del tiempo y esos de atrás lo serán, como Adria y Lluquet; este hotel es un campo de entrenamiento; pero no nos detengamos. Deben saber algo antes de salir a la calle, tenemos un reloj implacable.

Órale. Echo una mirada a Lluquet, que me sigue y me hace un gesto afirmativo. Detrás de él Adria ya está calmada. Mis compas al tiro.

Antes de la puerta entramos a una habitación que él abre. Paredes grises. Dos lámparas esquineras iluminan lo suficiente. Hay sillones de piel y botellas de agua de un solo trago. Nos indica que nos sentemos. Mi chamarra tiene quemaduras pero no roturas.

¿Estás bien?

Sí, gracias, Capi.

Fue una imprudencia lo que hiciste, trata de que no vuelva a suceder.

No se preocupen, no volverá a pasar; solo quería oír otras voces, escuchar de otros asuntos, nunca imaginé que los tipos fueran guerreros de Xochtl.

Mi hermana Valeria aconseja hacerle caso a la intuición femenina; dice que pocas veces falla aunque luego todo salga al revés.

Está bien, que quede así; mi nombre es Nop, que significa gato montés, así que pueden llamarme Nop o Gato, y estoy aquí para ayudarles en esta etapa. Sabemos que el mapa está en manos de Xochtl, que es un guerrero cruel y un experto en cualquier tipo de lucha, sobre todo en terreno arenoso, donde goza de una especie de escudo de protección, como si tuviera pacto con el desierto, por eso sus guerreros cuando mueren se convierten en eso: un montón de arena apestosa, como si pagaran un tributo.

Qué curado.

Sí, el mundo es una ecuación que nunca terminaremos de resolver.

Yo, entre más lejos de las ecuaciones, mejor, aquí el que sabe de eso es Murakami.

Lo sé, ahora escuchen. Hemos perdido el rastro de Xochtl, es probable que la presencia de sus guerreros haya sido para retardarnos, no lo sé con certeza; lo más seguro es que tuvieran instrucciones de acabar con el Capi, por eso te cayeron los tres.

No contaban con sus amigos de siempre.

Expresa Lluquet y da una palmada a Dante y otra a Hugo.

Según nos dijeron, él también quiere el tesoro.

Tal vez no todo, pero luchará hasta el final por una pequeña esfera azul.

La esfera del poder.

Una esfera que recupera el vigor perdido o incrementa el que se tiene.

El caso es que estamos en el límite.

Lo que no entiendo es por qué con ese tremendo poderío que tiene, no la ha recuperado.

Tiene el mapa.

Él, además del mapa, necesita algo más.

La intervención de personas comunes y corrientes, según nos dijeron.

Podría ser, sin dejar de considerar que el mapa indica el camino a Quivira, pero no al tesoro.

Órale, ¿y los de Ciudad Platón?

Ni rastros de ellos, al parecer se perdieron en la tormenta de nieve.

Faltan dos horas y tres minutos.

Informa Dante, que tiene más abiertos los ojos que de costumbre, y si está pensando lo mismo que yo, tiene razón, el Gato no tiene claro muchos detalles, por tanto, más vale mantenernos alertas.

Oye, Nop, dijiste que en esta etapa. ¿No es la última?

Podría ser, no estoy seguro.

Lo que les digo, este pinche viejo no está enterado de nada.

Aquí la onda es que no sabemos qué sigue, cuál es el siguiente paso; nos han quitado dos mapas, y aunque estamos en un punto donde podría estar el tesoro, no tengo idea en dónde podríamos buscar.

Tal vez estés equivocado, Capi Garay.

Dice el viejo y los cinco nos ponemos atentos. Vuelve a soltar la sonrisa que le vi en el hotel y su mirada brillante. Mi hoyo, que se había empequeñecido, vuelve a crecer, y le pregunto buscando calmarme un poco:

Antes de lo que sea, aclárame una duda; tengo la idea de que te he visto, pero no sé dónde.

Pero cómo, siempre hemos estado juntos.

Se asombra Murakami fijando su interés en él y luego en mí.

¿Será que has logrado volverte más loco de lo que estás?

Nada de eso.

Aclara Nop.

Me has visto dos veces, ambas convertido en gato montés: una cuando los llevaban los platonenses y otra antes de entrar al recinto de los guardianes.

Estabas en el tronco.

Así es.

¿Te conviertes en gato?

Siempre que sea necesario.

Conseguiste escapar de los disparos de aquellos mecos.

Por muy poco, ¿tienes el libro que te dio el padre Celerino?

En el estacionamiento alcancé a ver la raya luminosa, ¿eras tú?

El libro, Capi.

Me toco la chamarra y ahí está el bulto. Ahora todos se clavan en mí.

Pensé que sin el mapa lo habías tirado.

La verdad no lo recordé ni lo sentí durante el trayecto, pero lo conservo intacto.

Lo saco, está caliente y algo descuadrado.

Pásamelo.

Nop estira la mano, sus uñas son gruesas, dudo un poco pero se lo doy, ¿qué importancia podría tener el libro sin el mapa en este momento?

Se hizo chueco.

A veces la simetría puede ser un inconveniente.

Expresa el viejo y lo abre. En el interior es otro libro, brilla machín, no tiene letras y en el lugar donde venía el mapa hay otro que se nota claramente, más bien es un plano con un nombre: Quivira. No manchen. No sé en qué momento nos ponemos de pie y rodeamos al Gato, que observa detenidamente. Los ojos de mis compas centellean. El viejo levanta la cabeza.

Como pueden notar estamos cerca.

Expresa, y el hoyo que me horada la panza se hace más grande, ¿cuánto mide un hoyo negro? Ah, pues más o menos lo mismo.

Entonces sobres.

Exclamo mirando a mis amigos y al viejo.

Y como dice mi abuelo Nacho, no vine a ver si puedo sino porque puedo vengo, culebras.

Nop cierra el libro y se pone de pie.

Entonces el mapa, que estoy seguro de que es un GPS, nomás funciona para llegar aquí.

Exactamente, Hugo. Bueno, tomen un trago de esas botellas, no las desprecien, no saben a nada pero son un poderoso energético.

¿Contienen quíver?

Entre otras cosas.

¿Por qué un solo trago?

El viejo sonrío. Tiene los dientes completos, son blancos y diría que filosos.

Para que ustedes se hagan más feos y Adria más bonita.

Todo lo que digas puede ser utilizado a tu favor, ¿qué onda con eso?

Nop me mira profundamente.

Esa era la respuesta a la segunda pregunta: ¿quién nos ayudará? Solo que Petros no entendió, Yorgos perdió el control y Euclides se aprovechó. Después todo volvió a la normalidad pero ya no nos servían.

De cualquier manera no entiendo.

Yo sí, es un conjunto vacío, aquel que no tiene elementos y su principal propiedad es estar siempre en todos los conjuntos.

Más claro ni el agua, pinche Hugo.

Parece absurdo pero no lo es, aquí tienes a nuestros nuevos amigos que estuvieron a tiempo.

Tenemos que seguir, beban su trago; Adria y Hugo, ¿qué tanto pesan sus maletas?

Ambos respondan que no mucho.

Echen una botella de agua cada uno en sus mochilas, podríamos necesitarlas.

Órale. Quedamos pensativos. Bebemos lo indicado, ignoro el pinche hoyo negro y nos declaramos listos.

¿Todo lo que diga podrá ser utilizado a mi favor? Eso nunca ha pasado, aunque la lusitana y el manacorí son reales y bien macanas los dos.

LA CUARTA PREGUNTA

Después de un momento de no pensar en nada me recupero.

Nop, sería bueno que viéramos el plano con más detenimiento, digo, para saber qué onda.

Mejor no, Capi, al menos no por ahora, hay un par de cosas que los harían dudar y en este momento no quiero que les pase, y controla esa sensación que te está afectando.

Lo miro a los ojos refulgentes.

En eso estoy; oye, si sabes qué onda, comprenderás que estamos hartos de andar a ciegas, de perdida dinos a dónde iremos.

Eso lo puedo hacer, un templo nos espera.

La guardia me contó de un templo ecuménico.

¿Le preguntaste algo?

Nada.

Puede ser otra trampa de Xochtl, afortunadamente no es ese.

Me sugirió, muy cariñosamente, una manita de gato. Ahora entiendo: era la clave.

Esa experiencia es parte del pasado y ya está en tu memoria: déjala allí.

¿Por qué no circulan carros por las calles?

Interrumpo para que Adria no se clave en su onda.

Pronto lo sabrán.

No confío en Nop; sin embargo lo seguimos. Después de la puerta todo es oscuro. Ahora sí caminamos como los siete magníficos, el Gato en medio. Las calles de arena están vacías, seguramente por el frío a nadie se le ocurre andar por ahí tirando barra; esto no es Culiacán donde la raza la rola toda la noche con frío, lluvia o lo que sea, como si la casa nos diera salpullido. En la primera esquina doblamos a la derecha y Nop nos detiene. Piensa unos segundos y susurra.

Caminen lo más suave que puedan hasta que lleguemos al mezquite que crece a la izquierda, sepárense un poco y vayan delante de mí.

Amigos, como si estuviéramos danzando El Cascanueces en una bañera.

Seguramente Adria recuerda algo de su niñez.

Vemos la mancha oscura a unos treinta metros. Obedecemos. Unos diez adelante siento como si la arena bailara. Qué onda. Adria nos hace señas de que apresuremos el paso. Todos le seguimos el rollo menos Dante, que es quizá el que pesa unos kilos más que todos. No acata la indicación

porque se está hundiendo el cabrón. ¡Qué pedo, son arenas movedizas!

¡Capi, me hundo!

Grita el morro. Me voy a lanzar a auxiliarlo pero Lluquet me detiene.

¡Espera!

Toda la calle es arena movediza, y nos llega la orden del Gato.

¡Corran hasta el árbol!

Está cabrón, voy hacia Dante, si el bato se hunde me voy con él. Y así es, lo tomo de una muñeca, y en menos que lo cuento ya estamos los dos hasta el cuello. Es algo viscoso, te puedes mover pero sin apoyo nos sumergimos de volada. Terrorífico.

¡Qué pedo, Capi!

¡No te muevas, cabrón, o salimos de esta o nos lleva la chingada a los dos!

Digo esto y un enorme gato montés de un salto nos jala de los brazos y nos pone a unos metros del mezquite, pero el baile del suelo sigue.

¡Qué onda, qué hacemos!

¡Hay que nadar, güey!

Grito a mi amigo, lo suelto de la muñeca y lo empujo hacia la orilla.

¡Vamos, güey!

Empezamos a movernos en aquella masa palpitante de la que salen burbujas. No paramos de bracear y patalear. Es agotador pero nos sostenemos y avanzamos un metro quizá. Lluquet y Hugo sujetan a Adria de las manos para que nos lance sus pies. Justo a tiempo porque la arena nos llega a los ojos y ya no podemos más. Nos prendemos de sus botas. Los otros jalan hasta que conseguimos salir. Mierda, qué maniaco. Caemos desfallecidos y sucios bajo el árbol. Rápidamente Lluquet nos da un trago de la bebida mágica. En cuanto nos reponemos un poquito se apersona Nop, no manches, está sudoroso, amarillo, agotado por el esfuerzo. Se acuesta a nuestro lado. Veo que la manga de mi chamarra de la que me agarró tiene rasgaduras en la parte quemada. Órale. Igual la de Dante. Lluquet también le da agua de un solo trago y dos minutos después se sienta, con su pañuelo se seca el sudor de la cara, enciende su grotesco cigarro, se da tres toques bien macizo, sonríe y lo apaga, ¿qué fumará? Prefiero no saber. Está repuesto, al igual que nosotros. En ese momento los otros beben un pequeño sorbo también.

Vaya que pesan.

Comenta el Gato, con su eterna sonrisa. Le doy una palmada y lo miro a la cara, que ya recuperó su color.

Gracias, y ya entendí por qué no entran carros.

Me hace un gesto de que está bien y se pone de pie como si nada. Otra vez caminamos como los siete magníficos pero más juntos.

Gato, dijiste un par de cosas, ¿esta fue la primera?

Podría ser, aunque no estoy seguro; la adversidad tiene muchas caras y la mayoría son desconocidas.

Y pueden ser utilizadas a nuestro favor.

Comenta Hugo y pienso: valiendo madre, si alcanzamos a salir librados de este aquelarre será un milagro, eso puede ser una señal a nuestro favor, no olviden que el tesoro es para terminar el

templo del padre Celerino, que ahorita debe de estar ardiendo desesperadamente en el infierno por tramposo, y no solo por esto, sino por el consejo tan meco que me dio para recuperar a Iveth, y yo muy obediente ahí voy dos noches después con la Miny Calderón a rolarla un buen. Maldita vida, no tiene lado. Siento el hoyo, el desgraciado crece y se achica como el acordeón de Jorge Hernández, ha de querer que le tome cariño el güey.

Dos calles adelante entramos a una imponente construcción. No tiene puerta, solo tres escalones y una entrada oscura. Órale, los patos disparando de nuevo. Nop sigue de nuestro guía y nuevamente susurra.

Caminen con cuidado, sin ruido. Hay murciélagos y es mejor no despertarlos, son de una especie que es mejor no conocer.

Órale, quién quita y hasta Drácula esté en nuestra contra; pues claro, él le teme a la cruz y el tesoro es para una iglesia a la que le falta todo. Este templo es una edificación que es más grande de lo que parece, el techo es alto. Algo ilumina la oscuridad y pronto notamos que las paredes están construidas con grandes bloques de basalto. La luz surge de pequeñas piedras azules y amarillas que sobresalen de algunas juntas.

Si alguien quiere comentar algo que sea en voz baja.

Autoriza Nop.

¿Qué clase de templo es este?

El que me responde con un susurro es Dante, que está repuesto del susto y fascinado por su pasión por la historia.

Es un templo monolítico, como las pirámides de Egipto y de América. Estos bloques pesan toneladas y estamos en el desierto, ¿quiénes, cuándo y de dónde los trajeron? No hay certezas al respecto, tampoco por la forma de los bloques y la manera en que fueron colocados, ¿qué arquitecto concibió la forma, qué ingeniero hizo los cálculos e ideó la manera de cortar y ensamblar las piedras? Es un misterio; hay quienes piensan que fueron extraterrestres, pero nada más es otra de las teorías.

Noto que Nop aprueba las palabras de mi compa y no hace comentarios. Quedamos en silencio. Órale. Tiene altar pero no se nota ninguna figura. Por el costado interior entramos a una habitación pequeña que está un poco más clara. Si es sacristía en nada se parece a la del padre Celerino. El Gato se detiene en el centro, hace una serie de movimientos con sus manos y el ambiente se ilumina, se oscurece, aparecen truenos y relámpagos, ruido de lluvia pero no sentimos las gotas. Todo se escucha a bajo volumen. Después más frío. Esto ocurre infinidad de veces hasta que quedamos como al principio, en ese cuarto de luz suave.

¿Qué hizo?

Pregunto a Lluquet con una seña. Responde con un murmullo.

Hizo un recorrido para checar que el tiempo fuera el correcto, que estuviera a nuestro favor para que tus emociones no sean equivocadas y puedas llegar a tu objetivo.

El tesoro. Qué macana.

Escuchamos las instrucciones de Nop.

Aquí tenemos que bajar, todos deben estar muy atentos porque todo será imprevisible, deben cuidarse a sí mismos y también a los otros. Bajaremos hasta topar con una señal que el Capi

identificará, solo él está capacitado para hacerlo pero no puede estar solo, así que no nos separaremos de nuestro joven capitán. Adria y Lluquet, ustedes tendrán que escoltarlo y no se descuiden un segundo. Los demás alertas, junto a ellos.

Órale.

¿Puedo saber qué señal es esa?

El Gato vuelve a sonreír. No sabe hacer otra cosa, tal vez es parte de su lenguaje.

Justamente esa es la cuarta pregunta de que te habló el padre Celerino y después la gran sacerdotisa Hax, y la cuarta respuesta.

Órale, gracias por ponérmela fácil.

EL POZO SIN FONDO

Me quedo petrificado y mis compas también. Con razón nadie sabía a qué se refería el asunto. Pero eso no resuelve nada, igual no está claro de qué se trata, nomás que es una señal, ¿qué clase de señal? Más me vale descubrirla a tiempo. Y el pinche acordeón en la panza sigue, debe de estar tocando una polka el güey.

La cuarta pregunta. La primera la recuerdo, la segunda no la entiendo, ¿y la tercera?

No existe.

Ah, ¿en serio?

Es parte de los obstáculos contra los usurpadores, como Xochtl y sus ayudantes.

Eso no lo sabía el padre Celerino que el año pasado logró entrar al portal con ayuda de Hax pero no supo continuar. El hombre ambicioso que lo acompañaba le causó bastantes problemas. Se llamaba Melchor Canobio, su hijo Wailer fue el que lo asesinó, yo estaba allí. Él llegó con un amigo, discutieron y le disparó.

Lo sabemos.

¿Cómo es que saben todo? Incluso Adria y Lluquet conocen nuestras vidas.

Somos guerreros del tiempo y estamos enterados del devenir del mundo y de la existencia de las personas que pudieran interactuar con nosotros, que es su caso. En época próxima, gobiernos y empresas particulares tendrán información de la vida privada de todo mundo, pero no seremos nosotros los que la facilitemos.

Es lo que estudio ahora.

Murmura el japonés.

Las compañías que controlan el flujo de información en las redes sociales podrán vender los perfiles de todos.

Órale.

Capi, suelta tu mente, afiánzate a ti mismo.

¿Pero, cómo?

Simplemente sé lo que eres, ya verás cómo jamás serás el que deja caer la estafeta en una carrera de relevos.

Sonríó. Me pasó en la primaria, en una competencia que debíamos ganar y debido a ese error fuimos terceros. Nunca olvidé los reproches de mis compañeros.

Bien, traten de seguir mis instrucciones al pie de la letra. Pueden dejar sus mochilas si lo desean; quizá necesiten gran movilidad.

Disculpe, maestro Nop, pero presiento que debo llevarla.

Anuncia Lluquet muy serio mientras los otros dos colocan las suyas en una esquina.

Solo ten cuidado.

Luego checa que estemos listos, pisa un punto que para nada se nota y se abre una pequeña puerta en el piso de piedra que deja ver una escalera.

Tú primero, Lluquet, luego el Capi, Adria, Hugo y Dante. Yo me voy a estar moviendo.

El joven guerrero obedece sin chistar y se adelanta con su mochila a la espalda. Lo sigo. Los escalones son de la misma piedra y la iluminación proviene de los mismos pequeños pedruscos del templo. Cuando entramos todos pregunto con un susurro.

¿Qué se supone que es aquí, Gato?

Es un pozo sin fondo, y no preguntes por qué.

Órale, para eso me gustaba, un maldito pozo donde, si cae alguien, no habrá manera de rescate; así que todos nos concentramos en los escalones que pronto se convierten en piedras y luego desaparecen para que bajemos apoyados en las salientes mojadas de una pared circular, tal y como lo ordenó Nop, uno junto a otro. Es un lugar oscuro, descendemos despacio, iluminados brevemente por esa luz extraña que sale de las rendijas y que ahora es más mortecina.

Rescataste a tu padre, Capi, superaste misteriosos obstáculos, algunos muy peligrosos; concéntrate en ti mismo, piensa que lo más importante para ti eres tú mismo.

Musita Nop en mi oído, y la neta que no encuentro el camino para pensar en mí, cada que lo intento topo con un muro de adversidades; me concentro de nuevo y lo mismo; ¿acaso nací para estar siempre bacabajeado? Chale.

Continuamos descendiendo despacio. Unos veinte metros abajo el aire se enrarece, es húmedo, huele ácido, oscurece al cien y las paredes se vuelven exageradamente resbalosas. Solo veo una lucecita como luciérnaga. Aunque el hoyo de mi panza es grande, me dejo llevar, entiendo que voy a topar con algo que los otros no verán, así que me concentro lo más que puedo, suelto el cuerpo como dice una tía, pongo la mente en blanco, algo que no me cuesta demasiado esfuerzo. Nop emite un sssh y hace una seña para que permanezcamos quietos, ¿y ahora? Y ahí estamos, pegados como lapas a una pared musgosa. Pasan un par de minutos y nos acostumbramos a la oscuridad; más bien hay una fuente de luz en alguna parte que se hace notar.

Capi, te seguimos.

Cuchichea el Gato y todos me miran. Respondo a un impulso y sigo bajando. Con cuidado, algunas piedras no están bien empotradas, en cuanto las tocamos se desprenden. Lo hago despacio, mis amigos me siguen sin chistar. Lluquet palpa las piedras antes que yo buscando las que están firmes. De pronto el espacio del pozo, que debe de medir unos cinco metros de diámetro, se ilumina y puedo ver que flotan infinidad de pequeños mosaicos que tienen números grabados. Bien macana. Son miles, quisiera preguntar algo a Nop, o a Lluquet y Adria, que también saben mucho de estos enigmas, pero me callo y me concentro en verlos. Los observo flotar, moverse lentamente, hay un momento en que me veo entre ellos girando sobre mi propio eje como los astronautas; me pasan al lado. No intento tomar ninguno. Navego sosegadamente entre ellos, puedo ver lo hermoso

que es el pozo, sus paredes rugosas; es cierto: no tiene fondo pero eso carece de importancia ahora. ¿Por qué estoy aquí? Estamos buscando un tesoro, un tesoro para terminar el templo del padre Celerino. Era un cura buena onda, y no un cretino como pensaba antes. ¿Y mis amigos? No los distingo. Pues sí, estar consigo mismo es estar solo. Aunque yo debería seguir con ellos, ¿no? Después de esta experiencia que tanto nos acercó, somos amigos para siempre. Lo de Iveth está bien, quizá no era el mejor partido para ella.

Veo pasar el ocho, al nueve que se invierte y es seis, al tres que vibra un poco más que los otros. El uno y el cero van juntos. Son compas. En Mate ambos son una amenaza. El uno aparentemente no altera nada, pero el cero te da en la torre, es bien personalista. Nueve por uno, nueve. No hay bronca; pero nueve por cero es cero. ¿Por qué? Con ese tirano todos pierden. El siete pasa entre el dos y el cinco. El ocho tranquilo, como si se mirara en un espejo. Están todos. Y yo floto con ellos bien machín, como si fuera un número más, sin hoyo en la panza ni nada. Sin más compromiso que flotar y flotar, plácidamente. Un fuerte alarido pone fin a la experiencia y estoy de nuevo con mis compas pegado a la pared. Mis manos están negras y seguro las de ellos también. Hemos bajado otro poco pero el pozo no se achica ni se agranda. Las paredes están calientes y resbalosas. No me importa si nos acercamos al centro de la Tierra. Como podemos continuamos. Me siento transportado, pero no tengo idea de a dónde; quizá a un lugar apacible. A la vez estoy consciente, percibo la ansiedad de mis compañeros pero no me afecta; incluso uno de ellos está a punto de caer pero el Gato lo sostiene. Se mueve atento, unas veces está abajo y otras arriba. Ese viejo es más fuerte que nosotros. Y más cabrón.

Sigo concentrado en nada. La verdad es que ya me gustó estar así, es bien curado. Recuerdo una canción: *Una mosca parada en la pared, en la pared, en la pared*. Pediré a Dante que la estudie también como la de los patitos. Aunque las piedras están cada vez más calientes, me siento al tiro, el hoyo se cerró, dejo de ver a mis amigos, ¿por qué no los veo? Porque tengo los ojos cerrados. Pero los siento al lado, su presencia es fundamental para mí. También escucho el sonido de las piedras que se desprenden. Uno tiene los amigos que se merece y los míos son bien cabrones pero son, no andan con hipocresías u ocultando sus vilezas. Son batos naturales, igual que Adria y Lluquet que ya demostraron ser bien compas. Amigos de siempre.

Se oyen clamores que podrían ser de ratas, advierto el vuelo del gato montés que se arroja sobre algo que chillaba y lo precipita al vacío. Órale. También un rápido aleteo que desciende; bueno, el pozo no está tan vacío que digamos porque está lleno de números, preguntaré a Murakami qué le parecieron, él que estudia una carrera en que Mate es la base mayor. Es un maldito cerebro con patas.

Pero estamos buscando un tesoro y hay una clave que solo yo descubriré. Qué güeva, ¿no podrían verla también ellos, si hemos venido juntos hasta acá, de tan lejos, y luego Adria y Lluquet que nos rescataron de aquella mazmorra infecta? Entiendo, es individual, cada quien tiene su tiempo y ahora estoy en los dominios del mío. ¿Por qué dicen que el tiempo es oro? Voy pensando esto y otros rollos cuando veo algo en la pared, ¿una mosca? No, es una piedra que está algo salida, una piedra menos oscura que brilla un poco con la iluminación azul de las paredes. Es un pedrusco común y corriente, lo único que tiene de particular no es su forma o color, es un número, pero no un solo dígito sino cuatro: 1724. Órale. ¿Estás seguro, Capi? Me interrogo. Sí,

١٧٢٤. Qué maniaco. ¿Es la contestación a la cuarta pregunta? Si es así tuvimos la respuesta desde el principio; y claro, la pregunta era de lo más pendeja: ¿dónde está el tesoro? Que si mal no recuerdo nos la hicimos varias veces. Respuesta: buscar en la piedra marcada con el número 1724. Abro los ojos y seguimos pegados a la pared, las miradas ansiosas de mis amigos me perforan y rasco con mi mano la superficie que tengo frente a mí. No hay ninguna piedra menos oscura ni un número 1724 a la vista; pero aquí lo vi, estoy seguro. La roca que me dio la señal se mueve con dificultad. Meto los dedos, la aflojo y la empujo hacia afuera, después de un par de minutos en esta operación consigo que salga suficiente para jalarla con una mano porque con la otra me sostengo de una piedra grande. Al fin se desprende y cae. ¿Qué onda? En este punto Lluquet y Adria me ayudan arrancando otras que están al lado y pronto tenemos un agujero ante nosotros que nos permite vislumbrar en la oscuridad algo que podrían ser tres bolsas de cuero. Órale. Voy a meter una mano pero me quedo quieto. Aparece mi hoyo. Temo que pudiera haber un animal o algo. Mis amigos están expectantes. Adria me hace una seña de que adelante. Meto la mano no sin temor, despacio, y saco una bolsa. Tengo la impresión de que es del mismo material en que estaba trazado el primer mapa. Un cuero duro. Qué rollo. Las delgadas correas que aseguran la tapa están podridas y se rompen; no así una muy gruesa que sirve para colgarse. La boca de la bolsa está pegada seguramente por los años, la abro con ayuda de Lluquet y adentro hay pedrería. Órale. Saco un puñado y nos impacta su resplandor. Son alargadas y redondas. Una esfera es azul. Sonríe como un pendejo. Las pongo en su lugar, cierro la bolsa y me la cuelgo con la gruesa correa que apenas se dañó un poco. Luego tomo las otras dos y las paso; descubro otro par atrás del primero y lo pongo en manos de Adria que se cuelga una y cede la otra a Lluquet. Han de pesar alrededor de medio kilo. El Gato nos indica que debemos subir rápido. Iniciamos el ascenso con Nop a la vanguardia. Insiste con sus señas de que nos apresuremos pero me parece imposible, estoy entelerido y las paredes están más húmedas, calientes y resbalosas que en la bajada. Mierda, a cada paso se desprenden más piedras. Nos esforzamos machín. Veo al final la luz tenue de la entrada que ahora se nota intensa. El Gato salta de un lado a otro pero no vemos qué se escabecha, lo que escuchamos son sonidos de cuerpos que se desploman entre chillidos y que se pierden en la oscuridad de ese tremendo agujero. ¿A los gatos monteses les gusta bañarse? Ni idea.

Estamos a pocos metros de la escalera cuando se escucha un revoloteo infernal. No manches, Drácula y su muchachos se hacen presentes. Ahora el Gato habla fuerte.

¡Muevan esos pies!

Y se coloca detrás de mí para defenderme de los murciélagos, me vuelvo a la parte del pozo que hemos dejado atrás y está llena, miles volando hacia nosotros.

¡Ya oyeron, cabrones, chin chin el que se quede!

Les grito lo más fuerte que puedo. Creo que por el susto nos salen fuerzas y apresuramos los movimientos, pero los murciélagos están encima, sus bocas abiertas escurren sangre y saliva. Doy manotazos a diestra y siniestra, el Gato lanza zarpazos mortales. Debimos traer las armas de los platonenses; aunque quién sabe si nos las hubieran dejado pasar. En un momento todos estamos lanzando cachetadas. Murakami, patadas. Nop emite un tremendo maullido que paraliza a las aves por un instante, momento que aprovechamos para avanzar. Dante es el primero en salir, luego

Hugo. Es justamente cuando veo que la mancha negra se multiplica por cien, cuando debería multiplicarse por cero.

¡Salgamos como sea!

Grita Lluquet, que sabe lo que esa mancha de murciélagos podría provocarnos. Adria me empuja hacia la escalera porque aún estoy un poco turulato; pues sí, tanta pinche concentración. Sin embargo, la mancha negra ha cerrado la salida. Valiendo madre, solo falta que también sean guerreros de Xochtl. Me parece que quizá un diez por ciento del heroísmo está en el cerebro; de lo que no tengo duda es de que el noventa por ciento restante está en los güevos. Y para no dejar fuera a Adria, que es un ejemplo de cabronura, en los ovarios.

Lluquet abre su mochila y emerge su planta, que se ve oscura. Pero los murciélagos huelen la sangre de la flor carnívora. Como rayo, el morro se aparta un poco de nosotros y la mancha lo sigue. Rápidamente cierra la mochila. El Gato montés se pone a su lado y empieza a maullar muy fuerte y a repartir zarpazos letales. Siento escalofrío. Como podemos, la pelo rizado y yo alcanzamos la escalera y salimos. Luego sube el manacorí y detrás de él, como pedo de gorila, llega Nop con siete bichos prendidos de su cuerpo. Dante y Hugo los desprenden a patadas y los ahuyentan hacia la puerta del templo, a la vez que Lluquet patea el piso en un punto que él sabe y la entrada se cierra velozmente. Órale. Silencio. Nos encontramos tirados en el piso y respiramos agitadamente.

Nos miramos, estamos sucios, sudorosos, manchados y sedientos, pero tenemos el tesoro. Cada quien porta una bolsa. Adria saca de su mochila una botella y bebemos un trago del agua insípida intentando relajarnos, sonreímos. También Nop, que una vez más es humano. Nos ponemos de pie, nos abrazamos alrededor del Gato, que tiene varias heridas que sangran ligeramente. Nos relajamos.

Lluquet, ve cómo está tu planta.

Ordena el viejo. El morro obedece y vemos salir dos murciélagos sin mucha energía.

No fotis.

Con sumo cuidado revisa la planta, que no se asoma como siempre.

No m'emprenyis.

Le da un poco de machaca que engulle sin apetito. Debe de estar herida. Es cuando Dante informa con cierta angustia:

¡Quedan treinta y tres minutos!

¡Vámonos de aquí!

Ordeno, y salimos como pedo de gorila.

Afuera, la noche está más cerrada que nunca.

UN INMENSO PORTAL DEL TIEMPO

Abandonamos el templo tendidos.

Sígueme, con cuidado, hay una ruta por la que podremos evitar las arenas movedizas y llegar a tiempo. No me reclamen, porque este camino solo funciona en este sentido.

Aclara el Gato y le ponemos cola. Pues sí, después del broncón que casi nos cuesta la vida no podemos ponernos charrascalosos. Vamos al trote, en fila india detrás del hombre que para su edad es ágil y fuerte. Ya le contaré a mi abuelo Nacho cuando se ponga picudo. Claro, es un maldito gato montés. Por lo que contaron Lluquet y Adria se ve que los entrenan bien duro a los guerreros y en diversas condiciones climáticas y territorios. Simplemente para que nuestro tiempo esté en orden, sin cosas raras, aunque todavía no entiendo ese rollo de la emoción. Cruzamos un pueblo a oscuras por una ruta nueva, muy pocas ventanas emanan luz. Cada quien lleva su bolsa con cierto orgullo pero no dejamos de avanzar con los ojos bien abiertos; nos ha pasado de todo y lo que menos queremos ahora es tener contratiempos. Pinche padre Celerino, que todo salga bien en lo que nos falta y tu querida colonia Seis de Enero tendrá su templo terminado, luego puedes arder tranquilo, repitiendo los versos de los enamorados rechazados que me dijiste. Más meco no puedes ser.

Al fin llegamos al jeep, Dante le brinca, lo enciende y exclama.

¡Muévanse, faltan once minutos!

Nos trepamos igual que como hicimos el viaje.

Nop, qué onda contigo.

Me voy encima, Dante, debemos regresar al templo, que es un enorme portal del tiempo que los va a sacar de aquí. Serás el primer humano a quien guíe un gato.

Suena macana, Nop.

¿No saldremos por donde entramos?

Claro que no; allí quizá los espera alguien a quien no quieren ver; además, su única salida es el templo.

Nos mira con su clásica sonrisa y salta sobre la capota color arena del Comando convertido en fiera. Órale, qué maniaco. Dante arranca. Se dirige al pueblo a toda velocidad, los guardias nos hacen el alto, disparan pero no nos siguen. Confían en las calles que se tragan turistas. Al entrar gira a la izquierda, luego a la derecha y continúa de frente. Nomás vemos la garra de Nop que le

indica el camino. Espero que no tropecemos de nuevo con las arenas movedizas. Nosotros seguimos la operación en silencio pero bien prendidos. En algún momento da vuelta a la derecha por una calle estrecha, el jeep se hunde un poco, el chofer acelera hasta el fondo, patina, nos movemos lentamente hasta que salimos del bache movedizo, otro giro a la izquierda y estamos frente al edificio de la entrada oscura: el templo. Solo que el atrio no está vacío. En los escalones, un puñado de jóvenes simpáticos, como los que conoció Adria, bloquea la entrada. Órale.

¡Qué hago!

Pregunta el chofer, bajando la velocidad.

¡Faltan tres minutos!

¡Miau!

Responde Nop, que se lanza sobre algunos enemigos a los que atraviesa. Son de arena. Varios vienen sobre el vehículo. Caminan como zombis.

¡Acelera!

Lo anima la copiloto, que se apea y empieza a repartir patadas. Como que está resentida por lo que le hicieron en el restaurante. Murakami se mueve para bajarse pero Lluquet lo detiene.

¡Vamos, Dante, estamos frente a un gran portal del tiempo, acércate a la entrada!

Grita, y de nuevo el campeón de la Baja Mil le mete la pata entre varios arenosos a los que atropella y desintegra. Una lluvia de balas llega del cielo. Claro, los malditos platonenses no podían regresar tranquilamente a sus casas a continuar atrapando incautos. Pinche Euclides. Sacamos nuestras armas y me bajo disparando hacia arriba mientras Nop y Adria deshacen cuerpos de arena; pero se multiplican, como que hay una fuerza que por cada uno que eliminan aparecen dos. Hugo y Lluquet descienden del jeep por el otro lado y usan las armas también, uno le dispara al globo y otro a los hombres de arena. Entonces, de algún lugar oscuro surgen las luchatrices con sus patadas voladoras, cabezazos y llaves con las que consiguen destripar a decenas de hombres de arena, que poco a poco disminuyen. Las veo incansables. Karla rescata a Adria que es acosada por cuatro antorchas y me tira un beso.

¡Faltan quince segundos!

Grita el chofer.

¡Adria, Hugo, Lluquet, suban al jeep!

Les grito, la morra descuenta a un zombi en llamas; no sé cómo no le toca una bala y se trepa al jeep en movimiento. Los otros hacen lo mismo, le lanzo el fusil a un guerrero ardiendo y los sigo.

¡Faltan cuatro segundos!

Exclama Dante en la puerta del edificio oscuro donde apenas cabe el Comando, que tiene el motor revolucionado y avanza botando sobre los escalones. Yo creo que se adelgaza como en las pelis de Harry Potter, ¿se acuerdan?

Justo en ese instante escuchamos el ruido ensordecedor del Mach 1. Chale, ese maldito alcanzó a llegar.

¡Acelera, cabrón!

Pido al campeón y entramos como pedo de gorila al templo monolítico. Justo a tiempo porque sentimos cómo una fuerza extraña nos succiona, el jeep gira un par de veces sobre sí mismo y nosotros chillamos y nos agarramos de donde podemos porque estamos flotando. Órale. Este

modelo no trae cinturones de seguridad. Trato de gritar que no suelten las bolsas del tesoro pero la voz no me sale. A velocidad insospechada veo pasar breves puntos de luz y sombra sobre nosotros. Qué maniaco. ¿Hacia dónde vamos? Ni idea, espero que no sea a la era cuaternaria. Lástima que no nos despedimos del Gato y de las chicas. Ojalá Xochtl no se ponga muy pesado.

Como me siento tremendamente atarantado aferro la bolsa y cierro los ojos hasta que quedamos quietos. ¿Qué pedo, qué pasó? Siento el hoyo chiquito.

Cuando los abro me llevo la sorpresa de mi vida.

UN COMBATE MORTAL

¿Cuánto dura una grata sorpresa? Porque la nuestra duró muy poco, aunque sin duda la recordaré el resto de mi perra vida.

Estamos en la calle, frente al hotel DulGer o Relox, ¿se acuerdan? Y el jeep es el mismo en el que llegamos a Sonoyta, un Cherokee 2014 con cristales impecables. Qué maniaco. Es de noche, hay un par de palmeras con los tallos rodeados de luces navideñas. Creo que regresamos a nuestro tiempo. Mis compañeros vuelven en sí. Nos sentimos sacudidos por el cambio. Adria y Lluquet están con nosotros y no ha variado su aspecto, efectivamente tienen la edad que aparentan, más o menos la nuestra: casi diecinueve. La bolsa está conmigo. La abro y sí, está llena de piedras de colores que resplandecen, entre ellas la hermosa esfera azul. Nos miramos y sonreímos felices. Chale, por momentos creí que nos quedaríamos en el pasado.

Parece que llegamos a nuestro tiempo, morros, ¿qué hora es?

Las cinco de la mañana.

Responde Dante mirando su viejo reloj alemán.

Tienes razón.

Dice Murakami, abre la portezuela y baja. Lo imitamos. Nos vemos unos a otros, casi no lo podemos creer y nos abrazamos los cinco muy contentos.

¿Ya notaron que Adria y Lluquet no han cambiado?

Nosotros nunca fuimos ni más viejos ni más jóvenes.

Aclara la pelo rizado.

Así es, tenemos la edad que ves y por lo que sabemos más o menos la misma que ustedes.

Veo mi chamarra quemada y rasguñada.

Esperemos que el Gato haya salido bien librado.

No se preocupen, nadie puede con el maestro Nop, que desde un principio se portó a la altura, lo mismo que las luchatrices.

¿Qué día será?

Dante observa su reloj y pone cara de asombro.

No lo vas a creer, Capi, es 24 de diciembre.

No manches, güey, quizá podamos llegar a la cena en nuestras casas.

Mis padres no están, no olvides que viajaron a su tierra.

Te vienes conmigo, cenas en mi casa con nosotros.

Ya rugiste.

Sonríe el japonés.

¿Y ustedes qué onda? Si quieren pueden venir a Culiacán, pueden quedarse en mi casa.

Dante echa la invitación a nuestros nuevos amigos.

Buena idea, vamos a pensarla.

¿Qué rollo con el tesoro, Capi?

Por ahora cada quien cargue su bolsa, si Adria y Lluquet vienen, prefiero que también lleven la suya, ya en Culiacán las juntamos; si no, ya buscaremos dónde guardarlas.

Veamos si funcionan los celulares.

Propone Murakami.

No los hemos sacado de las mochilas cuando sentimos un viento frío y vemos un remolino de arena en plena calle, frente a nosotros. Qué onda. Permanecemos quietos, tres segundos después aparece el Mach 1 que en un parpadeo se convierte en un Mustang del año, del que emerge ya saben quién, con su sonrisa de güeva y sus ojos homicidas. Órale.

Alcancé a escucharlos, no se preocupen, esas bolsas las cargaré yo.

Dice eso, y arrebató la suya a Murakami, sigue con Dante, Lluquet y Adria. Doy dos pasos atrás. Qué pedo, güey. Me cuelgo la bolsa de tal manera que la correa cruza mi pecho.

No mames, pinche Xochtl, ya sé que eres un gran guerrero pero no tienes derecho.

Claro que lo tengo, y por si no lo sabes, ese tesoro tiene otros dueños. Y no me tutees, idiota.

En ese momento salen del lobby del hotel el Wailer Canobio, su amigo pelón y Pitágoras atado de manos. No manchen, se me achicó el corazón.

Tu amigo, que es un chilletas, nos dijo que venían para acá, donde tenemos a nuestro gran sacerdote Xochtl y nos gustó el hotel.

Detalla el Wailer, con gesto de triunfador.

Todo fue cuestión de esperar, una virtud de los buscadores de tesoros. Gracias también porque no nos ensuciamos las manos.

Perdóname, Capi.

Expresa Pitágoras, realmente dramático, pues sí, está estudiando para actor el güey y se puso bien mamón la última mañana que lo vimos. Está más flaco de lo que es.

Así que dame tu bolsa y no más estupideces.

Estira el brazo Xochtl, dando un paso hacia mí. No sé cómo pero mis compas ya están a mi lado, quizá intuyen que no entregaré nada, que esta vez no dejaré caer la estafeta. Me la tendrá que quitar y cuando menos le sorrajo un trancazo. Aquí no hay arena y quizá no sea tan felón como en el cráter.

También sé quién eres, estudiante de Agronomía y un perdedor nato; tu abuelo no me dejaría mentir.

No metas a mi abuelo en esto, güey, sacerdote mis güevos, ya tienes esas bolsas pero esta la tendrás que olvidar porque también tiene dueños: una colonia completa que debes empezar a respetar, y ustedes también, pinches mecos.

Digo a los otros dos. No sé cómo pasa, pero en menos que lo cuento el güey me tiene tomado

del cuello y estoy colgando de sus manos, con la bolsa a mi derecha.

Aggg.

¿Por qué todo mundo quiere ahorcarme, acaso mi pinche cuello es una tentación? Lo pateo en los güevos y nada, definitivamente los tiene de fierro. Alcanzo a ver que el Wailer y su amigo sacan sus pistolas y derriban a Pitágoras de un cachazo en la cabeza.

El dueño de esta bolsa soy yo, muchacho pendejo, traes allí algo que me pertenece: una brillante esfera azul; y aquí vas a quedar, nadie me desafía y queda vivo.

Su cara es demoniaca. Sus ojos asesinos fulguran veneno. Empiezo a perder el sentido. Chingado, otra vez valiendo madre.

¡Yo sí!

Escucho esa exclamación, abro los ojos como puedo y veo a la joven Hax que se acerca en posición de combate, pinche vieja, no podía ser más oportuna. Xochtl afloja la presión y le pateo los güevos de nuevo. Curiosamente esta vez hace un leve gesto de dolor. Me suelta. Caigo temblando.

Qué bueno que apareces, mujer estúpida, es momento de que arreglemos nuestras cuentas de una buena vez y para siempre.

Hax, preparada, no lo pierde de vista. Sus ojos tienen un brillo acerado. Su rostro es un cúmulo de recuerdos móviles. Órale.

El Wailer y su amigo están asombrados pero no se confunden. Se dejan venir sobre nosotros apuntando con sus pistolas. Murakami enfrenta al pelón y lo pone patas parriba en un santiamén. Canobio me encañona. Todo es tan rápido que apenas nos damos cuenta del momento en que Hax y Xochtl se traban en una lucha de energías. Rayo azul el de ella, amarillo el de él. La pistola sigue en mi cara, pero el Wailer la baja para protegerse el estómago, donde Lluquet le asesta un golpe que lo tiende en el piso; después deja que su flor, que está más animada, le arranque una oreja y empiece a desayunar temprano. El joven guerrero sonrío con picardía. El Wailer se queja, suelta el arma y se cubre la herida aterrorizado. El pelón también está en el pavimento. Así que tenemos chance de mirar lo que pasa con los fabulosos guerreros del tiempo.

De sus manos salen horas, días y años, porque el campo entre ellos se pone claro y oscuro en fracciones de segundo, sin que los rayos bajen de intensidad. Vemos que ambos han envejecido un buen. Hax se hinca y envía una corriente que cambia de luz a oscuridad infinidad de veces en un respiro. Murakami está fascinado. Dante con la boca abierta. Adria y Lluquet muy inquietos.

Los cuerpos de los guerreros envejecen, sobre todo el de Xochtl que cae de rodillas convertido en un anciano decrepito; por el contrario Hax se pone de pie, da un paso adelante e intensifica su ataque de tal suerte que solo se ve un rayo azul intensamente luminoso. Pasan cinco segundos y Xochtl es un despojo, un cuerpo pequeño cuyo traje azul yace vacío en el asfalto. Un último esfuerzo de Hax lo empequeñece aún más.

¡Te toca, Lluquet!

Grita la sacerdotisa y Lluquet se apresura hacia el cuerpo de diez o doce centímetros de largo con su planta carnívora en las manos, que lo engulle sin chistar.

¡No manches!

Clamamos tres mexicanos a coro. Qué maniaco.

Pinche Lluquet.

Agrego por si hiciera falta. Adria nos mira sonriente. Aquí pasan tres cosas: Hax cae al piso de rodillas, evidentemente agotada, pero antes de que lleguemos a auxiliarla se incorpora, está avejentada, como cuando se lanzó al ojo de agua después de su lucha en el oasis. La flor queda inerte, supongo que indigestada por el pellejo del maléfico gandalla. El Wailer y su cómplice se sientan y nos contemplan con respeto. Mientras mis amigos van con Hax, que está consolando a Lluquet por su pérdida, me acerco al Wailer. Le falta una oreja y ya no sangra.

Oye, güey, solo una cosa, tu papá fue asesinado por tu sacerdote, así que malamente le diste cran al padre Celerino.

El bato me observa perturbado.

Estaba con él antes de que ustedes llegaran, escuché su discusión y los disparos desde el altar y los vi salir.

Entonces la regué bien gacho.

Lo miro como a un pobre pendejo.

Por mí puedes borrarte, güey, eres una pinche lacra.

Hace un gesto de respeto.

¿Entonces, ahí muere?

Neta que eres pendejo, güey.

El bato baja la cabeza y murmura:

Gracias, bato.

Se para y ayuda al pelón a levantarse.

Sin rencores, compita.

Agrega con cara de yo no fui. Luego va a su Hummer estacionada en la entrada del hotel, saca la mochila de Pitágoras y la deja sobre el pavimento, recoge las pistolas y se las lleva tomadas del cañón.

Entonces me sumo a mis amigos, incluido Pitágoras, que está abrazado de Dante, con lágrimas en los ojos y cara de meco. Lluquet está tranquilo; pues sí, sin duda sabe controlar sus sentimientos el güey. La pelo rizado observa serena.

Capi, quiero que seas testigo de honor, lo mismo que los demás.

Expresa Hax y se coloca frente a Lluquet y Adria.

Jóvenes reclutas, desde este momento, si fuera su deseo, son guerreros del tiempo; demostraron tener entereza, capacidad, valor e imaginación para servir a los demás.

Luego les da una palmada en el hombro, seguramente a falta de espada o cuchillo de carnicero.

Si no, en este mismo instante puedo enviarlos a sus respectivas casas en Europa.

Mis amigos quedan con la boca abierta. Todos esperamos atentos su decisión. Pasan seis segundos y el primero en expresar su deseo es Lluquet.

Gran sacerdotisa Hax, prefiero volver a mi casa y prometo encontrar la manera de estar siempre a la orden de los que me necesiten.

Yo también quiero volver con mis padres, gran sacerdotisa, y prometo lo mismo.

Dice la lusitana perfectamente plantada frente a la autoridad. Que se agarre el idiota que la dejó si pretende algo, porque cuando menos le rompe la jeta.

Bien, sé que lo harán; además, sus amigos han sido testigos de su promesa. Ahora síganme, tengo un regalo para ustedes.

Nos despedimos con abrazos.

Buen viaje, lástima que no pudieran venir a Culiacán.

No te preocupes, cualquier día les caigo por ahí. Tienen una playa muy cerca.

Promete Lluquet, que ya contó que le encanta el mar.

Lo mismo digo.

Lo respalda Adria, que se acerca a Dante, le da un abrazo especial, le murmura algo al oído y lo deja con la boca y los ojos abiertos. ¿Qué onda? Para mí que esos güeyes tienen algo más que un abuelo parecido.

Sus regalos.

Anuncia Hax y da a Adria un lindo espejito para maquillarse fuera de casa y a Lluquet una pequeña planta carnívora.

La puedes plantar en el jardín de tu querida tía. Ya sé que allí hasta en otoño se dan rosas.

Lluquet afirma contento, sonrío y nosotros también. Ahora se dirige a Adria.

Ese pequeño espejo te indicará cómo arreglarte según tu estado de ánimo y lo que quieras proyectar.

La pelo rizado agradece con una inclinación.

Se marchan, los seguimos de cerca. Veo que entran a una de las habitaciones en que estuvimos la única noche que dormimos allí. Un portal del tiempo.

Luego Hax viene a nosotros. Debido al tremendo esfuerzo que desplegó hace unos minutos, se mueve con lentitud, igual que cuando nos abandonó.

Bueno, si desean llegar a esa cena tienen que salir ahora, al menos que prefieran que los mande por el portal.

¡No, por favor!

Exclamo. Mis compas ríen. Ella sonrío.

Hax, gran sacerdotisa del tiempo, perdona todo lo horrible que pensé de ti.

Falta poco para abrir el restaurante, ¿quieres ayudarme en las mesas?

No sé qué responder, Pitágoras no entiende, Dante y Hugo se carcajean, pinches mecos. Sonrío y ella también.

Mejor nos vamos, aprovechando que tenemos jeep nuevo. Oye, tú que sabes tanto, ¿qué es lo que tengo que hacer con el tesoro?, ¿dónde lo podremos cambiar por dinero en Culiacán?

No tendrán que llevarlo, les voy a dar un documento para un banco de allá, te presentarás a formalizar tu cuenta y administrarás el dinero hasta que se termine el templo.

No creo que deba hacerlo, Hax, soy un desmadre y estudio lejos.

Lo harás, lo siento, eres el único en el que confiamos.

Pensé que podría hacerse cargo Iveth.

No, ni Herlinda.

Guardamos silencio. Pitágoras nos sigue sin comprender pero muy atento a la maravillosa mujer que ganó esta lucha a muerte y quién sabe cuántas más.

Bueno, espero que no sean kivis.

Por supuesto que no. Por cierto, también tengo un regalo para ustedes. Vengan.

En la cocina, que huele rico, nos hace entrega.

Regalo número uno.

Nos da un paquete de burritos de machaca de venado a cada uno y botellas con líquidos de colores. Nos reímos.

¿Es de un solo trago?

¡No! Pueden tomar cuanto quieran, es de frutas.

Regalo número dos.

Nos pasa las bolsas del tesoro. No vimos cuándo las llevó a la cocina pero nadie pregunta. Ni yo que soy el más meco. Traen dentro una pequeña caja con nuestras caras dibujadas.

Órale, qué chilo, ¿y esto?

Trufas de chocolate: mi especialidad.

Qué machín, gracias.

Regalo número tres.

Enciende la tele y no vemos fútbol, sino a Adria y Lluquet que se abrazan con sus padres alegremente. La pequeña flor carnívora es roja y está a la vista.

Gracias Capi, gracias muchachos, también a ti, Pitágoras, que de alguna manera me acercaste a un enemigo que necesitaba vencer. Hugo, no te preocupes, ya verás que funcionarás muy bien en tus asuntos íntimos.

Sonreímos. La abrazamos.

Está un poco temblorosa y entelerida. Se me ocurre una idea.

Hax, ¿te serviría la esfera del poder que quería Xochtl para reponerte?

Capi, eres único: ya tengo lista la bañera, como en el ojo de agua.

No me lo recuerdes.

Sonreímos.

Gracias, Hax, y de nuevo, perdona todo lo mal que pensé de ti.

No te preocupes, soy peor que eso; por cierto, mientras conversábamos el jeep fue abastecido de nuestra gasolina, podrán recorrer dos mil kilómetros sin problemas, lo que quiere decir que nada más se detendrán para ir al baño.

Órale, pinche vieja.

Le digo y sonrío. Así la dejamos.

Bueno, plebes, fierro por la costera, ¡ahí te vamos, Culiacán!

LA CENA

¿Qué onda? Ya me había acostumbrado a estar sin celular. Hasta feo se me hace el sonido del iPhone. Las nueve, chin, es Murakami, ya casi es hora de cenar y tengo que ir por él.

Cabrón, ni creas que se me ha olvidado.

Güey, no vengas por mí, acaban de llegar mis papás y vamos a cenar en casa. Igual muchas gracias por la invitación.

Qué macana, güey. Pásala machín.

¿Crees que no? Lo único que detesto es la ensalada de bombones y mi mamá trajo como para un ejército. Pero me la voy a tragar, después de todo lo que hemos pasado seré menos quisquilloso.

Feliz Navidad, güey.

Feliz Navidad.

Colgamos. Prendo la tele. Está un noticiero de güeva pero lo dejo, porque veo al Wailer sin su oreja y a su compa que los llevan esposados. Una periodista informa que probablemente están implicados en el asesinato de cuatro personas, entre ellas el del padre Celerino. Órale.

Escucho algarabía en la planta baja y la apago. La voz de la enfadosa de Fritzia se oye muy clara. Me baño rápido. ¿Desde cuándo no lo hacía? Desde la última vez. Pobre de mi chamarra, quemada y rasgada, la guardaré como un recuerdo. Igual que la caja de trufas y la bolsa. Me visto con una camisa de lana y bajo a la sala donde están todos listos para cenar. Estoy un poco adolorido y desciendo despacio. Valiendo madre con mi amá: en cuanto me ve suelta el llanto. Menos mal que mi papá sonríe y le acaricia el pelo para que se calme. Mi abuelo bien, aunque lo veo un poco triste. Quizá extraña a la abuela. Como no le traje bacanora le voy a regalar los chocolates para que se aliviane. La desgraciada de Valeria y mi Volvo llegarán hasta la cena de Año Nuevo; no quiero pensar en ello pero tal vez la desgreñe en cuanto entre a la casa. La voz de Fritzia viene de la cocina. Qué raro, no sabe guisar un maldito huevo revuelto.

Has de traer mucha hambre, mijo.

Normal, mamá, pero no llores y tampoco te preocupes.

Cómo no me voy a preocupar, estás muy flaco, llegaste con la chamarra quemada y hecha giras y con la piel muy reseca. Que sea la última vez que te largas a esos lugares tan áridos con tus amigotes, y luego sin avisar.

No volverá a pasar.

Bueno, vamos a la mesa.

Propone el Viejón y el abuelo nos sigue. Le echo el brazo para que se sienta querido y lo permite.

La mesa está llena de exquisiteces perronas. En el centro una pierna rellena que nos está haciendo ojitos. Se me hace agua la boca. Fritzia sin dejar de hablar sale de la cocina. Qué onda. La acompañan dos morritas bien prendidas: Iveth y la Miny Calderón. ¿Qué rollo? Siento una punzada en la panza. La mirada de burla de mi hermana es para matarla.

Latebra Joyce, otoño del 2019

HAY PREGUNTAS CLAVE QUE NUNCA LLEGAN A PRONUNCIARSE, OTRAS QUE HABRÍA SIDO MEJOR OMITIR, ALGUNAS MÁS QUE NO SABEMOS CÓMO RESPONDER Y POR SUPUESTO HAY RESPUESTAS QUE PREFERIRÍAMOS NO ESCUCHAR.



Vuelve el Capi Garay en una nueva entrega de aventuras. Esta vez ha sufrido un descontón de su morra, y lo único que atina a hacer es pedirle tips a un cura para recuperarla. Solo que en vez de hacerla de doctor corazón, el padre Celerino le entrega el mapa de un tesoro y pistas para hallarlo, antes de morir baleado.

Sintiéndose comprometido, el Capi se lanza a un road trip con sus amigos tras la pista clave. Pero más que un rally aventurero, aquella travesía rebasa las fronteras obvias: a través de portales del tiempo y con la ayuda de los guardianes (porque los ven muy verdes para cumplir solos la encomienda), el Capi, Dane, Murakami, Adria y Lluquet se embarcan en una peligrosa misión viajando de una época a otra mientras descubren otras realidades a bordo de un jeep con un crack al volante.

Pero la fortuna que buscan está llena de misterios y el camino para llegar a ella no es precisamente una ruta turística con vista panorámica. Un Mustang Mach 1 los persigue y segura que no busca su amistad.

Élmer Mendoza (Culiacán, Sinaloa, 1949) es catedrático de literatura en la Universidad Autónoma de Sinaloa, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, presidente del Colegio de Sinaloa y comprometido promotor de la literatura a nivel nacional. Comenzó su carrera literaria en 1978 y en 1999, *Un asesino solitario*, su primera novela, de inmediato lo situó, a juicio del crítico Federico Campbell, como «el primer narrador que recoge con acierto el efecto de la cultura del narcotráfico en nuestro país». Con *El amante de Janis Joplin* obtuvo el XVII Premio Nacional de Literatura José Fuentes Mares y con *Efecto tequila* (2005) fue finalista del premio Dashiell Hammett. En 2006 apareció su cuarta novela, *Cóbraselo caro*, y en 2008 *Balas de plata* fue merecedora del III Premio Tusquets Editores de Novela, que lo consagró como escritor de primera fila en el panorama de la novela hispánica. Las novelas protagonizadas por Edgar «El Zurdo» Mendieta —*Balas de plata* (2008), *La prueba del ácido* (2010), *Nombre de perro* (2012), *Besar al detective* (2015) y *Asesinato en el Parque Sinaloa* (2017)— constituyen sin duda la saga policiaca más emblemática de la literatura mexicana, y ha traspasado fronteras para ser conocida en diez idiomas. *No todos los besos son iguales*, reinterpretación de la Bella Durmiente, llegó en 2018 al público juvenil. En 2018 fue anunciada por la UANL y UAS la Cátedra Élmer Mendoza de novela negra y narrativa del norte.

La cuarta pregunta

Primera edición digital: noviembre, 2019

D. R. © 2019, Élmer Mendoza

Publicada mediante acuerdo con VF Agencia Literaria

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.

Bld. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,

Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House / Bruno Valasse, por el diseño e ilustración de portada Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://cempro.com.mx>)

ISBN: 978-607-318-712-1

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación